

Godefroid Kurth

**¿QUÉ ES
LA EDAD MEDIA?**

Y OTROS ARTÍCULOS POLÉMICOS

CLÁSICOS DE HISTORIA 561

GODEFROID KURTH

**¿QUÉ ES LA EDAD MEDIA?
Y OTROS ARTÍCULOS POLÉMICOS**

Qu'est-ce que le Moyen Age?

Paris 1905

<https://archive.org/details/questcequelemoye00kurt/mode/2up>

La Croix et le Croissant.

Bruxelles-Liège 1889

Traducción de Amando R. Castroviejo (Granada 1895)

<https://digibug.ugr.es/handle/10481/25918>

Le Concile de Maçon et les femmes

Revue des questions historiques, tome VII, 1892

<https://orbi.uliege.be/bitstream/2268/90806/1/ConcileMacon.pdf>

Le guet-apens prussien en Belgique

Revue des Deux Mondes, tome 51, 1^{er} Mai 1919

<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k431882s#>

CLÁSICOS DE HISTORIA 561

ÍNDICE

¿Qué es la Edad Media?.....	4
La Cruz y la Media Luna.....	17
El Concilio de Mâcon y las mujeres.....	31
La emboscada prusiana en Bélgica.....	35
El testimonio de Godefroid Kurth.....	35
Declaración del autor.....	36
I. La neutralidad belga.....	37
II. Palabras tranquilizadoras desde Alemania.....	40
III. La respuesta al ultimátum.....	42
IV. Un entramado de mentiras.....	44
V. Bélgica independiente.....	50
VI. Alemania envenenada por Prusia.....	55

¿QUÉ ES LA EDAD MEDIA?

No existe término cuya definición esté más perfectamente aceptada que la de *Edad Media*. La Edad Media, se nos dice por todas partes, es un período intermedio entre la Antigüedad y la Edad Moderna. Esta es la definición que ofrecen todos los diccionarios y enciclopedias, todos los libros de texto y resúmenes¹. No pidan otra a los medievalistas más eruditos, por muy diversos que sean sus puntos de vista en la apreciación de la Edad Media, son unánimes a la hora de definirla, y todos nos responden, con una unanimidad que difícilmente se encontraría en otra cuestión, que la Edad Media es un período intermedio.

¿Y cuáles son los dos términos entre los que la Edad Media abre su inmenso paréntesis de mil años? Son las dos grandes civilizaciones que la humanidad ha conocido: la antigua y la moderna. La antigua, la grecorromana, con la espléndida unidad del mundo pacificado bajo los estandartes de Roma. La moderna, con la infinita variedad de sus grupos nacionales, y la incalculable riqueza de sus manifestaciones intelectuales de todo tipo. Dos mundos igualmente grandiosos e igualmente prodigiosos.

Entre ambas, claramente distintas entre sí, se extiende el vasto lapso de diez siglos durante los cuales la civilización antigua pereció y la moderna aún no había nacido. Forman una zona de oscuridad que separa las luces del mundo grecorromano de las del Renacimiento. Cabe señalar que es precisamente esta definición la que sitúa la Edad Media fuera de la civilización y la condena a ser, en la expresión común, nada más que *una noche de mil años*.

Profundicemos e intentemos comprender la naturaleza esencial de la oposición así formulada entre la idea de la Edad Media y la de la civilización. ¿Qué son, en el fondo, las dos civilizaciones entre las que interpone su pantalla opaca?

La primera, lo sabemos, es la civilización pagana. Basada en la esclavitud y con el cesarismo como piedra angular, reserva todos los placeres de la vida para un pequeño grupo de elegidos a quienes somete a los placeres sensuales, siendo incapaz de satisfacer las más altas aspiraciones del alma humana, y condena al resto de la humanidad a la esclavitud.

La segunda, la moderna, ¿qué es? Ciertamente no la cristiana, pues entonces no comenzaría con el fin de la Edad Media, ya que ésta estuvo completamente impregnada de la idea cristiana. Es la que reacciona contra el ideal cristiano al resucitar el espíritu pagano de las cenizas del pasado, y que, al igual que ésta, adopta el despotismo de César como código de Estado y como ley para el individuo la búsqueda del placer. Esto, por lo tanto, es una vez más civilización pagana.

Si la Edad Media es un período intermedio, es precisamente porque, entre el primer y el segundo período de esta civilización pagana, se estableció el ideal cristiano de mortificación y pobreza. Pero la Antigüedad resurge de las cenizas; reclama el mundo, cierra el paréntesis abierto

1 «La Edad Media, nombre que se le da en la historia al período que se extiende entre la Antigüedad y la Edad Moderna.» Bouillet, *Dictionnaire d'hist. et de géogr.* Véase *moyen âge*.

«El período llamado la Edad Media, que forma la transición entre la Edad Antigua y la Edad Moderna.» Lavissee y Rambaud, *Histoire générale*, t. I, p. 1.

«La Edad Media, el gran período de la historia que se sitúa entre la Antigüedad Clásica y la Edad Moderna. Meyer, *Konversations Lexikon*, t. X, pág. 689. Véase *Mittelalter*,

por la Edad Media y reabre la era del gran progreso de la humanidad. El cristianismo fue sólo un eclipse; ahora está llegando a su fin, y la humanidad está volviendo a aprender el camino de la libre investigación científica y los vastos placeres estéticos. El Renacimiento prácticamente puso fin al cristianismo. Civilización, paganismo y Renacimiento son sinónimos, al igual que también lo son barbarie, cristianismo y Edad Media.

Como podemos ver, la definición de la Edad Media, tal como la registramos por todas partes, es una definición con doble sentido; tiene un alcance mucho mayor del que parecería a primera vista.

No digo que signifique todo eso para quienes la usan, ni que la palabra por sí sola evoque, cada vez que se pronuncia, las diversas ideas sin las cuales carecería de sentido. No: la mayoría de las veces, los términos que usamos son para nosotros meras fórmulas convencionales cuyo significado no exploramos y que a menudo dicen exactamente lo contrario de su etimología.

Esto no significa que en este caso la palabra no haya influido en la idea. La que nos ocupa presenta, o parece presentar, un significado manifiesto, y este significado sólo puede formularse con claridad mediante la distinción mental entre la Edad Media y los dos mundos que separa. Se volvió absolutamente necesario convencerse de la barbarie de la sociedad medieval, puesto que no podía definirse sin contrastarla con las dos únicas civilizaciones conocidas. Era inevitable llegar a creer que era completamente cruda, bárbara, ignorante, falta de inteligencia, sucia, engañada por sacerdotes astutos y por sus propios prejuicios, sometida a toda forma de violencia o que la cometía, incapaz de espíritu cívico, incapaz de alcanzar los grandes ideales de nación, progreso, justicia social y vida intelectual.

De ahí esas incontables leyendas oscuras que, para los hombres de los siglos recientes, y para muchos en nuestra época, constituye la totalidad de sus conocimientos sobre la historia medieval. Imaginemos la idea que un enciclopedista de hace cien años tenía de esta era, o la que algún tardío seguidor de Voltaire conserva aún hoy. ¿Podría existir una imagen más triste, más repugnante, más odiosa?

Veámoslo con detalle.

El reinado del cristianismo comienza con la quema de la Biblioteca de Alejandría, que destruye el patrimonio intelectual de la humanidad; termina con las piras de la Inquisición, que queman a quienes trabajan para reconstituirlo.

Entre estas dos conflagraciones, en el siniestro crepúsculo que enrojecen con sus llamas y velan con su humo, descubrimos la sucesión de lúgubres escenas que hicieron que todos los amigos de la humanidad despreciasen a la Edad Media.

¡Qué espectáculo!

Un concilio delibera seriamente sobre si las mujeres tienen alma, y una mujer, sin duda para vengar a su sexo y para burlar a un episcopado poco caballeroso, logra escalar la sede de San Pedro.

Y precisamente en el momento en que se acaba de producir tal escándalo, es cuando el papado trabaja con mayor celo en la producción de documentos falsos. Tras haber fabricado desde cero, en el siglo VIII, la falsa Donación de Constantino², inventa, en el siglo IX, la colección de falsas Decretales, que refuerzan su autoridad por medio de la mentira.

La Iglesia, cómplice de los poderosos, esclaviza y embrutece al pueblo: autoriza, sin protestar y durante siglos, este infame *derecho del señor* que apenas se atreve uno a nombrar en una sociedad honesta, y ni siquiera se indigna cuando, al regresar de la caza, los señores hacen abrir las barrigas de sus plebeyos para tomar un baño de pies caliente³.

2 Véase Lavissee y Rambaud, *Histoire generale*, vol. I, p. 305 : «Mientras el papado se debate penosamente en la difícil situación en que le ha colocado su soberanía temporal, fabrica las pruebas: una vez hechas, quiere afirmar su derecho.»

Sumergidas en un sopor permanente, las gentes así tratadas sólo tienen una esperanza, y es *la aterradora esperanza del Juicio Final*⁴: están seguros de que el mundo terminará el año 1000, y todos se llenan de estupor el primer día de este fatídico año al observar que el mundo sigue adelante.

Juguetes inconscientes de un clero codicioso y fanático, se dejaron guiar por él, durante generaciones, a las lejanas carnicerías de Oriente, donde sólo obtenían el contagio de la lepra como único premio por sus hazañas⁵. Pero este terrible flagelo es incapaz de enseñarles higiene; nuestros antepasados languidecieron en repugnante inmundicia mientras duró esa desafortunada Edad Media, pues, como dice Michelet, ¡nada de baños durante mil años!⁶

Y además de esto, ninguno de los consuelos que la vida intelectual reserva para quienes participan de ella. Ni ciencia ni escuelas, pues la Iglesia tiene interés en mantener la ignorancia. Ni esfuerzo intelectual ni filosofía: cualquier actividad espontánea de la mente se considera un pecado contra la fe. Ni arte, salvo monumentos que, al parecer, nos llegan de los árabes, y cuya barbarie sólo podría expresarse inventando, para calificarlos, el epíteto *gótico*, sinónimo de *barbaro*⁷. Ni poesía: es Boileau (quien aún hoy se lo repite a los retóricos que tienen la suerte de cursar sus estudios literarios bajo su tutela) el que decía que la poesía debía esperar para nacer, a que Villon *desentrañara el confuso arte de nuestros antiguos literatos*, y que el teatro era *un placer desconocido entre nuestros devotos antepasados*. Y finalmente, ¡llegó Malherbe! Y no solo Malherbe, sino también Erasmo, Lutero, los humanistas y los reformadores, a los que se necesitaba urgentemente para reintegrar a nuestros ancestros a las vías tradicionales de la civilización.

* * *

Es necesario informar a más de un contemporáneo que la ciencia hace tiempo que desmintió esa visión tan particular de la Edad Media. La implacable crítica ha demolido para siempre el edificio de fábulas construido desde el Renacimiento, principalmente por los llamados filósofos del siglo XVIII. Un breve repaso de sus respuestas a las afirmaciones de Voltaire y de la Enciclopedia servirá como un interludio bastante ameno.

Si hay una fábula que atestigua la ineptitud de sus narradores, sin duda es aquella en la que el Concilio de Mâcon debate sobre la cuestión del alma de las mujeres. Consideraría una ofensa a mis lectores tener que decirles que esta cuestión jamás fue planteada en la sociedad cristiana, ni en el Concilio de Mâcon ni en ningún otro. En el Concilio de Mâcon, había un obispo algo purista que se

3 Girault de Saint-Fargeau, *Dictionnaire géographique, historique, etc... de toutes les communes de France*. 1848, vol. II, p. 656. Obra «publicada con el estímulo del Ministro del Interior y del Ministro de Instrucción Pública».

4 Michelet, *Histoire de France*, vol. II, pág. 135.

5 «Los cristianos, después de haber erigido unos nuevos reinos de corta duración, despoblaron el mundo, devastaron la tierra, cometieron tantos crímenes, tantas hazañas desmesuradas e infames, y finalmente sólo alcanzaron la lepra como fruto de sus empresas.» *Dictionnaire encyclopédique*, véase: *lepra*.

6 Michelet, *La sorcière*, pág. 116. «Esta sociedad sutil y refinada, que sacrifica el matrimonio y parece animada sólo por la poesía del adulterio, conserva un singular escrúpulo en este punto. Considera cualquier purificación como una impureza. ¡Nada de baño durante mil años! Tengan por seguro que ninguno de estos caballeros, estas bellezas etéreas, los Percivales, los Tristanes, las Isoldas, jamás se lavaron.» (*Sic!*)

7 «A. ¿Conocéis la arquitectura de nuestras antiguas iglesias, que recibe el nombre de gótica?

»B. Sí, la conozco, se la puede encontrar por todas partes.

»A. ¿No os habéis fijado en esas rosetas, en esas crestas, en esos pequeños adornos retorcidos, faltos de cualquier diseño coherente, en resumen, en todas esas baratijas de las que está repleta? Son a la arquitectura lo mismo que las antítesis y los restantes juegos de palabras son a la elocuencia. La arquitectura griega es mucho más simple: admite sólo una ornamentación majestuosa y natural; sólo se observa lo grandioso, lo proporcionado, lo que corresponde a cada lugar. Esta arquitectura que llamamos gótica nos llegó de los árabes. Esas mentes, muy activas pero carentes de reglas y de cultura, no podían evitar caer en tamañas sutilezas falsas; de ahí su mal gusto en todo. Eran sofistas en el razonamiento, amantes de los adornos superfluos en la arquitectura, e ideadores de ocurrencias en la poesía y en la elocuencia. Todo esto proviene del mismo genio.» Fénelon, *Dialogues sur l'éloquence* (*Œuvres de Fénelon*, Didot, 1861, vol. II, p. 678).

ofendió al ver el término *hombre* usado para referirse a la mujer. Se le demostró que sus escrúpulos gramaticales eran infundados, ya que la propia Escritura usa el término más de una vez con este significado, y se dio por satisfecho. Esa es toda la historia, y tenemos derecho a ponerle un gorro de burro a cualquiera que crea saber otra cosa⁸.

Ese mismo gorro de burro se le colocaría a cualquier alma desafortunada que osara difundir la historia de la Papisa Juana. Si algún erudito se dedicara a refutarla, escandalizaría a sus colegas y parecería un hombre retrógrado que dice obviedades.

Pasemos, pues, rápidamente por alto estas dos anécdotas que, hace un siglo, constituyeron argumentos terribles contra la fe católica en manos de los librepensadores, y examinemos cuestiones más serias.

¿Inventó el papado la historia de la Donación de Constantino? Sin duda, la historia de esta donación es una leyenda, una leyenda piadosa que buscaba explicar el origen del poder temporal vinculándolo al primer emperador cristiano, del mismo modo que los romanos de la República vinculaban todas sus instituciones militares y religiosas a sus primeros reyes, Rómulo y Numa Pompilio. Afirmar que se debe a un fraude perpetrado por el papado, que pretendía *crear el derecho*, es simplemente no comprender nada de la filosofía jurídica católica, pues, habiendo poseído de facto una soberanía indiscutible desde tiempos inmemoriales, el papado tenía, por tanto, un derecho: el derecho que resulta de la prescripción y del consentimiento tácito del pueblo. Pero incluso si esto no fuera así, aún sería necesario aportar al menos una mínima prueba que respaldara la afirmación. Esta afirmación es gratuita, temeraria e insultante; carece de fundamento, y tenemos derecho a ignorarla por completo.

¿Y qué hay de los falsos decretos? ¿Se ha escrito ya lo suficiente sobre esta cuestión y se han considerado suficientes soluciones contradictorias? Resurge casi todos los años, y cada erudito cree poder encontrar el origen de esta colección apócrifa y demasiado famosa en un lugar distinto. Últimamente, Reims y Le Mans han sido las ciudades más citadas, y sin duda se mencionarán otras. Curiosamente, la única cuyo nombre no se ha pronunciado es Roma. Es cierto que esto importa poco, y que si se demostrara que la autoridad de los pontífices romanos en la Iglesia se basa en un documento apócrifo, sentiríamos vergüenza y lo aceptaríamos. Pero, lejos de ello, los propios documentos demuestran lo contrario, pues ¿en qué fundamentan la separación de los obispos de la jurisdicción de su metropolitano y su vinculación directa a la Santa Sede? En los actos de los propios papas, invocados como autoridad. Por lo tanto, no son los decretos falsos los que otorgan autoridad a los papas; al contrario, son los papas quienes confieren autoridad a los decretos falsos.

Pero ahora surge una acusación infame. Se dice que, durante siglos, los señores feudales disfrutaban de un derecho sobre las jóvenes esposas de sus vasallos; un derecho tan monstruoso que incluso la antigüedad pagana lo desconocía y lo habría condenado con indignación de haber existido. Y la Iglesia católica, que ha hecho de la virginidad la mayor gloria de ambos sexos, la Iglesia, que condena incluso una mirada, incluso un pensamiento, cuando son contrarios a la castidad, la Iglesia, que ha librado innumerables batallas contra reyes y poderosos de la tierra para defender la inviolabilidad de los lazos matrimoniales, se dice que la Iglesia hizo la vista gorda ante una práctica que convertía al hombre en una bestia y a la mujer en una presa, que guardó un cobarde silencio ante el adulterio elevado a la categoría de institución pública, en provecho de algunos señores lascivos. Esta consideración no detuvo a los desafortunados que repitieron las calumnias más bajas y viles, y se equivocaron al hacerlo, ya que hoy, después del trabajo de Veuillot y Schmidt, la leyenda está pulverizada hasta tal punto que resulta bastante comprometido el volver a mencionarla⁹.

8 Véase G. Kurth, *Le Concile de Mâcon et les femmes*, en la *Revue des questions historiques*, t. LI (abril de 1892).

9 Véase Louis Veuillot, *Le droit du seigneur au moyen âge*, París 1854; Karl Schmidt, *Ius primæ noctis*, Friburgo de Baden 1881.

Sólo deseo mencionar, a modo de curiosidad, el baño de sangre caliente en las entrañas de sus plebeyos, que supuestamente tomaba el señor al regresar de la caza. Esta leyenda tuvo poca difusión y, pormás que pudo alegar «el apoyo del Ministro del Interior y del Ministro de Instrucción Pública», el sentido común de los lectores parece haberse rebelado en su contra.

Llegamos entonces a los terrores del año 1000. Por una vez, la credulidad pública ha tomado la revancha por la escasísima aceptación que tuvo la historia de los baños de sangre caliente. Es un hecho que los lectores del siglo XIX creyeron en estos terrores con la misma unanimidad con la que se suponía que sus antepasados los habían experimentado. Ahora bien, está demostrado que la historia de los terrores del año 1000 no es más que una leyenda inventada por eruditos de los siglos XVII y XVIII, y conocemos a su principal autor: Robertson, en la Introducción a su *Histoire de Charles-Quint*. Dado que esta obra gozó de gran popularidad, todos repitieron la leyenda, confiando plenamente en la palabra de Robertson, sin pensar en someterla a escrutinio. Y el día en que alguien se percató —fue Dom Plaine, en un [artículo](#) publicado en la *Revue des Questions historiques* en 1873— bastó con que rozara la invención de Robertson para hacerla desaparecer. Desde entonces, numerosos estudiosos han repetido y ampliado la demostración de Dom Plaine; el caso está cerrado, el asunto zanjado, como se dice en los tribunales, y en adelante, en nuestros libros de texto de historia, ya no se mencionarán los terrores del año 1000.

¿Seguro que ya no se hablará más de ellos? Me temo que quizá me he excedido al afirmarlo, pues si hay una verdad atestiguada por la experiencia, es la buena voluntad con la que, en la historiografía, seguimos repitiendo piadosamente a las nuevas generaciones los errores que la ciencia refutó hace mucho. Ocurre lo mismo con los astros desaparecidos hace mucho tiempo, si hemos de creer a los astrónomos, cuya luz sigue llegando a mundos lejanos y dispersos en el infinito...

Si me hiciera falta una prueba de esta conmovedora preocupación de los editores por las leyendas obsoletas, la historia de la lepra me la proporcionaría. ¿Acaso no sabe todo el mundo, y no lo repiten todos los escritores, que la lepra fue introducida en Occidente por los cruzados después del siglo XI? Ahora bien, hace catorce años demostré la falsedad de esta leyenda de la manera más contundente. Demostré que ya en el siglo IV la lepra estaba extendida por todos los países de Europa Occidental, que se encontraba allí en cada siglo desde el IV hasta el XII, que afectaba por igual a la Iglesia, al Estado y a la caridad privada; que los concilios y los gobiernos habían legislado al respecto, que existían numerosas leproserías y, finalmente, que no existe la menor prueba de que las Cruzadas hayan contribuido siquiera a aumentar el número de leprosos¹⁰. Mi demostración pasó completamente desapercibida, y se siguió repitiendo, incluso en las obras más especializadas, que la lepra había sido introducida en Occidente por las Cruzadas. Tengo motivos para esperar que los lectores de estas páginas sepan a partir de ahora qué pensar al respecto.

Además, resultaba completamente inútil invocar las Cruzadas para explicar el origen de la lepra en la Edad Media, cuando se podía citar una causa mucho más directa y permanente: la horrible inmundicia de aquella época. Y esto es algo que Michelet, al menos, no olvidaba: la lepra, según él, provenía de que la gente en la Edad Media no se lavaba: *¡no se bañaron durante mil años!* (excepto, naturalmente, los baños de sangre caliente). Pero, ¡qué de vueltas da la vida! Esta bella y concisa fórmula, tan adecuada para inculcar las enseñanzas del maestro incluso en las mentes más resistentes, se ha convertido ahora en una de las que más daño causan a su memoria, pues lo acusa de una negligencia imperdonable. ¡Cuántas risas se han echado sobre este desafortunado aforismo! Y con razón, puesto que está demostrado que los baños eran una de las instituciones más populares y universales en la Edad Media, que no había ciudad, por pequeña que fuera, que no tuviera sus baños públicos¹¹, y que, al contrario, fue el Renacimiento el que gradualmente permitió que los

10 G. Kurth. *La lèpre en Occident avant les croisades*. (Actas del 2º Congreso Científico Internacional de Católicos, 5ª Sección, París, 1891).

11 Véase, por ejemplo, el artículo *Les bains dans Lecoy de la Marche*, en *La société au XIII^e siècle*, París 1880.

hábitos de limpieza de la Edad Media cayeran en desuso, sustituyéndolos por una negligencia rayana en la más repugnante suciedad¹². Estas son las certidumbres alcanzadas por la historia: tanto peor para quienes las ignoran, y especialmente para quienes aún hoy difunden lo contrario.

Como podemos ver, la Edad Media histórica no se puede confrontar con la Edad Media legendaria sin que esta última se desvanezca rápidamente. Y sin extenderme demasiado en una lista que podría prolongar casi indefinidamente, me limitaré a unos pocos muestras de las rectificaciones imprescindibles para cualquiera que conozca el pasado únicamente por la gente de la Enciclopedia o por sus seguidores.

Pero las rectificaciones menores, incluso cuando el detalle es importante, no pueden corregir las ideas erróneas que tenemos sobre la Edad Media, mientras se acepte que es un paréntesis entre dos fases de la civilización. Dado que el error se genera y perpetúa constantemente a partir de la definición, es la definición misma la que deseo atacar para mostrar hasta qué punto es falaz e inútil.

Quiero subrayar en primer lugar que es un simple verbalismo, y que sólo consiste en una tautología pueril. *La Edad Media es una edad media*, eso es todo lo que nos enseña, y se estará de acuerdo en que no es mucho. ¿Acaso eso era realmente lo que la expresión significaba para quienes la acuñaron? En absoluto. En su sentido original, no tenía en absoluto el significado que le damos hoy, y sostengo que aplicado a nuestros primeros diez siglos, es una mala interpretación y casi una mistificación. Aquí están mis pruebas.

La historia es una ciencia relativamente reciente; sólo recientemente ha adquirido su propio método y se ha independizado de la filología, dentro de la cual aún se encontraba incluida en el siglo XV. Por lo tanto, no sorprende que los historiadores, sucesores de los filólogos, adoptaran su terminología e incorporaran a su campo de estudio palabras que perdieron su significado al cruzar fronteras. El caso que nos ocupa es un ejemplo muy ilustrativo del inconveniente que tales préstamos pueden presentar.

Los filólogos, al estudiar el desarrollo de la lengua latina desde sus orígenes hasta sus tiempos, constataron la existencia de varias fases, a las que dieron distintos nombres. La primera fase fue la del latín clásico, que vio nacer obras maestras de la literatura y durante la cual el latín era hablado por todos los pueblos que participaron en la civilización romana. La segunda fase fue la del latín bárbaro. Mientras la civilización romana perecía en Occidente, sus herederos allí fueron los pueblos germánicos, ajenos a su genio, quienes, mezclándose por doquier con las poblaciones romanas, aprendieron gradualmente el latín, pero distorsionándolo de diversas maneras según el país, de modo que finalmente surgieron nuevas lenguas. Finalmente, llegó una fase en la que estas lenguas neolatinas, una vez establecidas definitivamente, fueron habladas exclusivamente por el pueblo, mientras que el latín quedó reservado a los eruditos y sólo se utilizaba en los libros, por lo que convirtió en una lengua muerta.

De estas tres fases, la primera, según la opinión generalizada, se extendió desde los orígenes del Estado romano hasta el reinado de Constantino el Grande; fue bajo este príncipe, en efecto, que los pueblos bárbaros comenzaron a entrar en el Imperio en grandes masas, a su servicio hasta que pudieron subyugarlo. La segunda fase se extendió hasta el reinado de Carlomagno: fue durante este período cuando la lengua latina, al caer en manos de los pueblos bárbaros, se convirtió en el instrumento de su cultura y el vehículo de sus ideas generales, hasta el día en que nacieron las lenguas modernas. La tercera fase comenzó tras la muerte de Carlomagno: presencié el nacimiento de las lenguas modernas, escuché sus primeros balbuceos en el Juramento de Estrasburgo (842), y fue testigo sucesivamente del nacimiento de los idiomas neolatinos de toda Europa.

A cada una de estas tres épocas del latín, los filólogos le habían dado un nombre que marcaba su lugar en el desarrollo de la lengua. La primera se llamaba, naturalmente, Edad Alta o Superior; la segunda, Edad Media; y la tercera, Edad Inferior o Ínfima. La expresión «Edad Media», en su

12 C. Emlart, *Manuel d'archéologie française*, t. II, p. 95.

etimología y en su significado original, designaba, por lo tanto, nada más que un período de latinidad que se extendía entre los reinados de Constantino el Grande y Carlomagno. Este era el significado que la palabra tenía en boca de los humanistas, y así la entendía Ducange cuando tituló su famoso diccionario *Glossarium mediæ et infimæ latinitatis*.

Así pues, los historiadores, que tomaron prestada la palabra Edad Media del vocabulario de los filólogos, no modificaron inicialmente su significado al trasladar su uso al campo de la historiografía. Para ellos también, y sin más razón que la imitación, la Edad Media histórica y política comprendía el período entre Constantino el Grande y Carlomagno, y todo el tiempo posterior a este último permanecía incluido, según su criterio, en la *ætas infima*, como se denominaba entonces, o en la época moderna, como decimos hoy.

Pero, en el momento en que la historia estaba modelando su lenguaje según el de la filología, los humanistas ya habían extendido considerablemente los límites que inicialmente habían asignado a su «edad media». Considerando que, a partir del siglo XVI, la latinidad, supuestamente regenerada por ellos, había recuperado su pureza original gracias a su pluma, vislumbraron en su época el inicio de una cuarta y nueva fase de la latinidad: su renacimiento. En cuanto a la segunda y la tercera fase, que habían marcado una decadencia del latín, las fusionaron en una sola, para la que reservaron la denominación de *Media*. Así, la Edad Media de la latinidad abarcó desde la decadencia del Imperio romano bajo Constantino el Grande hasta el Renacimiento.

Una vez más, los historiadores siguieron los pasos de los filólogos. Y al igual que estos últimos consideraban nuestros primeros diez siglos cristianos como intercalares desde el punto de vista de la latinidad —tesis que puede sostenerse y combatirse con argumentos de idéntico valor—, de igual modo los historiadores, por un instinto fatal de adaptación, se habituaron a considerarlos como intercalares respecto a la civilización. El cambio de la denominación produjo el cambio de interpretación, y la confusión de ideas surgió de la confusión de términos.

Así es como la expresión Edad Media, con el significado que tiene hoy, ha entrado fraudulentamente en el lenguaje de la historiografía, sin poder adquirir un valor definitivo, ya que es solo el resultado de una confusión.

Determinar cuándo comenzó a usarse en su sentido actual no es asunto mío; la mención más antigua que he encontrado en mis lecturas data de 1639, y de ella se desprende claramente que ya formaba parte del vocabulario de uso común¹³. Sin embargo, si no me equivoco, la responsabilidad del malentendido no recae estrictamente en los historiadores. Los verdaderos culpables son los educadores. La necesidad de clasificar y categorizar es, en cierto modo, la característica definitoria de quienes se dedican a la enseñanza; por eso fue un profesor, Christophe Keller, más conocido por su nombre latinizado Cellarius, quien introdujo por primera vez la palabra en el título de uno de sus libros de texto en 1688¹⁴. Otro maestro, Lœscher, la utilizó en un libro de texto en alemán, publicado en 1725¹⁵, y, desde entonces, ha permanecido en el vocabulario de la enseñanza al tiempo que se ha ido infiltrando gradualmente en el lenguaje literario.

Fue solo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII cuando se incorporó a este último. Cabe señalar también que los grandes escritores de este período, tanto en Francia como en Alemania, lo

13 Mi autor es Rausin, de Lieja, en su obra titulada *Leodium*, p. 103. Defendiendo la autoridad soberana del príncipe-obispo sobre la ciudad de Lieja contra los ataques de sus adversarios, escribió: «Qui iniquis dominium ferunt oculis, præter alia fabulantur in quibusdam *medii* etiam *ævi* instrumentis magistratum Leodiensem... loquendo de urbe Leodieni uti pronomine *nostram*, et sic suam urbem significare.»

14 Chr. Cellarii, *Historia Medii Ævi, a temporibus Constantini Magni ad Constantinopolim a Turcis captam deducta*. Iena 1688.

15 *Die Historie der Mittelern Zeiten, als ein Lick aus der Finsterniss vorgestellt*, von Val. Ernst Löschern, Leipzig, 1725. Sobre esta cuestión de terminología, es útil leer O. Lorenz, *Die Geschichtswissenschaft in ihren Hauptrichtungen und Aufgaben kritisch erörtert*, Berlín 1886.

utilizaron con poca frecuencia y no sin reservas¹⁶, y que la Academia Francesa esperó hasta la edición de 1835 de su diccionario antes de incluirlo en este directorio oficial del idioma¹⁷.

Las consideraciones anteriores, en mi opinión, han eliminado el principal argumento a favor de la definición vulgar de la palabra Edad Media.

¿Diremos entonces que esto se mantiene igual y que, con o sin el apoyo de la etimología, la Edad Media sigue siendo el nombre legítimo para una época intermedia?

Responderemos que nada podría estar más lejos de la verdad, que nada está menos justificado desde un punto de vista histórico. Lejos de ser un período intermedio entre la civilización antigua y la moderna, la Edad Media es en sí misma el comienzo de la civilización moderna. Lejos de situar su punto de partida en el Renacimiento, cabe señalar, por el contrario, que surge del cristianismo y que su cuna debe buscarse lo más cerca posible del pesebre de Belén. Comienza en el momento en que, con la civilización pagana de Roma en ruinas, fue posible construir nuevas sociedades sobre sus vestigios, sociedades que, en principio, si no en sus elementos materiales, resultaron ser sociedades cristianas.

Estas sociedades todavía subsisten con la base que recibieron entonces, esto es, la moral cristiana. Iniciándose en los siglos conocidos como la Edad Media, continúa en los llamados modernos y contemporáneos. Somos herederos de la Edad Media, y no, como suele decirse, hijos de Grecia y Roma. Nuestras ideas sobre este tema se han pervertido tanto durante nuestros estudios de humanidades que es necesario demostrar una verdad tan evidente.

Lo demostramos.

Todo lo que la sociedad moderna posee que es duradero y fructífero en términos de instituciones e ideas, tiene sus raíces en las misteriosas profundidades de aquellos primeros siglos del cristianismo.

La Edad Media puso fin a la antigua esclavitud y convocó a todos los hombres a la libertad. Un proceso largo y que duró siglos, consistente en deshacer, eslabón por eslabón, la cadena de servidumbre, pero cuyo resultado es la conquista más definitiva de la civilización moderna.

La Edad Media quebró la unidad imperial del mundo y la sustituyó por las nacionalidades modernas. Estas nacionalidades aún existen, y el siglo XX, al igual que el XIX, tendrá como principal objetivo garantizar su prosperidad y mantener sus buenas relaciones mutuas.

La Edad Media creó las lenguas modernas, eliminando gradualmente el latín; aún hablamos estas lenguas y han adquirido, en nuestros días, un valor de orden ideal que nunca antes habían poseído.

La Edad Media abrazó la fe cristiana con amor y luchó por ella en todos los frentes y con todos los medios: ¿acaso esta fe no sigue siendo hoy la reina del mundo, y podemos decir que, aparte de la concepción cristiana del universo, no existe ninguna otra encarnada en un cuerpo tan grandioso como la Iglesia, o que se haya manifestado con una fecundidad más brillante?

La Edad Media convirtió al papado en la institución más respetada del universo: ¿acaso creemos que el papado de nuestra época ha caído muy lejos de ese rango? ¿Qué poder puede jactarse de ser superior a él?

16 «Quizás el hombre que, en aquellos tiempos toscos que llamamos Edad Media, más mereció de la humanidad fue el papa Alejandro III.» Voltaire, *Essai sur les mœurs*, cap. 27. Wieland habla de *mittlere Zeiten*. Goethe utiliza simultáneamente *Mittelalter* y *mittlere Zeit*. Véase Grimm, *Woerterbuch der deutschen Sprachen*. Véase *Mittelalter*.

17 Las primeras cinco ediciones del diccionario de la Academia Francesa contienen el siguiente artículo bajo la palabra edad media: «Los autores de la Edad Media son aquellos que escribieron desde la decadencia del Imperio Romano hasta alrededor del siglo X.» Sólo en la sexta edición (1835) leemos: «Edad Media, el tiempo transcurrido desde la caída del Imperio Romano en 475 hasta la captura de Constantinopla por Mahoma en 1453.»

La Edad Media inauguró la distinción entre lo espiritual y lo temporal, y este gran principio, que proviene de unas palabras evangélicas, renovó en el pasado el espíritu político y social del mundo civilizado, y lo mantiene hoy.

La Edad Media estableció la monarquía constitucional y el gobierno representativo, dos cosas ignoradas por la antigüedad y que son, para los pueblos modernos, las condiciones indispensables de su existencia política.

A la sombra de estas libertades públicas garantizadas por el pacto entre el príncipe y los súbditos, la Edad Media dio lugar a todas las formas de asociación, desde la comuna hasta el gremio comercial, y nos legó modelos a los que, a través de tantas revoluciones, seguimos acudiendo.

Su arte ha vuelto a ser nuestro; ese título de gótico que se le impuso a su arquitectura para estigmatizarla, se lo otorgamos como título de gloria, y hoy nos inspiran estas obras por las que nuestros predecesores sólo sentían desprecio.

Su poesía nacional, que los legisladores del Parnaso se jactaban de desconocerla, ahora ocupan un lugar en nuestra simpatía, en nuestros estudios, en nuestra admiración, que ya nunca se cuestionará. Es Littré quien se encarga de demostrarle a Boileau hasta qué punto su desprecio por la literatura medieval es injustificado.

Y no habremos superado la Edad Media hasta el día en que hayamos construido una catedral más bella que la de Reims, pintado un lienzo más bello que el de la *Adoración del Cordero*, escrito un poema más poderoso que la *Divina Comedia*.

En resumen, todo esto —nuestra fe religiosa e ideas políticas, nuestra nacionalidad e idioma, nuestra estética y economía social— es común con la Edad Media y nos distingue de la Antigüedad. Somos sus herederos; la labor que nosotros desarrollamos continúa la suya, y no la del Renacimiento.

Y si hay una época que merezca el nombre de Edad Media en el sentido etimológico de la palabra, ¿acaso no es precisamente el Renacimiento, que abrió en la historia de los pueblos modernos un paréntesis que ahora se cierra o está a punto de cerrarse? ¿Acaso no han sido destronados los ídolos del Renacimiento en este preciso instante, y no nos estamos alejando lo más posible de su ideal? Ya no queremos el absolutismo monárquico, ni la centralización que de él se deriva; repudiamos enérgicamente el débil principio del siglo XVI: *Cuius regio ejus religio*, que no es sino la traducción del oráculo de Ulpiano: *Quod principi placuit legis habet vigorem*. En los campos del arte y la literatura, hemos roto formalmente con el clasicismo y estamos volviendo a las tradiciones nacionales, a las fuentes de la inspiración popular y cristiana. Y esa concepción de la vida, totalmente pagana, que hacía girar el alma entera en torno a estos dos polos: placer y gloria, el genio moderno también la ha repudiado: asigna como acicate para los esfuerzos individuales el sentimiento de solidaridad humana y un amor desinteresado por el progreso social.

En todos estos aspectos, nos acercamos a nuestros antepasados medievales traspasando el Renacimiento, y regresamos a los caminos de los que este último nos hizo apartarnos.

¿Significa esto que, al reaccionar a un exceso con otro, estamos planteando negar los beneficios que le debemos al Renacimiento y expulsar del tesoro de la civilización aquello que aportó? No, desde luego que no. La humanidad no tiene derecho a mutilarse a sí misma, y debe acoger con agradecimiento toda obra que contribuya a incrementar su potencia intelectual y moral. El Renacimiento fue uno de los fenómenos intelectuales más espléndidos de la historia; desplegó tal riqueza de genio y amplió nuestros horizontes de forma tan prodigiosa que siempre merecerá, como tal, la admiración y el reconocimiento de la posteridad.

Sin embargo, cabe señalar claramente que, en este sentido, no se trató de una revolución ni de una resurrección, como su nombre podría sugerir, sino más bien de la culminación de siglos de desarrollo mediante los cuales, emergiendo de los pañales de la infancia, la Edad Media, gracias a su valentía y energía, alcanzó el reino de la Ilustración. Fue, en efecto, la sociedad medieval la que,

tras siglos de intrépida experimentación, logró finalmente asir y conservar los bienes más preciosos, franquear el Cabo de las Tormentas, descubrir el Nuevo Mundo, inventar la imprenta y redescubrir las riquezas ocultas de la civilización antigua. Se produjo todo un florecimiento social, del cual el humanismo no fue sino una manifestación; floreció felizmente una planta robusta. Pero antes, en su último esfuerzo hacia la luz, desplegó toda su opulencia: ¡qué torrente de savia, qué paciente y misteriosa labor de crecimiento!

Por citar solo un ejemplo, la ruta a las Indias no se descubrió de un único golpe: para contar la historia de esta gran conquista, habría que relatar los modestos viajes costeros con los que los portugueses se aventuraron por primera vez a lo largo de las costas de África, cómo las exploraron poco a poco, avanzando de un promontorio a otro. Cuánta energía, ciencia y audacia debieron invertirse de este modo antes de que a un hombre de genio se le ocurriera lanzarse con valentía a la insondable inmensidad del océano.

Y en cuanto al humanismo mismo, ¿no veis que está vinculado a la Edad Media por una cadena ininterrumpida que va desde Nicolás V hasta Petrarca, de Petrarca a Dante y de Dante a Carlomagno, sin que jamás haya habido ruptura alguna en la tradición literaria de las letras clásicas, ni en el ardor apasionado con que fueron cultivadas?¹⁸

Visto desde esta perspectiva, el Renacimiento, por lo tanto, sigue siendo la Edad Media, hija y descendiente de siglos anteriores, y de ninguna manera un forastero que llega para arrojar las riquezas de un mundo recién descubierto a la plaza de los pueblos europeos. Sin duda, hay algo nuevo en el Renacimiento que la Edad Media ignoró, y es, repito, la concepción pagana de la vida que prevaleció en ciertos círculos eruditos. Pero este elemento fracasó como un injerto mal concebido en un tronco vigoroso, y es seguro que no desempeñó ningún papel en el progreso posterior de la civilización. Por otro lado, todo lo que ha sobrevivido del Renacimiento son aquellos elementos que lo vinculan con la tradición católica y popular de la Edad Media.

Por lo que acabamos de decir, podemos concluir que no formamos parte de aquellos (si es que existen) que creen que la Edad Media encarnaba la sociedad ideal, y que por tanto, para que nuestro siglo progrese es preciso que regrese a ella. No, es perfectamente permisible que las naciones, así como los individuos, recuerden con cariño los años felices de su infancia, sin que se tema que deseen volver a ser niños. La Edad Media es la época de nuestra juventud; la saludamos como una infancia sana y vigorosa, que no se marchitó en la oscuridad, que no se corrompió en una atmósfera contaminada, sino que creció libre y orgullosa bajo el sol, absorbiendo luz y aire puro, y que nos legó la robusta constitución de la que goza nuestra sociedad hoy. Felicitarlos por esto es proclamar la riqueza de la sangre que heredamos de nuestros antepasados.

Tras esto, es justo reconocer que nuestros primeros siglos adolecían de las imperfecciones propias de toda infancia. El carácter social de aquella época se veía empañado por una exuberancia pasional y una falta de disciplina que a menudo se manifestaba en arrebatos violentos, y una barbarie mal domesticada aparecía, incluso en sus mejores momentos, en las manifestaciones de la vida individual y pública. Nuestros antepasados se dejaban llevar con demasiada frecuencia por la imaginación; eran, con demasiada frecuencia, víctimas de un idealismo tan absoluto que a veces parecería que vivían sumidos en un sueño. Carecían de suficiente confianza en su razón; repetían con demasiada facilidad el *magister dixit*; se sometían con demasiada facilidad a las autoridades intelectuales, respetables sin duda, pero eso a veces eso les impedía pensar por sí mismos. Además, eran demasiado inexpertos para apreciar el valor de la civilización de la que disfrutaban; con una ingenuidad casi trágica, aceptaron cambiar sus tesoros por la moneda falsa de innovadores de toda índole.

Estos defectos son graves, y nos hemos librado parcialmente de ellos a lo largo de los siglos, quizá sólo para adquirir otros que no son mejores. Pero, una vez más, con sus virtudes y sus

18 Véase Ozanam, *Dante et la philosophie catholique au XIII^e siècle*, Discours préliminaire.

defectos, la Edad Media somos nosotros mismos, como fuimos y como seguimos siendo en parte hoy, inspirándonos en el *Evangelio* y no en el *Digesto*, prefiriendo la *Carta Magna* a la *Lex Regia*, y rezando con más frecuencia en la *Sainte-Chapelle* que en el *Partenón*. Y si tuviera que definir la sociedad moderna, diría que es la sociedad medieval que ha alcanzado su madurez.

Esto me lleva a mi conclusión.

Estrictamente hablando, no existe la Edad Media.

Este nombre provisional, que los diccionarios futuros no reconocerán, en realidad designa sólo a la juventud del mundo moderno. La cadena dorada que une todos los siglos cristianos permanece intacta, y todo lo que constituye los elementos de nuestra civilización brota de las inagotables fuentes de vida abiertas por el cristianismo hace diecinueve siglos. No existe la Edad Media; existe una sociedad moderna idéntica a sí misma desde su origen, hija del Evangelio. En este sentido, coincido plenamente con el historiador inglés Freeman¹⁹, que las líneas de demarcación trazadas por los cálculos de los cronólogos tienen sólo un valor formal y puramente pedagógico, ya que cada período está ya contenido en el que lo precede y se encuentra de nuevo en el que lo sigue.

Pero debo añadir inmediatamente que esta regla tiene una excepción trascendente y única. Hay una línea divisoria que parte la historia de la humanidad en dos, la que lleva la cruz del Gólgota en su cima. ¿Por qué? Porque fue allí donde resonó el *Fiat Lux* de una segunda creación, fue desde allí que descendió sobre el mundo la nueva ley de una nueva civilización, el *mandatum novum* que el mismo Cristo eligió llamar así. El día en que se le dijo al individuo: «Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo por amor a Dios»; al ciudadano: «Dad a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César»; al Estado: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia». En este día surgió una nueva moral, una nueva ley pública, un nuevo ideal social. Arrojada al seno de la humanidad como una misteriosa levadura, la palabra creadora obró sobre ella y la penetró por completo, y todas las renovaciones de justicia y amor que vemos ocurrir en su seno siglo tras siglo no son sino fruto de esta maravillosa fermentación: *Simile est regnum cælorum fermento quod acceptum mulier abscondit in farinæ satis tribus donec fermentatum est totum*.²⁰

El día en que el cristianismo tomó su brújula y señaló su Estrella Polar, es cuando comienza para la humanidad una vida digna de ser vivida, y de la cual parece que el antiguo poeta tuvo una oscura premonición cuando inscribió en el frontispicio del nuevo mundo este grandioso verso:

Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo.²¹

Comienza entonces la solemne procesión de los siglos cristianos, siguiendo la cruz hacia el futuro.

*Vexilla Regis prodeunt,
Crucis fulget mysterium*.²²

Y desde sus inicios, la sociedad cristiana ha trabajado, a través de diversas vicisitudes, hacia la realización de su sublime ideal. Los siglos medievales iniciaron esta labor, los siglos llamados modernos que les siguieron, y nuestro tiempo, heredero de ambos, continúa su tarea para legarla inacabada a los siglos futuros.

Porque el edificio de la civilización cristiana es como esas magníficas catedrales góticas cuyos planos y cimientos fueron trazados por arquitectos brillantes, sin llegar a tener la dicha de ver su noble visión realizada aquí abajo. Generaciones se sucedieron al pie del edificio; lo continuaron con amor, volcando en él todo su talento y riqueza, a veces rivalizando en genio con el maestro

19 Freeman, *The Methods of historical study*.

20 Mateo, XIII, 33. [El Reino de los Cielos es semejante a la levadura que toma una mujer y mezcla con tres medidas de harina, hasta que todo fermenta.] (Clásicos de Historia.)

21 Virgilio, cuarta égloga. [Ya nace de lo profundo de los siglos un nuevo y grande orden.] (Clásicos de Historia.)

22 Himno de vísperas para el tiempo de la Pasión: Se acercan los estandartes reales. (Clásicos de Historia.)

inspirado, a veces oscureciendo las líneas principales bajo la profusión de ornamentos con los que su entusiasmo las cubría, a veces delatando, por la aridez o la extravagancia de su obra, la crisis que atravesaba la idea cristiana en su arte, de modo que el venerable monumento lleva en su rostro eterno la impronta de todas sus efímeras predilecciones estéticas. Además, en esta larga sucesión de generaciones, hubo momentos en que la fatiga se apoderó de las manos, momentos en los que la duda paralizó el coraje, y en los que los materiales quedaron inactivos al pie de la obra. Tanto es así que dio lugar en Colonia a la leyenda que afirmaba que la catedral jamás se terminaría porque el diablo no lo quería... Y, sin embargo, se terminó, y ahora se alza en el cielo azul, a pesar del diablo y de sus secuaces²³.

El edificio de la civilización católica será como el noble santuario de Colonia. También él ha visto trabajar para su culminación las manos más diversas y los talentos más opuestos; también él ha conocido períodos de inactividad durante los cuales nacieron siniestras leyendas; también él ve hoy nuevas legiones de trabajadores, extendidas a sus lados, empleadas para elevar la sagrada aguja cada vez más arriba.

23 Con qué alegría uno de ellos —hablo de Heinrich Heine, quien ciertamente no habría protestado contra este título— profetizó, hace unos sesenta años, acerca de esta sublime obra maestra de la fe católica:

«Estaba destinada a ser la Bastilla del espíritu, y los astutos discípulos de Roma se felicitaban a ellos mismos al pensar que sofocarían la razón alemana en esta gigantesca prisión. Pero entonces llegó Lutero y gritó con su voz resonante: ¡Alto!, y desde entonces la catedral ha permanecido inacabada. Quedó inconclusa y eso es bueno, porque precisamente eso es lo que la convierte en un monumento al poder de Alemania y a la misión del protestantismo. Y nunca se terminará, a pesar de todos los gritos de los búhos y de los cuervos que, por manía arqueológica, anidan tan fácilmente en las altas torres de las iglesias.» (*Deutschland*).

Estos oráculos del profeta del libre pensamiento, sin duda, suenan extraños hoy en día, puesto que la historia los ha refutado de forma tan brillante, y me produce cierta satisfacción volver a presentarlos ante los ojos del lector.

APÉNDICE

La arqueología medieval en el siglo XVII.

Se puede afirmar que, en lo que respecta a la historia del arte medieval, la ignorancia de los hombres de los siglos XVII y XVIII era prácticamente ilimitada. ¿Puede creerse? Ni siquiera distinguían entre románico y gótico, estilos que englobaban con el mismo desprecio. He aquí, por ejemplo, al célebre Gilbert Burnett, arzobispo anglicano de Salisbury, escribiendo en 1686 sobre la hermosa catedral románica de Worms:

«Hay poco que destacar en la catedral, que es un enorme edificio de estilo gótico de la peor clase.» (There is little remarkable in the cathedral, which is a huge building in the gothic manner of the worst sort.) Citado en la *Zeitschrift für die Geschichte des Oberrheins, Neue Folge*, XIV, p. 411.

La cúspide de la ciencia arqueológica en aquel momento consistía en reconocer, con el *Dictionnaire de Trévoux* (III^e, col. 277), dos góticos: «el antiguo, traído por los godos en el siglo V (edificios macizos, pesados y toscos), y el moderno (obras más delicadas y ligeras, lo suficientemente audaces como para causar asombro).»

Estos textos son comparables a los famosos versos del *Art poétique* de Boileau, sobre la poesía y el teatro de la Edad Media; constituyen, si se me permite decirlo así, documentos de primer orden para la historia intelectual de la era moderna, y nos muestran, en cierto modo, el germen del vandalismo que asoló el siglo XVIII y la primera mitad del XIX.

LA CRUZ Y LA MEDIA LUNA

La elocuente voz del cardenal Lavigerie atrajo la atención de Europa sobre las atrocidades cometidas en el África ecuatorial, y León XIII ha puesto bajo el patrocinio de la Iglesia Católica la obra de misericordia y de justicia promovida por el gran Apóstol del continente negro. He aquí, pues, la cuestión de la esclavitud puesta a la orden del día del mundo civilizado, siendo de esperar que no desaparecerá antes de haber recibido la solución que imperiosamente reclaman todas las conciencias.

Carezco de la autoridad y de la elocuencia que son necesarias para abogar por una causa que es la del género humano, y es más modesta la tarea que me he propuesto. Yo quisiera, solamente, al relacionar las consideraciones que voy a exponer con el problema que a todos nos preocupa, manifestar como él mismo está relacionado estrechamente con los más vitales y antiguos intereses de la Iglesia Católica. Es mi propósito indicar a grandes rasgos el puesto que ocupa en la historia de la sociedad cristiana la obra que guardará ante la posteridad el nombre del Cardenal Lavigerie. Demostraré que esta obra, no es de ninguna manera, como algunos suponen, una obra nueva, ni una obra local, sino que responde a una necesidad permanente y que tiene un carácter muy católico, es decir: universal. Me daré por satisfecho, si comunicando mi convicción al espíritu de mis lectores, logro dar un nuevo incentivo a su celo por la emancipación de los hermanos oprimidos que allí tenemos.

La primera impresión que causa a un europeo del siglo XIX el espectáculo de este repugnante azote que se llama *esclavismo* (es decir, no la esclavitud, la cual, no ventilamos por ahora, sino la caza de esclavos y el tráfico de carne humana) es una impresión de estupor y espanto. ¿Cómo es posible que en este siglo, en que la humanidad parece estar a punto de tomar definitivamente posesión de sí misma y del globo, se vea todavía ultrajada en una parte considerable de sus miembros por atentados que la deprimen por bajo de las bestias de carga y de los animales feroces? O para formular la misma cuestión en otros términos, ¿cómo es posible que nuestra civilización cristiana, siempre joven y fecunda, a pesar de las heridas que le hacen hijos ingratos, no ilumina hasta ahora nada más que la Europa y la América? ¿Por qué habiendo alcanzado un grado de intensidad que sería suficiente para llenar de luz y vida toda la tierra, se encuentra siempre confinada en un dominio relativamente estrecho, extendiéndose delante de ella gran parte de Asia y África, como masas oscuras refractarias a la luz y calor de sus rayos vivificadores.

Varias son las razones que explican tan humillante fenómeno, y mi objeto es dar a conocer una de las más graves y cuya importancia excede a todo encarecimiento. Si la civilización europea no reina ya sobre toda Europa, si el Asia occidental, cuna de esta civilización, le ha sido arrebatada hace algunos siglos, y si el África septentrional que le ha pertenecido, le es todavía disputada palmo a palmo, esto obedece a que desde sus comienzos encontró un adversario que le declaró una guerra de exterminio y que en el transcurso de doce siglos de combates encarnizados, ha podido en muchas ocasiones poner su existencia en peligro sin que él, por su parte se haya visto seriamente amenazado.

Este implacable enemigo cuyo solo nombre hacía temblar a nuestros padres y que bastaría nombrarlo para que sus espadas saliesen por sí solas de sus vainas, es el islamismo, es la religión del falso profeta Mahoma.

Sí, este infausto sibarita que desde el interior de un harem ha dictado el código moral y religioso a cien millones de seres humanos, este es el que se ha erguido delante de Jesucristo y que implantando su Media-Luna enfrente de la Cruz, ha dicho al Salvador de los hombres: ¡No pasarás de aquí!

Durus est hic sermo: reconozco que es doloroso hacer una declaración de esta naturaleza, y sin embargo no abarca aun toda la verdad.

El islamismo no se ha limitado a impedir los progresos de la religión cristiana, sino que la ha rechazado, la ha perseguido, le ha robado su cuna, ha profanado sus santuarios más venerables, ha apagado sus focos más luminosos, y, subiendo a los púlpitos donde otras veces resonaba la inflamada voz de los Basilio, de los Atanasios y de los Crisóstomos, no ha dejado oír más que la repetición fastidiosa de ese libro imbécil e ilegible llamado el *Corán*. El islamismo ha hecho lo que ninguna otra religión ha podido ni osado. La Cruz ha triunfado de todo y el islamismo ha triunfado de la Cruz.

¿Cómo y por qué?

Intentaré contestar a estas dos cuestiones.

I

Dos razones explican el asombroso vigor desplegado por el islamismo en su lucha contra la civilización cristiana.

Considerado como doctrina, el islamismo es evidentemente la que está mejor armada contra el apostolado católico.

Mirado como institución religiosa, el islamismo tiene en sí un resorte que le impulsa fatalmente a la guerra contra la sociedad cristiana.

Si bajo el punto de vista doctrinal se opone abiertamente al cristianismo, la terrible pujanza del islamismo estriba en su engañosa semejanza con él. Mahoma, en lugar de negar la verdad de la religión cristiana, la reconoce y la proclama altamente. Se inclina delante de Jesucristo, le saluda como al más grande de los profetas que le han precedido y no se atribuye otra misión que la de poner el sello a la obra del Mesías. Los cristianos, según Mahoma, han falsificado la doctrina de Jesús y alterado su ley; Mahoma reivindica la misión providencial de volver por su pureza primitiva. Pretende ser el Paráclito anunciado por el mismo Jesús, y el crimen mayor de los cristianos es el desconocerlo. Como se ve, esta falsa religión se ha ingerido en la verdadera, usurpando todos sus caracteres divinos: tal es el secreto de su fuerza de resistencia a la propaganda católica.

La posición que toma un musulmán enfrente de la fe cristiana, es con poca diferencia, la que tomamos los cristianos enfrente del judaísmo. La sonrisa de superioridad que asoma a los labios de un cristiano cuando un rabino trata de convertirle a la religión de la sinagoga, asoma a un musulmán cuando un misionero trabaja por hacerle entrar en la comunión católica. El musulmán está convencido, como nosotros lo estamos respecto a los judíos, que los cristianos son una secta reprobada por Dios, por haber guardado mal el depósito que se les había confiado y tanto más desprecia al cristianismo cuanto mejor cree conocerlo. Además de esto, el islamismo posee, por lo que ha tomado de la religión cristiana, una parte de la verdad, parte suficiente para ilusionarlo, haciéndole creer que la posee toda, y este falso día es mucho peor que la noche completa. En las espesas tinieblas que se vuelven los ojos del idólatra, el alma enferma e inquieta, tiene el sentimiento de su miseria infinita: extiende las manos a través de la noche, y como dice el poeta, encuentra la mano de Dios que la sostiene y la levanta; pero en su pálido crepúsculo que ningún sol

calienta ni esclarece, el musulmán se figura que se halla en plena luz y se felicita orgullosamente de su error.

Por otra parte, si su inteligencia pudiese por un esfuerzo prodigioso, romper el lazo de la impostura que la rodea, aún su voluntad rehusaría seguir a la inteligencia y la volvería a llevar a los hierros de Mahoma. Mahoma, en efecto, ha obrado con igual imperio sobre una y otra. Jesús había escogido lo más sublime del alma humana: Mahoma lo más bajo. La ley de Jesús se resume en una sola palabra: ¡Caridad! La ley de Mahoma se resume igualmente en otra: ¡Voluptuosidad! Y conviene decirlo: el móvil de que dispuso el falso profeta, es casi tan poderoso como el empleado por el Dios Redentor. El poder que sobre la voluntad más recta y más pura ejerce la voluptuosidad es formidable, y le son precisos al cristiano todos los anatemas que su fe arroja sobre ella y todos los recursos sobrenaturales de la gracia para salir victorioso.

¿Qué sucedería pues, si su fe fuera cómplice de la voluptuosidad? Pues bien, así sucede en el islamismo. El sentimiento religioso toma la voluptuosidad bajo su patrocinio, la idealiza, la santifica; hace de ella la suprema dicha en este mundo y en el otro, prometiendo al creyente un paraíso que es un lugar obscuro. Y así las raíces del islamismo, penetrando hasta lo más profundo de la carne y de la sangre, se arraigan y no se dejan arrancar. He aquí porqué Mahoma pierde tan pocos fieles y le ha quitado tantos a Jesús. Pueden contarse los musulmanes que se han convertido a la fe cristiana; mas el número de los cristianos que han abrazado el islamismo es inmenso. Todas las almas bajas e impuras gravitan en la dirección de la Media-Luna.

Es evidente: protegido contra la verdad cristiana del lado de la inteligencia por la impostura, y del lado de los sentidos por la voluptuosidad, el islamismo, aparecía ya sobre el terreno doctrinal como el antagonista más decidido y el rival más afortunado de la ley de Jesucristo. Mas esto no le ha bastado. Era poco el tener al cristianismo en jaque: faltaba destruirlo o al menos reducirlo a la esclavitud. La dominación del musulmán sobre todos los pueblos que no profesan el islamismo, es una de las ideas que más enérgicamente ha inculcado Mahoma a sus sectarios. Es para ellos un derecho, al mismo tiempo que un deber, el tener bajo su sable a toda la temblorosa multitud de los infieles: es un derecho, porque siendo los verdaderos creyentes, son superiores a los infieles, y porque para ellos, como para los judíos carnales, esta superioridad no puede ser otra que la del orden material; es su deber, porque su dominación es la prueba más irrefutable de la verdad del islamismo. He aquí por qué la guerra contra los infieles es obligatoria y santa. No se trata de crear nuevos adeptos para el islamismo; se trata de someter a los pueblos y de hacerlos tributarios o esclavos. El islamismo no es una religión de apóstoles, es una religión de conquistadores; el sable es su principal instrumento de propaganda: y sus héroes no son mártires sino soldados ebrios de sangre.

Tomad ahora unos hombres cuya pasión más viva es la guerra, ¡y decidles en nombre de una religión en la que creen ciegamente, que la más meritoria de las acciones para el otro mundo es esta guerra! ¿qué explosión de fanatismo militar no podréis esperar de ellos?

II.

Ya tenemos aquí el secreto de la guerra de exterminio que desde su aparición ha hecho el islamismo al nombre cristiano.

Yo querría desarrollar aquí, tal como la veo desenvolverse a través de la historia, esta larga y terrible lucha de doce siglos, que todavía no ha encontrado historiador. Descompónese esta lucha en una multitud increíble de tragedias nacionales, representadas en diversos teatros a la vez, teniendo por lo tanto, esta eterna contraposición de principios categóricos, una especie de unidad grandiosa y patética. Contemplad bien ese sin número de guerras que ensangrientan las tres partes del mundo antiguo, esos millares de combates dados, si es lícito hablar así, donde quiera que el terreno ofrece un campo de batalla al furor del hombre, y no encontraréis otra cosa en definitiva, que los episodios de una sola y única lucha de más de mil entre los pueblos agrupados bajo el estandarte de la Cruz y

los que siguen la bandera de la Media-Luna. Parécenos ver dos ejércitos largamente desplegados en línea de batalla y entre los cuales se extiende el vasto espejo del Mediterráneo, demasiado pequeño a pesar de su extensión para separarlos totalmente, porque las dos alas de uno y otro ejército traspasan esta inmensa sábana de agua y se encuentran por un lado en las arenas de la Siria y por el otro cerca de las rocas de Gibraltar.

Comenzó esta lucha desde el nacimiento del islamismo. Apenas nació la nueva religión cuando fue el espanto del Oriente. Un momento antes no era más que un punto negro sobre los desiertos de la Arabia; poco después era una borrasca que se desataba con furia, más tarde es una tempestad cuyos relámpagos cayendo sobre los imperios los dejan reducidos a cenizas. Menester será citar algunas fechas cuya rápida sucesión dará una idea de esta prontitud fulminante.

En el año 632 murió en Medina el camellero de la Meca, no contando con otros fieles que unos cuantos puñados de Árabes ladrones. En el año 634 sus soldados entran victoriosos en Damasco, capital de la Siria. En el año 637 se apoderan de Jerusalén. En 641 ocupan a Alejandría de Egipto, en 651 consuman la destrucción del imperio Persa, en 670 sus caballos beben en las aguas del Indo, y en 672 su flota pone sitio a Constantinopla, único baluarte que le quedaba al mundo cristiano en Oriente. Entonces Bizancio nos prestó el único servicio que justifica su larga existencia, deteniendo bajo sus muros la victoriosa marcha de la Media-Luna, y permitiendo de este modo a la Europa cristiana organizarse detrás de ella. Mas este primer revés de sus armas no desanima al islamismo; y helo aquí, que rechazado por el ala izquierda del ejército cristiano, lleva a cabo un inmenso movimiento a través de los arenales de África para tomar a retaguardia nuestra ala derecha. Aún no terminado el siglo VII, los musulmanes llegaron hasta las costas del Atlántico, y su jefe Ocba, lanzando su caballo en medio de las olas y levantando su cimitarra, gritó: «Dios de Mahoma, a no detenerme estas olas, iría a llevar la gloria de tu nombre hasta los confines del Universo.»

Estas palabras son algo más que la expresión de un voto o un sentimiento; pensadas detenidamente, tienen el carácter de una profecía que los acontecimientos habían de apresurarse a realizar. La costa occidental del África del Norte que pisaba el emir en el momento de lanzar esta heroica exclamación, sólo descubre los infinitos espacios del Océano; mas desde que se dobla el cabo Espartel, se percibe de repente tras una lejana neblina, que aumenta su misteriosa hermosura, la costa española, cuyas cimas se dibujan vagamente a la otra parte del Estrecho. Es la maravillosa Hesperia, la tierra de las palmeras y las fuentes, cuya encantadora sonrisa, brillando por encima de las olas, parece que dirige un incesante llamamiento a los habitantes del estéril Marruecos.

El llamamiento fue oído. Desde 711 las huestes musulmanas franquean el Estrecho y una sola batalla decide la suerte del reino visigodo. El baluarte occidental del Cristianismo acababa de caer. Protegidos al Oriente por Bizancio, nos veíamos arrollados por la parte de Occidente; y he aquí que por encima de los Pirineos el torrente del islamismo se desbordaba a través de la Francia hasta llegar al Loira y la caballería de Abderrahmán venía a forrajear hasta Sens a las puertas de París (732). Precisamente entonces se cumplía el centenario de la muerte de Mahoma y desde el Indo hasta el Loira, toda la tierra estaba a sus pies. Había ahuyentado la Cruz a través de dos partes del mundo antiguo, y en aquel momento, acampado en el corazón de la tercera, se aprestaba a darla el golpe de gracia. Sin duda alguna, que si en la vida del cristianismo hubo un momento solemne, fue éste. Vencedores los Árabes, serían los dueños de la Europa, y entonces, humanamente hablando, hubiera sucumbido la cristiandad, porque la espada de los Francos era la última arma que le quedaba.

Empero, la espada de los Francos estaba en estos momentos en la mano de un héroe. Carlos Martel triunfa en Poitiers y el islamismo conoce por vez primera las humillaciones de la fuga y los terrores de la derrota. La bandera victoriosa de la Cruz corre tras las huellas de la fugitiva Media-Luna y la persigue hasta el otro lado de los Pirineos. Carlomagno la planta en Barcelona, y en la Marca, donde crea un puesto avanzado del cristianismo que guarda las puertas de las Galias y las

cierra para siempre a los musulmanes. Allí lo mismo que en las montañas de Asturias, los cristianos de España se rehacen y se reorganizan para volver a tomar, palmo a palmo, a los enemigos de la fe el suelo de su patria en una lucha que durará ochocientos años y que contará tres mil y setecientas batallas.

Mas si los desfiladeros de los Pirineos están desde entonces cerrados al islamismo, les queda el mar abierto y sus olas complacientes llevarán sucesivamente a los piratas musulmanes a todas las costas cristianas. Sicilia, Cerdeña, Córcega, las islas Baleares, y en una palabra, todas las islas del Mediterráneo, caen sucesivamente en su poder. Después de esto ponen su planta sobre el continente, se apoderan desde luego de las costas y se establecen en ellas; luego avanzan hasta el corazón de los países y crean allí puestos fortificados destinados a preparar una ocupación definitiva. Diríase que los Moros de España y los Sarracenos de África se tenían repartido de antemano el mundo cristiano y que habían concertado el plan de su exterminio sistemático. En 841 desembarcan los Sarracenos en la Italia meridional, se apoderan de la ciudad marítima de Bari y fundan allí, en plena Italia, un estado infiel de donde extienden sus estragos sobre las florecientes provincias de este bello país. En 882 se establecen sobre el Garellano, entre Roma y Nápoles, en una posición casi inexpugnable, desde cuya altura extienden el terror de sus armas por toda la Italia meridional y central y hasta el centro de la campiña romana. Desde allí pueden tender la mano a sus correligionarios los Moros españoles, que en 888 se apoderaron de Fraxineto, en las costas de Provenza, donde quedan establecidos por espacio de noventa años, sembrando el espanto y desafiando las armas de los soberanos más poderosos. De año en año, los Moros se extienden impunemente por estas regiones. En 921 los encontramos en los Alpes, donde por espacio de treinta años permanecen dueños de todos los caminos que unen la Francia y la Alemania con Italia, cortando las comunicaciones entre los Papas y el resto de la cristiandad. Toda la Suiza está a su disposición. Desde San Mauricio en el Valés, hasta Coira sobre el Rhin y San Gall²⁴ a la entrada de Alemania, todo está inundado de sangre. Los peregrinos que en gran número acuden todos los años a visitar el sepulcro de San Pedro, perecen bajo sus golpes o no obtienen su libertad sino al precio de los más gravosos rescates.

Así la Galia y la Italia cogidas por la garganta permanecen indefensas. Todas las grandes ciudades mediterráneas arden unas en pos de otras: Marsella (838), Arlés (842), Génova (935) y Pisa. Los santuarios monásticos más celebrados del Occidente se ven reducidos a cenizas: Monte-Casino es destruido en la cumbre de su montaña (881), y a las puertas de la Ciudad Eterna fue profanado y saqueado el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles (846). Lleváronse los Sarracenos el altar de plata maciza que se levantaba sobre la confesión de San Pedro en el Vaticano, juntamente con las innumerables lámparas que delante de él ardían noche y día.

¿Y que eran estos saqueos? Bajo esta palabra, que no despierta actualmente, gracias a Dios, más que ideas confusas, es preciso figurarse todos los horrores y todas las atrocidades de la toma de una ciudad a mano armada. Los cronistas de aquellos tiempos, que nada tienen de explícitos, nos obligan frecuentemente a suplir, con la imaginación, la insuficiencia de sus noticias; pero ¡qué drama más horroroso se deja entrever tras de la siniestra concisión de las siguientes líneas que tomamos de los Anales de San Bertín!

Año 838. *Los piratas sarracenos se arrojan sobre Marsella en la Provenza, roban a las religiosas, que formaban allí una gran congregación, asesinan a la clerecía y a los legos, saquean la ciudad y marchan llevándose los tesoros de las Iglesias.*²⁵

La suerte de Marsella era la de todas las demás ciudades del Mediodía. En todas el asesinato, la violación, el incendio y el pillaje. Oyentes cristianos rehusarían oír contar hoy lo que sus mayores se han visto precisados a sufrir. La Europa no parecía ser más que la tierra prometida, en que la

24 Ekkehardi, *Casus Sancti Galli*, cap. 15.

25 «Interim Sarracenorum pyratice classes Massiliam Provinciæ irruentes, abductis sanctimonialibus, quarum illic non modica congregatio degebat, omnibus et cunctis masculini sexus clericis et laicis (occisis?), vastataque urbe, thessaurus quoque ecclesiarum Christi secum universaliter asportarunt.»

lujuria y la crueldad de los sectarios de Mahoma, podían saciarse a costa de los que llamaban perros cristianos. La dignidad de Papa era un martirio. Nada es tan doloroso de leer, como la larga correspondencia de Juan VIII, dirigiéndose sucesivamente a los pueblos y a los reyes, a los Bizantinos y a los Francos, a las ciudades y a los duques de Italia, sin conseguir arrancarlos de su inercia y concluyendo en el año 878 por pagar a los Sarracenos un tributo anual de 25.000 marcos de plata²⁶. ¡Así se realizó el sueño más audaz tenido por Mahoma! Jesucristo se había vuelto su vasallo, y el verdadero Dios pagaba tributo al falso profeta.

¿Qué hacían durante este tiempo los reyes encargados de velar por la seguridad de los pueblos cristianos? Desgarrarse mutuamente ante los ojos del enemigo común. En 841, precisamente el año en que los musulmanes penetraron en Italia, los hijos de Ludovico Pío libraban la funesta batalla de Fontanet, que destruyó la unidad política del mundo europeo y lo arrojó dividido a los pies de los conquistadores árabes. Fuera de Luis II, que honró su reinado con la reconquista de la ciudad de Bari, los demás Carlovingios parece que no tenían afición al arte de la guerra, a no ser que hiciera correr la sangre de los cristianos. Los demás soberanos no estuvieron mejor inspirados.

El más grande entre todos ellos, el emperador Otón I, no se dignó, o no se atrevió, a medir sus armas con los musulmanes, y todo lo que contra ellos hizo, se redujo a una [infructuosa embajada](#) cerca del Califa de Córdoba, para obtener la retirada de los Moros de Fraxineto. Hay otros dignos de un eterno baldón, que como el rey de Italia, Hugo de Provenza, se aliaron con los infieles, sirviéndose de ellos contra los cristianos; y también se vio a un gran número de duques italianos dividir con ellos los despojos que se llevaban de nuestros santuarios profanados.

Sangrada a la vez la Europa en todos sus miembros por sus enemigos y por sus hijos, moríase de extenuación. La total desaparición del cristianismo parecía limitada, de allí en adelante, nada más que a una cuestión de años.

Pero el pontificado velaba.

Y es preciso decirlo, porque esta es la verdad, y verdad demasiado poco conocida, que los Papas del siglo IX y X son los que han salvado al mundo, encargándose en medio de la universal defección de un papel propio y exclusivo de los reyes y que los reyes no eran capaces de cumplir. Se ha acusado frecuentemente a la Iglesia de usurpadora del poder civil. He aquí la más manifiesta e incontestable de sus usurpaciones, y parece que los historiadores más celosos en denunciarlas, han jurado no ver ésta: ¡tanto se complacen en pasarla en silencio! En los momentos de espantoso apuro, tan frecuentes en aquellas sombrías épocas, no son los palacios de los reyes ni las fortalezas de los barones, los lugares donde se encuentran las inspiraciones saludables y las resoluciones viriles: es preciso buscarlas en el palacio de Letrán, en la celda de los Papas, donde se conserva toda la energía que prepara la resistencia y organiza la victoria. A precio de qué sacrificios y a consecuencia de qué esfuerzos: ¡sólo Dios lo sabe!

Ya he indicado anteriormente qué suma de esfuerzos sostenidos y de energía varonil gastaron ciertos Papas a quienes no fue dado recoger el fruto de tanta laboriosidad, reservado para sus sucesores. A unos y a otros debe guardar la Europa el mismo reconocimiento, debiendo saludar en las amarguras de la derrota como en los transportes del triunfo, a estos ancianos pacíficos y desarmados, cuyo corazón no tembló cuando el mundo se desplomaba alrededor de ellos, no desesperando nunca del triunfo de la civilización cristiana, aún en los momentos en que el supremo cataclismo parecía dispuesto a tragarla.

El primer Papa que organizó la victoria se llamó León IV. Construyó las fortificaciones de Roma y Ostia, fundó la ciudad Leonina, y después de haber concertado la liga de las ciudades de

26 «Heu pro dolor! fesso mihi paganorum persecutione ac gladio atque exactione census 25.000 in argento mancusorum annualiter, imo prædictæ vestræ Matri additus civilis muelo angustiae est.» *Carta del Papa Juan VIII a Carloman*, apud Migne, *Patrología*, tomo CXXVI, pág. 720.

Nápoles, Gaeta y Amalfi, derrotó en 849 a los Sarracenos en el sangriento y célebre combate naval de Ostia, que Rafael ha inmortalizado con sus pinceles en las estancias del Vaticano²⁷.

El segundo que organizó la victoria fue el Papa Juan X. Formó una nueva liga, agrupando a los Lombardos, Bizantinos e Italianos meridionales, púsose a su cabeza y fue a buscar a los Sarracenos en sus guaridas, a orillas del Garellano; los derrotó, los sitió por espacio de tres meses, se apoderó de su roca y los expulsó del país (916).²⁸

El tercer organizador de la victoria se llamó Benedicto VIII. Se alió con las ciudades marítimas de Génova y Pisa, armó las embarcaciones de la Iglesia romana, corrió al encuentro de los Sarracenos, y cerca de Luna, en Toscana, después de un combate de tres días, les causó una sangrienta derrota (1016), enviando luego a los Pisanos a reconquistar la isla de Córcega, que cedió a los vencedores a título de feudo de la Santa Sede²⁹.

Pero no quisieron los soberanos Pontífices contentarse con el ingrato y precario papel de la defensiva; comprendieron, que para poner definitivamente la Europa al abrigo del islamismo, era menester hacerle la guerra en su propio terreno y atacarlo en las fuentes de su propia vida. Este cambio de estrategia por parte de los Pontífices, abre una nueva fase en la historia de esta lucha gigantesca. La iniciativa pertenece a los Papas del siglo XI; y si no es verdad que el honor de ello corresponde a Silvestre II, es lo cierto que Gregorio VII había y a trazado a grandes rasgos el nuevo plan y que su sucesor Víctor III había comenzado su ejecución con un desembarco de los Pisanos en África. Mas esto no era más que los preludios: le estaba reservado a Urbano II coronar los esfuerzos llevados a cabo en tres siglos por sus antecesores. A las alianzas parciales y precarias sustituyó la coalición general y permanente de la Europa; a la guerra definitiva en Occidente, la guerra ofensiva en Oriente. Fue en una palabra el Papa de las Cruzadas.

¡Las Cruzadas! ¡Cuántos detractores no ha contado esta obra maravillosa, bella y fecunda del Pontificado! ¡Cómo ha sido desnaturalizada, rebajada y calumniada por todos aquellos a quienes atormenta la gloria de la Iglesia católica! Se han hecho, digámoslo así, prodigios para extinguir el brillo de heroicidad, que envían desde los remotos tiempos de la Edad Media hasta nuestros días de triste y fría indiferencia. Se ha tejido entre aquella época y nosotros un velo tan espeso de mentiras históricas, que todavía, aquellas gloriosas empresas, no aparecen con toda su majestuosa belleza más que a un corto número de espíritus.

Se han complacido en representárnolas como debidas a la explosión del fanatismo religioso y militar, cuando nacieron ante todo de la imperiosa necesidad de defender la civilización contra sus mortales enemigos. Para disminuir la grandeza de la iniciativa pontifical, se ha atribuido el honor del movimiento a un entusiasta llamado Pedro el Ermitaño; mas es cosa probada hoy que Pedro el Ermitaño, personaje extraordinariamente engrandecido por la leyenda, no fue más que el instrumento y de ninguna manera el inspirador del gran Papa Urbano II, heredero de los cuidados de tantos otros soberanos Pontífices como le habían precedido³⁰. No cesan de repetir que las Cruzadas se han frustrado porque no hemos conservado a Jerusalén, y se olvidan precisamente de que las Cruzadas han preservado a la Europa de sufrir como Jerusalén las cautividades del islamismo.

He allí la mentira y he aquí la verdad.

Con las Cruzadas es cuando verdaderamente comienza la civilización de la Edad Media. Diéronnos, por de pronto, las Cruzadas lo que es indispensable para vivir y trabajar: la seguridad, la confianza en lo porvenir. Por vez primera después de muchos siglos, dejó de sentir la Europa la cimitarra musulmana levantada sobre su cabeza; las mujeres cristianas, dejaron de temer, al

27 *Liber Pontificalis*, ed. Duchesne, tomo CV, pág. 521 a 524.

28 Liutprandi, *Antapodosis*, tomo II, pág. 49 a 54.

29 Thietmari, *Chronic.*, tomo VII, pág. 31.

30 Véase el libro de Mr. Hagenmeyer, *Peter der Eremit*, Leipzig, 1879, compendiado en francés con el título de *Le vrai et le faux sur Pierre l'Eremit*, por Mr. Furcy Reynaud, París, 1883.

despertar sobresaltadas, el ver relucir en las sombras los feroces y lujuriosos ojos de los raptos, que las arrancaban de sus esposos e hijos para arrastrarlas a los haremes. Bajo la protección de los soberanos Pontífices reinaba y a en Europa una paz sagrada, que hacía florecer en Occidente todas las artes de la civilización. La sociedad cristiana llegaba al apogeo de su prosperidad. Los dos siglos de las Cruzadas el XII y el XIII, son los dos grandes siglos de la Edad Media. Entonces se multiplicaron las instituciones caritativas; entonces la vida comunal se desarrolló ampliamente; entonces fue cuando las libertades públicas hallaron su fórmula en documentos como la Carta Magna de Inglaterra; entonces fue cuando las Universidades arrojaron sus más brillantes resplandores; entonces el pensamiento filosófico, después de muchas generaciones de discusiones ardientes, llegó a su madurez con Sto. Tomás de Aquino; entonces fue cuando en los dominios de las artes hirvió el numen poético, hasta traducirse en obras maestras no igualadas posteriormente. Todo esto sucedía mientras la fogosa espada de los Cruzados permanecía suspendida sobre el islamismo, que retrocedía al paso que la Cruz reaparecía victoriosa en capitales que hacía muchos siglos la desconocían, alzándose con Godofredo de Bullón en Jerusalén, con San Fernando en Córdoba y Sevilla, con San Luis en Damietta y bajo los muros de Cartago.

Pero llegó un momento en que la Europa se fatigó de los esfuerzos y sacrificios que exigía esta lucha interminable. Y puesto que es necesario decirlo lo diré: la Europa no veía la necesidad de combatir contra el islamismo. Hacía tanto tiempo que la Media-Luna no aparecía por el Occidente que se creyó que y a no volvería a reaparecer. A partir del siglo XIV, los reyes y los pueblos olvidan el camino de la Palestina y cesan de responder al llamamiento de los Papas. ¡Y entonces, de repente, vuelve el islamismo a ser el azote y la desesperación del mundo cristiano! ¡Admirad aquí como se encarga la historia de glorificar la sabiduría de los soberanos Pontífices y qué lecciones se desprenden de un simple sincronismo de fechas! La última cruzada tuvo lugar en el año 1270: desde el 1281 el islamismo vuelve a avanzar victorioso, yendo ahora a su cabeza un pueblo nuevo que se encarga de la dirección de sus destinos.

En efecto, en 1281 los Turcos otomanos con la toma de Kutahya en el Asia menor, echan los cimientos de su formidable imperio, que tantas veces había de hacer temblar a nuestros antepasados; y desde este día avanzan a paso de gigante en dirección del Occidente. En 1326 penetran en Brusa, la opulenta capital de la Bitinia; en 1357 ponen su planta en el continente europeo, apoderándose de Galípoli; en 1361 llevan a cabo la conquista de Andrinópolis; en 1453, tomando a Constantinopla, acaban con el imperio griego y destruyen el baluarte que por tanto tiempo venía protegiendo a la Europa Oriental. Desde entonces encuentran franco el camino del Occidente y por él se precipitan. Mahomet II juró que su caballo comería la avena de su pienso en el altar de S. Pedro de Roma y desde 1480 comenzó a cumplirse esta terrible amenaza con la toma de Otranto en Italia. El terror llegó a su colmo: el Turco no distaba de la capital del mundo católico más que unas cuantas jornadas, cuando la mano de Dios, hiriéndole de muerte, evitó el cumplimiento de sus siniestros designios; pero la desaparición del terrible conquistador apenas acortó el vuelo de su pueblo.

En el año 1521, los Turcos se apoderan de Belgrado; en 1526 destruyen el reino de Hungría con la batalla de Mohacz; en 1539 aparecen bajo los muros de Viena y en 1565 ponen sitio a la capital de Malta en frente de la Italia. El heroísmo de los cristianos los detiene delante de estas dos últimas ciudades; mas su retirada puede compararse a una marea ascendente en que cada ola avanza un poco más que la que le precede. Están en todas partes a la vez. No hay ciudad cristiana que pueda gloriarse de estar al abrigo de sus armas. Sus flotas surcan todo el Mediterráneo, llevando hasta el corazón de los países el terror y la desmoralización. En Túnez y en Argel poseen prisiones infernales en que se consumen millares de cristianos. Parece que la infatigable caridad de los Trinitarios y de los frailes de la Merced no sirve para otra cosa que para pagar rescates a los piratas mahometanos. Los espantos de los siglos IX y X vuelven de nuevo a reinar sobre la Europa atontada. ¿Será que decididamente va a hacerse musulmana?

En estos días de suprema angustia los reyes y grandes de la tierra mostráronse una vez más inferiores a su misión, manteniendo entre sí continuas reyertas, que no cesaron de debilitar a la desgraciada Europa y favorecer la causa de los Turcos. Sus viles preocupaciones de interés personal contrastan de un modo extraño con la sublime tarea que al parecer habían recobrado. A veces, movidos por un acceso de vergüenza o de remordimiento, prometen cruzarse a ejemplo de Felipe el Bueno; pero estos *votos del faisán*³¹ no tenían otro valor que el de los motivos que los obligaban a hacerlos. Ni era poca dicha cuando los soberanos no llevaban el olvido de sus deberes hasta el extremo de hacer, como Venecia, convenios separados con el enemigo común, que pagaba con algún sórdido provecho esta cobarde defección, o cuando no se aliaban con él para combatir a un príncipe cristiano como hizo Francisco I, que lleva, sin duda por irrisión, el título de *rey caballero*³².

¿Es preciso añadir que los pueblos engañados por las deletéreas lecciones que sacaban del cultivo de la antigua literatura pagana, parecían competir con los reyes en su indiferencia con respecto a los supremos intereses de la cristiandad? Se diría que en medio de las rivalidades nacionales, con que los reyes y los pueblos turbaban y desolaban la gran familia católica, no reconocían más que un enemigo común: el Papa. Ello es que cuando se trataba de resistir al Vicario de Jesucristo, volvían a encontrar alguna apariencia de la unión que habían mostrado en otro tiempo en la lucha contra los enemigos de la fe, como lo prueba el desastroso y ridículo concilio de Basilea, desperdicio insensato de las fuerzas morales de la Iglesia en una guerra sin objeto contra su propio jefe! Y en este año fue cuando los Turcos entraron en Constantinopla y cuando estalló en el corazón de la Ciudad Eterna, la ignominiosa conjuración del humanista Esteban Porcaro contra el protector más magnánimo que los humanistas tuvieron en ningún trono de Europa. El protestantismo, en fin, puso el colmo al desorden que reinaba en Europa, dividiéndola en dos campos enemigos ante los ojos de los mismos Turcos; y Lutero con el cinismo que en todo le caracterizaba, levantó su voz para aconsejar a los Alemanes que no pagasen los subsidios destinados a la guerra contra los Turcos. «¡Antes turcos que papistas!» Este grito infame resonó en diversas ocasiones en la boca del monje apóstata e impuro, tan traidor hacia su patria como lo había sido hacia su Dios³³.

Nosotros hubiéramos perecido una vez más, si una vez más los Papas no hubieran comprendido mejor que los reyes y los pueblos donde estaba nuestra salud. La historia es monótona: ella se repite sin cesar, y el que quiera relatarla fielmente no puede preservar su relato de una uniformidad que le es comunicada por el asunto mismo. Que no se extrañe, pues, el oírme repetir de los Papas de los siglos XV y XVI lo que ya con anterioridad dije de los Papas de los siglos IX y X. Los soberanos Pontífices no habían cesado de recordar a los príncipes cristianos la necesidad de la guerra contra el islamismo, y desde la aparición en escena de los Turcos sus llamamientos se habían redoblado en energía. A partir, sobre todo, de la pérdida de Constantinopla, pusieron en acción toda clase de medios para sacudir la desidia de los soberanos de Europa; y más de uno entre ellos, como Nicolás V, Calixto III, y Pío II, murió de pena y con el corazón roto por la defección que a última hora le proporcionaron la ceguera o cobardía de los reyes. Mas tan ta abnegación no quedó del todo estéril. Ello es cierto que los soberanos Pontífices contribuyeron a retardar de un modo considerable los progresos del islamismo, bien obteniendo para los casos urgentes socorros parciales de los cristianos occidentales, bien proveyendo de alientos y de recursos a los que sostenían el choque de las hordas otomanas. A los porfiados esfuerzos de los Papas y al infatigable celo de su enviado San Juan de Capistrano, debemos en gran parte el éxito alcanzado por los dos valientes defensores de la causa cristiana en Hungría y en Albania, Huniades y Scanderbeg.

31 Aquí alude el autor a una anécdota de Felipe el Bueno, duque de Borgoña, que estando en un banquete y siguiendo una costumbre caballeresca de su tiempo juró sobre un faisán que se servía en la mesa partir a la cruzada. El célebre duque no cumplió su juramento; y de aquí vino llamarse *le vœu du faysan* a los votos hechos en semejantes condiciones, y que se tenían por nulos. (Nota del traductor.)

32 Sabido es que el rey de Francia Francisco I se coaligó en el Gran Turco en contra del emperador Carlos V. (Nota del traductor.)

33 Véase a J. Jansen, *L'Allemagne et la Reforme*, traducción de E. Paris, tomo II, págs. 98, 106, 107 y 126.

Cuando con indecible angustia tiembla la Europa delante del invencible sable de Mahomet II, el héroe magiar y el héroe de Épiro aparecen en nuestras vanguardias como los lugartenientes del soberano Pontífice, resistiendo hasta la muerte por obedecer la consigna que parece haberles dado de velar sobre la dormida cristiandad.

Sonó por fin la hora en que se había de ver recompensada con magnificencia la heroica obstinación de los Papas. Tres siglos después de San Luis, un Papa que también era un santo, Pío V, llegó a organizar una nueva cruzada bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario. La santa liga de 1570 no fue en verdad otra cosa que un reflejo de las inmensas coaliciones de la Edad Media, en que la Europa entera se aprestaba al asalto del islamismo: no comprendía, además del Papa, sino a Venecia y España. Pero España era digna de la confianza que la Iglesia Católica ponía en el heroísmo de sus soldados y en la abnegación de sus reyes. Esta nación de la cruzada perpetua, apenas había desembarazado su territorio de los últimos musulmanes, cuando ya pensaba arrancarles el imperio del Mediterráneo. El gran Cardenal Ximénez de Cisneros le había enseñado el camino de África, y por dos veces Carlos V había marchado sobre sus huellas, organizando las expediciones de Túnez y de Argel, la primera tan feliz y fecunda, frustrada la otra por la conjuración de los elementos que le robaron el éxito, mas no la gloria. Pío V necesitaba un aliado en que estuviese encarnada la resistencia contra todos los enemigos de la fe, y lo encontró en Felipe II, que dio a la expedición un jefe en la persona de su hermano D. Juan de Austria, joven cuya carrera, corta y brillante, como la de Aquiles, parecía el resultado de un pacto generoso con la gloria y con la muerte.

Capitaneada por un héroe, guiada por un santo y avanzando bajo la invocación de la Inmaculada, la flota cristiana, navegó para la Grecia, en medio de la ansiosa expectación de la Europa, encontrando a la armada turca en las aguas de Lepanto. Allí el 7 de Octubre de 1571 tuvo lugar la batalla más memorable de la edad moderna. En fin, después de una lucha sangrienta, D. Juan se apodera de la galera capitana de los Turcos, derriba la bandera de la Media-Luna, reemplazándola por la de la Cruz. El simbolismo patético de esta sustitución de enseñas, creo que no tiene igual en la historia del mundo, desde el día en que el lábaro de Jesucristo reemplazó sobre los estandartes romanos a las águilas de Rómulo; pues significaba el triunfo definitivo de la Cruz sobre la Media-Luna. La batalla de Lepanto dio al islamismo un golpe de muerte, concluyendo definitivamente con su papel en Europa. Como en la *Ilíada*, la mano de un héroe había herido el costado del dios de la guerra; pero era una fuerza superior la que había dirigido esta mano y hundido el dardo fatal.

El islamismo tuvo un fin digno de él. Atacado en las fuentes de su vida, no se resignó con el papel de la defensiva: como el jabalí herido vuelve otra vez a la carga, y con sus asaltos repetidos da todavía más de una vez a la Europa el resabio de los antiguos terrores, todavía por espacio de un siglo sírvele la Hungría de campo para sus correrías, y aun en el año 1683 le vemos llegar con sus bárbaras hordas hasta los muros de Viena. Nuevamente el Austria tiembla por su existencia; y nuevamente hubo un rey cristiano, Luis XIV, para alegrarse del progreso de las armas del islam que le hacía esperar la pronta caída de la casa de Habsburgo.

Pero el Pontificado continuaba fiel a la cristiandad vendida y amenazada, y fue a buscar en las regiones del Septentrión al libertador de Alemania. Sobieski acude al llamamiento del soberano Pontífice, llevando en su ayuda los soldados de la católica Polonia, que ha desempeñado en nuestros modernos tiempos al Este de Europa, el provechoso papel que desempeñó la España al Oeste durante la Edad Media. El reconocimiento del mundo civilizado debe unir para siempre en la misma aureola de gloria la memoria del Papa Inocencio XI y la «de aquel hombre enviado por Dios que se llamaba Juan.»

La salvación de Viena es el epílogo triunfal de nuestra lucha de diez siglos contra la Media-Luna³⁴, pues corona gloriosamente la gigantesca empresa que con infatigable energía prosiguieron los Papas, a pesar de todos los desfallecimientos y con indefectible confianza en medio de todas las traiciones. Es pues de justicia que sean glorificados hoy día en su obra, y que la historia proclame que en muchas ocasiones han sido los salvadores de la Europa. Si los Papas no hubieran obrado, luchado y rogado por nosotros, mientras que nuestros reyes nos hacían traición, nos oprimían o nos vendían, no miraríamos de lado al *hombre enfermo*³⁵ con el tranquilo desprecio de la superioridad definitiva. El impío deseo de Lutero estaría cumplido desde hace tiempo. No seríamos papistas: seríamos Turcos, y los eunucos nos darían de bofetadas a las puertas de los haremes donde tendrían encerradas a las mujeres cristianas.

III.

Empero ¿puede afirmarse que el islamismo ha llegado a ser para nosotros una cantidad despreciable por su insignificancia? Nada puede darse más pernicioso que este error. El islamismo ha dejado de ser un peligro para Europa; pero continúa siendo un obstáculo para la civilización europea.

Estamos, digámoslo así, acostumbrados a mirarlo sólo por un lado, a no considerarlo nada más que por la parte occidental, donde su debilidad respecto a nosotros aparece con evidencia. Pero el islamismo es un cuerpo inmenso, que se extiende por una vasta extensión del globo y que aun hoy día no renuncia a extenderse más y más. Las derrotas y humillaciones que le hemos causado no le han quitado su ambición y su afán de dominar; han servido solamente para hacerle variar de dirección. Ha renunciado al Mediterráneo, porque allí se ha encontrado un poder más fuerte que el suyo; mas ha buscado y encontrado compensaciones por otra parte. He aquí por qué no puede sernos indiferente: porque en cualquier país en que penetre el islamismo, lo cierra desde luego a la verdadera civilización. Bien es verdad que si esta civilización no hubiera recibido otra misión que la de comer en paz con sus actuales hijos los frutos del trabajo de las generaciones anteriores, podría sernos indiferente lo que hiciera la Media-Luna. Mas si como nosotros creemos, consiste su destino providencial en extenderse por el mundo entero y llevar la luz y la salud a los pueblos sentados en las tinieblas, la cuestión cambia de aspecto, y no podremos sin amargura contemplar el espectáculo que el África nos ofrece en nuestros días.

El islamismo se ha anticipado a nosotros cerca de las innumerables naciones negras cuya educación nos había sido confiada por la Providencia. ¡Y admirable coincidencia!: este mismo siglo XVII, durante el cual se hunde el edificio de su poder en Europa, es el testigo de la expansión casi ilimitada de su influencia en África. Se creería al contemplar esto asistir a un fenómeno natural como el del flujo y reflujo. Cuando el Atlántico se retira de las costas del Brasil y de la Florida, comienza a invadir las de la Europa; en el momento en que las hordas del islam huyen de los muros de Viena, otras hordas musulmanas toman posesión de las riberas orientales del África austral. El islamismo poseía desde su origen las regiones mediterráneas de este vasto continente; mas al finalizar el siglo XVII. Se agita otra vez para conquistar una nueva parte. El Imam de Mascate extiende su dominación sobre toda la costa oriental del continente negro, funda la sultanía de Zanzíbar, descarta la autoridad portuguesa y echa las bases de un vasto imperio cuya desmembración no ha impedido los progresos del islamismo. El islam, en efecto, no ha cesado de penetrar en el interior del país en pos de las bandas matadoras que se dedican a la caza del hombre, y de asegurarse nuevas posiciones que afirmen y propaguen su dominación.

34 En conmemoración de esta célebre victoria, conseguida por el especial patrocinio de la Virgen Santísima, el Sumo Pontífice Inocencio XI instituyó la fiesta del Dulce Nombre de María. (Nota del traductor.)

35 En el original *l'homme malade*, traducción de la frase inglesa *sick man*, con que la prensa de aquel país suele designar el imperio turco. (Nota de! Traductor.)

Desde entonces la raza negra ha comenzado a llevar el yugo del falso profeta. No se puede decir que esta raza se ha convertido a la religión del impostor; el musulmán, según ya he dicho, no conoce el proselitismo religioso, no tiene necesidad de que se crea en su religión; le basta solamente con que se obedezca a sus representantes. Por otra parte, convirtiéndose al islamismo, los negros escaparían, teóricamente al menos, del peligro de ser reducidos a la esclavitud; más esto no le tiene cuenta al negrero, que es cerca de ellos el único misionero de Mahoma. El musulmán ha probado siempre la necesidad de tener sometida una religión, que se guarda muy bien de exterminar, porque ella le proporciona el pasto necesario a su pereza y sensualidad: si no hubiera infieles ¿de dónde sacaría sus esclavos y sus concubinas? He aquí por qué le vemos comenzar su difusión en África en el momento mismo en que los Papas llegaron a cerrarle da Europa. Nada de esto hemos sabido, por decirlo así, hasta los tiempos presentes, o si lo hemos sabido no hemos fijado en ello la atención. Mientras lo creíamos en la agonía, el islam se adelanta a nosotros, robándonos todo un continente. Y cuando después de prodigios de valor y de energía, nuestros misioneros y nuestros viajeros han logrado al fin abrir a la civilización el continente misterioso, mirad: ¡nos encontramos allí con el islamismo, como en el corazón de un magnífico fruto se encuentra el gusano que le corroe!

La Cruz vuelve a estar en presencia de la Media-Luna y la lucha va necesariamente a empezar. Y digo necesariamente, porque en efecto es imposible conjurarla dándose los principios que la motivaron. El islamismo necesita de carne humana para sus haremes, y no puede pasarse sin esto que no encuentra en otra parte más que en África: por lo tanto, la esclavitud es una necesidad para él, siendo la caza del hombre parte esencial de su existencia. Por otra parte, la Iglesia católica —o usando de otro nombre para no herir susceptibilidades enfermizas, la civilización europea— tiene necesidad de libertar a todos los hombres, y no puede substraerse a la sagrada obligación de arrancar a los pobres negros de sus verdugos. He aquí por qué la lucha debe volver a empezar. Y a decir verdad, esta lucha ha comenzado desde hace muchos años. Solamente por permanecer indiferentes o distraídos, no hemos comprendido el rumbo que tomaban los acontecimientos de África.

Cuando, no hace muchos años, el Mahdi extendió sus fanáticos batallones por el Sudán, algunos entrevieron y aun señalaron el formidable carácter religioso y social de este levantamiento de los cazadores de hombres contra los emancipadores; pero no fueron escuchados por nosotros, y en todo caso teníamos fija la atención en otra parte. Aun la situación apurada del incomparable Gordon solamente logró despertar entre nosotros una simpatía estéril, pues dejamos perecer en Jartum a este hombre que valía un pueblo, y cuya desaparición deben llorar amargamente los amigos de la humanidad. Sin embargo, el triunfo del Mahdi era la ruina de la civilización en África, era la unión de los musulmanes del Mediodía con los del Norte, la reunión de los dos trozos de la serpiente que aprisiona el continente negro.

Los recientes acontecimientos acaecidos en el país de Uganda son un nuevo e importante episodio de la misma lucha. Allí la cuestión está francamente planteada entre cristianos y musulmanes; y el momentáneo triunfo de estos últimos ha valido a la joven Iglesia de las orillas del Nyanza una persecución que recuerda, por la atrocidad de los suplicios y el heroísmo de los mártires, los primeros tiempos de la Iglesia cristiana³⁶.

En esta lucha, que a juzgar por los preparativos será larga y ardiente, se juega el porvenir de toda una raza humana. ¿Qué resultará de ella? ¿Está dicha raza destinada a perecer, como la gacela del Desierto caída en las garras del león hambriento, o la recogerá la Iglesia en sus asilos, dándole la libertad en la verdad? Todo puede ser. Presenciamos el drama con toda su conmovedora sencillez. Sus más escandalosas y horribles escenas se desarrollan ante nuestra vista, y nuestros oídos no escuchan otra cosa que los ayes de dolor de las víctimas y los gritos de triunfo de sus verdugos. Sería necesario que careciésemos de toda luz intelectual para no ver a través de la rápida sucesión

36 Véanse las cartas de Mgr Livinhac vicario apostólico del país de Victoria Nyanza, publicadas en *Les Missions Catholiques*, en 13 y 25 de Marzo y 1 de Abril de 1887.

de estas escenas, que la prensa hace pasar ante nuestros ojos, como las piezas de un kaleidoscopio, la grandiosa e íntima unidad de este solemne drama. Este es siempre el antiguo conflicto de Jesús y Mahoma, que ha llenado por completo la historia de doce siglos y que no muestra por el momento señales de acabar. Estamos contemplando cómo el Redentor de los hombres se aproxima a una raza infortunada, que todavía no había recibido la visita de su infinita caridad; desciende hasta ella, como ya otra vez había descendido hasta el limbo, para sacarla de su doble esclavitud y quebrantar sus cadenas; pero en el momento en que levanta sus bendicientes manos, el impostor del Desierto se yergue delante de él, cimitarra en mano, lanzándole de nuevo este insolente reto: ¡No pasarás de aquí!

Testigos de esta audacia sacrílega, ¿quién de nosotros, cristianos e hijos de cruzados, no siente dentro de sí hervir las generosas iras de los pasados tiempos, aprestándose a colocarse detrás de su Salvador, para combatir bajo sus banderas contra el impuro tirano de la raza africana? ¡Dios lo quiere! decían nuestros antepasados del siglo XI, y esto mismo podemos decir en los actuales momentos. Hacemos la misma guerra que entonces y contra el mismo enemigo. Hoy como entonces, la lujuria y la crueldad, como dos mastines de sangrientas mandíbulas, ladran alrededor del falso profeta; y hoy como entonces la justicia y la piedad, como las santas mujeres del Calvario, lloran al pie de la Cruz de Jesucristo, esperando que llegue el día de su reinado. Hoy, como entonces, en el centro de la cristiandad el Jefe de la Iglesia ha dado el grito de reunión y todo el mundo cristiano ha oído el supremo llamamiento. Por lo tanto sólo falta que hagamos hoy lo que entonces hacían nuestros padres: sacudir nuestra inercia y poner todos juntos manos a la empresa, que es y será la obra capital del siglo XIX. Ninguno de nosotros tiene el derecho de eludir tamaño deber, y el que así lo haga podría ser considerado como un traidor que rehúsa desempeñar el papel que le está encomendado.

¿Qué será de esta obra y qué medios apropiados a las condiciones de nuestros tiempos se emplearán para conseguir un fin tan sublime? No me pertenece decirlo, ni este es el lugar apropiado para exponerlo. Sólo me he propuesto, y creo que lo he conseguido, hacer ver la importancia de este asunto, restituyéndole en la historia del mundo cristiano el lugar que le corresponde. Pero mi tarea resultaría imperfecta, si al lado de lo que ha sido en lo pasado la lucha contra el islamismo, no expusiera lo que debe ser en lo porvenir. No hay necesidad de ser profeta para columbrar el alcance de su resultado, si como lo esperamos está llamada a salir con victoria. Las consecuencias del triunfo de la obra anti-esclavista en África serán incalculables; y desde luego el islamismo recibiría en ella una herida tan profunda como la que en tiempos anteriores recibió en Lepanto. Lepanto concluyó con su marcha triunfadora en Europa; la supresión de la esclavitud pondría fin a su carrera en África. Desde este momento comprenderían, aun los entendimientos más limitados, que el islamismo es una religión de vencidos. Toda su fuerza de atracción desaparecería el día, en que allí, como aquí, dejara de verse rodeado del prestigio de la fuerza, perdiendo su reputación de invencible. No siendo desde entonces más que una fuerza entorpecida y decadente, su propaganda se detendría de repente; y en esas regiones del África austral, en que su dominación se encuentra poco asegurada, bien puede decirse que sus días estarían contados. De todos modos el cristianismo ya no tendría que cuidarse de él.

¿Mas que importancia no tendrá esto, si enfrente de la decrepitud del islamismo, colocamos el vigor y el impulso que daría el triunfo al cristianismo victorioso? Todas las obras grandes llevan en sí una fuerza de expansión que va mucho más allá de su objeto inmediato, haciéndolas reproducirse en una porción de obras nuevas. Así es como se explican las recompensas temporales unidas a la práctica del bien, como frutos que este bien produce naturalmente, y que una vez maduros caen en manos de los justos. Sabido esto, ¿sobre quién vendrán a recaer las bendiciones que al morir prometió Livingstone a los libertadores de la raza negra, sino sobre la Iglesia católica que marcha a la cabeza de esta obra emancipadora? No cabe la menor duda de que el precio con que será recompensada su caridad, no será otro que la dilatación del reino de Dios y la entrada de la raza

negra en la comunión católica. Y esto se verificará en virtud de una ley moral: la caridad engendrará el reconocimiento, y el reconocimiento será la madre de la fe; los desheredados crearán en aquel de los dioses que les manifieste más amor.

La historia explica la historia. Cuando hace mil trescientos años, San Gregorio el Grande, entonces simple monje, dijo a la vista de los jóvenes esclavos que se vendían en el mercado de Roma: que de aquellos Ingleses él deseaba hacer ángeles, encerraba este dicho una suma de caridad suficiente para rescatar, no solamente algunos pobres esclavos, si no para convertir y civilizar una nación entera. Toda la civilización inglesa salió de esta palabra: en ella estaba contenida, como una encina con flores y frutos se contiene en la pequeñez de una bellota. De igual modo, cuando hace algunos meses³⁷ y en presencia de los cristianos negros que formaban parte de la peregrinación africana, León XIII confió solemnemente al Cardenal Lavigerie la misión de trabajar en la abolición de la esclavitud, había en estas palabras, pronunciadas delante de Dios y de la Iglesia por el padre del género humano, una fecundidad que iba más allá de esta misma obra por grande que sea. Esta era una palabra creadora, como lo son siempre las del Vicario de Jesucristo, cuando de pie entre Dios y la humanidad, se dirige a la tierra en nombre del cielo. Y no hay duda que un día saldrá del África una cristiandad floreciente, una gran civilización negra, que alegrará a la Iglesia católica, cuando según la visión profética de Macaulay, las olas del Támesis no batirán más que los hundidos arcos del puente de Londres, en medio de una soledad sembrada de ruinas. Los pintores de la Edad Media, con su profundo sentido en las cosas espirituales, representaron con los rasgos de un negro a uno de los Magos que fueron a adorar al Deseado de las naciones. Pues bien, hay en esta sencilla representación una verdad profética que el porvenir se encargará de dilucidar, si sabemos responder al llamamiento que hoy se nos dirige. ¡Y qué hermoso será contemplar una Iglesia de color arrodillada al pie de la Cruz y repitiendo con la Esposa del Cántico de los cánticos: «Yo soy negra, pero soy bella, ¡oh hijas de Jerusalén!»

Pero no es esto todo; y aun aquellos que no gustan de dirigir sus miradas más allá del horizonte de su patria, para asociarse a las universales solicitudes de la Iglesia, serán acaso sensibles a otras consideraciones. A estos les diré: Cuando la Iglesia católica vuelva de los desiertos homicidas, trayendo en sus manos como trofeos de la victoria los hierros rotos de la raza africana, decidme, ¿no brillará entonces con tal fulgor que sus más furibundos detractores se verán reducidos al silencio y sus enemigos caerán ante ella de rodillas? Dad pues con esplendidez, dad sin contarlo, para la obra del Cardenal Lavigerie; ¿pues quién sabe si allá bajo, en las orillas del Tanganyika, con la sangre de nuestros mártires y el sudor de nuestros misioneros, se apresurará la solución de los problemas de nuestra época y se preparará la pacificación de los partidos políticos y el fin de la guerra de las clases en el seno de la Europa reconciliada?

37 Téngase presente que el autor hablaba así en el año 1890. (Nota del traductor.)

EL CONCILIO DE MÂCON Y LAS MUJERES

Es conocido por todos el famoso debate que supuestamente surgió en el Segundo Concilio de Mâcon en 585 sobre si una mujer podía ser llamada *homo*. Gregorio de Tours relata este episodio en los siguientes términos:

«En este sínodo había un obispo que afirmaba que una mujer no podía ser llamada hombre. Sin embargo, guardó silencio cuando los obispos razonaron con él, citando el pasaje del Antiguo Testamento que dice que, al principio, cuando Dios creó al hombre, *los creó hombre y mujer, y le dio el nombre de Adán* (Génesis V, 2), que significa hombre de la tierra, llamando así tanto a la mujer como al hombre con el mismo nombre de *homo*. Además, a Nuestro Señor Jesucristo también se le llama Hijo del Hombre, porque nació de la Santísima Virgen, que era mujer. Cuando convirtió el agua en vino, le dijo: Mujer, ¿qué tiene que ver conmigo?, etc. Aclarada por muchos otros testimonios, esta cuestión quedó así zanjada.»³⁸

Esta anécdota siempre ha tenido algo de oscuro. Gregorio no explica por qué este obispo rechaza aplicar el término *homo* a las mujeres: esto equivaldría a revolversse, por razones desconocidas, contra el uso universal del lenguaje y a lamentarse de su excesiva riqueza. En efecto, mientras que el francés, al igual que otras lenguas neolatinas, no posee un término genérico para designar a todos los individuos humanos sin distinción de sexo, y se ve obligado a usar uno de los dos términos específicos que designan al individuo masculino (*homme*), el latín, al igual que el griego y el alemán, posee, además de los dos términos específicos (*vir-άνήρ-mann—femina-γυνή-weib*), un término genérico que designa, de forma abstracta, a cualquier individuo perteneciente a la especie humana (*homo-ἄνθρωπος-mensch*). La existencia de este término genérico supone una ventaja para las lenguas que lo poseen: aumenta la claridad, evita confusiones y facilita el debate filosófico y teológico. Por lo tanto, es difícil ver qué pudo haber dado lugar a las críticas del obispo mencionado por Gregorio de Tours.

Todo se aclara al considerar las siguientes circunstancias. Al igual que en las tres lenguas mencionadas, donde el término genérico se usa a menudo para designar a un individuo específico del sexo masculino, en latín también se usaba a veces para designar a un individuo del sexo femenino. Los siguientes ejemplos, tomados de Forcellini (s.v. *homo*), atestiguan que este significado particular de la palabra se usaba desde la época clásica.

Cicero *Cluent.* 70:

«Mater cujus ea stultitia est ut nemo eam hominem, ea vis tu nemo feminam, ea crudelitas ut nemo matrem appellare possit.»

Sulpic. ad Cicero. *Fam.* IV, 5, *med.*

«Quæ si hoc tempore non diem suum obiisset, paucis post annis tamen ei moriendum fuit, quoniam homo nata fuerat.»

Ovid. *Fast.* V, 620:

«Quæ bos ex homine est, ex bove facta Dea.»

³⁸ Gregorio de Tours, *Historia de los Francos*, VIII, 20.

Plin. *Hist. Nat.* XXVIII, 9, 33:

«Dulcissimum ad hominis camelinum lac.»

Juven. VI, 282 (una mujer dice:)

«Clames licet et mare celo
Confundas, homo sum.»

Este uso de la palabra sobrevivió entre los escritores de la Edad Media, como puede verse en los siguientes ejemplos que he observado durante mis lecturas:

Greg. Tur. *Mirac. Mart.* II, 30:

«Mulier quædam, cujus os patulum humor nimius cum febre ligaverat, ut nec linguam regere possit, sed tantum mugitum ut animal, non vocem ut homo poterat emittebat.»

Vita Gertrudis III, 12, en *Acta Sanct.* Mars.

(Tras la muerte de la santa, sus religiosas la conducen en su lecho a la iglesia), «ut in ipso lecto ubi S. Gertrudis... solebat fatigata membra componere, nullus *hominum* ulterius requiescere fuisset ausus.» (*Acta Sanct.*, 17 mars, p. 597, nº 12.)

Vita Landradæ.

Cuando se abrió el relicario de esta santa en 1277, se encontró en su interior un sello del obispo Florberto (siglo VIII), con una inscripción que decía lo siguiente: «Jacet in hoc scrinio isancta Dei virgo Landrada quæ Belisiæ facta est abbatissa, ubi etiam *hominem deponens*, spiritum Deo reddens, a sanctimonialis terræ commendata divinitus est.»

Un texto sobre la misma santa (*Analecta bollandiana*, t. IV, p. 192), comienza con estas palabras:

«Operæ pretium duximus huic inserere opusculo qualites sacratissima virgo Landrada spiritu ætherea transvolans *humo commendavit hominem*», etc.

Sin embargo, si bien toleraban el uso, los gramáticos latinos no pretendían que el género gramatical de la palabra variara según el sexo al que se aplicara. *Homo*, al igual que *heres* y *parens*, dice Carisio, siempre debe ser masculino, incluso cuando se usa para designar a mujeres. Así, al hablar de una mujer, no se la puede llamar, por ejemplo, *mala homo*, sino que se debe decir *malus homo*.³⁹

No parece que los escritores de la Alta Edad Media respetaran esta prohibición formulada por los gramáticos. El siguiente ejemplo, tomado de Gregorio de Tours, atestigua, por el contrario, que habían convertido a *homo* en una palabra de dos géneros. Al relatar una visita que hizo a Ingoberga, viuda del rey Cariberto, escribe:

«Accessi fateor, vidi *hominem* timentem Deum, quæ, cum me benigne exceperisset», etc.

Más tarde, en la época feudal, este uso incorrecto parece haberse generalizado en el discurso político, ya que existen documentos en los que los señores se refieren a las mujeres que son sus vasallas como *homo mea*, *homo nostra*.⁴⁰

39 Charisius *Instit. Gramm.* I, en Keil *Grammatici Latini*, t. I, p. 102: «Heres, parens, homo, etsi in communi sexu intelligantur, tamen masculino genere semper dicuntur. Nemo enim aut *secundam heredem* dicit aut *bonam parentem* aut *malam hominem*, sed masculine, tametsi de femina habeatur», etc.

40 Carta de Pierre de Viry de 1225, citada por M. Melleville en el *Bulletin de la Société Académique de Laon*, vol. IV. (No dispongo de esta publicación). Carta del cartulario de la Abadía de Mont Saint-Martin, fechada en 1241, citada

Ahora podemos comprender a qué se refería la observación del obispo, tal como la describe Gregorio de Tours. No aceptaba que *homo* pudiera considerarse una palabra epicena que designara indistintamente a individuos de ambos sexos. Menos aún debía tolerar el abuso del lenguaje que consistía en decir *illa homo*. Se le advirtió que su uso en las Sagradas Escrituras demostraba su error, ya que la palabra *homo* se encuentra allí con el sentido que él criticaba, y, según Gregorio, con ello se dio por satisfecho.

Esto demuestra que era una persona razonable y que no le dio más importancia a su observación de la que merecía, pues, en realidad, la respuesta que recibió solo abordó parcialmente su objeción, como acabamos de ver. En cualquier caso, es un error sostener, como hizo recientemente el autor de un artículo por lo demás encomiable sobre *El alma de las mujeres*⁴¹, que este obispo, *con escasos conocimientos teológicos y poca formación académica*, confundió *homo* con *vir*. Su objeción no era en absoluto la de un bárbaro ignorante; más bien, revela una sutileza bizantina, una afición por analizar las palabras. Además, parece que le preocupaba el uso correcto del término por su importancia filosófica más que por su corrección gramatical; por eso no consideró necesario insistir en el aspecto puramente gramatical de la cuestión y dio el asunto por zanjado.

Desgraciadamente no lo estaba, pues generaciones enteras de pseudo-intelectuales han pretendido basarse en sus palabras para demostrar que el Concilio de Mâcon debatió si las mujeres tienen alma. Nunca ha sido necesario refutar a los bufones que se han divertido repitiendo este error, y no escribo para convencerlos; pero sí resulta útil mostrar a los lectores serios el origen de lo que pudo haber sido, en un principio, un simple error involuntario de unos pocos eruditos. Este origen reside quizá exclusivamente en la defectuosa traducción del texto de Gregorio que describe el escrúpulo del obispo: *Extetit etiam in hoc sinodo quidam ex episcopis, qui dicebat mulierem hominem non posse vocitari*. Así traduce Guizot este pasaje: «Il y eut dans ce synode un des évêques qui disait qu'on ne devait pas comprendre les femmes sous le nom d'hommes.»⁴² [En este sínodo, uno de los obispos dijo que no se debía incluir a las mujeres en el vocablo de hombres.] Es inevitable que, con algo de mala voluntad, un lector que no pueda consultar el original se persuada de que, según este obispo, las mujeres no participaban de la naturaleza humana y, por lo tanto, carecían de alma. Y una vez emprendido este camino, nada impide llegar al extremo de afirmar que el concilio declaró formalmente que no la tenían. Esto no se ha podido evitar.

Finalmente, quisiera reiterar que no existe prueba alguna de que el concilio debatiera la cuestión del género gramatical de *homo*. Los concilios del siglo VI tenían otras prioridades que perder el tiempo en cuestiones bizantinas: legislaban sobre todas las necesidades sociales y desarrollaban el código de civilización en lugar de analizar su lengua. Se conservan las actas de este concilio: constan de veinte cánones relativos a los deberes más importantes de los fieles y del clero; el significado de *homo* no se aborda en ellas. Gregorio tampoco nos dice que el concilio discutiera la cuestión; su texto sugiere que se trató fuera de las sesiones del concilio, en conversaciones privadas. Además, Gregorio no asistió al concilio, que fue una reunión plenaria de los obispos del reino de Gontran: como súbdito de Sigeberto, no fue convocado y sólo pudo enterarse por terceros de lo que allí ocurrió.⁴³

por Du Cange en la entrada *homo*, ed. Didot, vol. III, p. 688, col. I, abajo.

Observo que en alemán la palabra *mensch*, equivalente a *homo*, presenta un fenómeno similar. Hasta el siglo XVII en el alemán literario, e incluso hoy en el dialecto luxemburgués, se usaba en género neutro para designar a una niña; actualmente, en este género, tiene únicamente una connotación peyorativa en el alemán estándar. Véase Fr. Kluge, *Etymologisches Wörterbuch der deutschen Sprache*, entrada *Mensch*.

41 Dr J. D., en Jaugey, *Dictionnaire apologétique de la foi chrétienne*, artículo AME DES FEMMES.

42 *Collection de mémoires relatifs à l'histoire de France*, t. I, p. 449.

43 Para contextualizar la anécdota, no era necesario afirmar, como hace el autor del artículo citado anteriormente, que Gregorio de Tours era *un historiador crédulo y confuso*. No era más crédulo que cualquier otro hombre de su época; confuso, en absoluto, y el plan de su libro, aunque no sea del agrado de todos los lectores modernos, se justifica

En resumen, esta es la famosa historia que tantas veces ha desatado la polémica. Una conversación informal entre obispos reunidos para el Concilio de Mâcon, uno de los cuales consideró que era un uso inapropiado del lenguaje referirse a una mujer como *illa homo*. ¡Cuánta tinta le habría quedado a Gregorio de Tours en su tintero si este pequeño debate no le hubiera parecido lo suficientemente interesante como para contarlo!

LA EMBOSCADA PRUSIANA EN BÉLGICA

Entre naciones civilizadas y bárbaras, la lucha no es equitativa. Las naciones civilizadas dedican nueve décimas partes de su fuerza a la paz y al trabajo; las bárbaras, en cambio, emplean todas sus armas y toda su alma en la guerra.

Fustel de Coulanges.

La invasión germánica, pág. 327.

El testimonio de Godefroid Kurth

Hace unos años, con motivo del jubileo del historiador belga Godefroid Kurth, presentamos a los lectores de la *Revue* a este gran erudito y activista⁴⁴. A lo largo de su obra histórica, Kurth combinó una erudición meticulosa con una constante capacidad de síntesis elocuente; poseía dos cualidades que rara vez se encuentran juntas en una sola persona: la perspicacia minuciosa del investigador y la amplitud del generalista. Sus obras *Clodoveo*, *Santa Clotilde*, *Historia poética de los merovingios*, *Orígenes de la civilización moderna* y *La Iglesia en los momentos cruciales de la historia* revelan en él un riguroso trabajo con los archivos al servicio del alma de un orador, y cómo lograba insuflar vida al análisis mismo de los documentos. Este fundador de un laboratorio histórico fue, al mismo tiempo, un hombre de acción: estaba íntimamente involucrado, no en la vida parlamentaria del partido católico belga, sino en esa vida más profunda y conmovedora que fermentaba diariamente en las asociaciones democráticas, en los grupos de trabajadores, y que preparaba a largo plazo las futuras campañas políticas: este intelectual amaba el contacto con las masas, a veces para examinar el alma nacional y a veces para guiarla.

Y lo hizo con todo su ser, con su profundo conocimiento de todas las iniciativas sociales de la Edad Media cristiana, con su comprensión siempre atenta de las necesidades populares del momento, hicieron que Godefroid Kurth, elevando su alta estatura como tribuno entre los católicos belgas, se les presentara como un maestro de la generosidad social.

La Gran Guerra sorprendió a Godefroid Kurth en Bélgica: acababa de llegar de Roma, donde era director del Instituto Histórico Belga; ante sus ojos atónitos y abrumados, se desarrolló la ofensiva alemana. Habiendo deseado siempre firmemente una Bélgica neutral entre Francia y Alemania, siempre había creído que esta Bélgica sería respetada. El crimen alemán fue para él la más terrible decepción. Por supuesto, no se le podía acusar de tener prejuicios hacia sus indeseables vecinos del este. Siempre había defendido la autonomía lingüística de los diversos grupos poblacionales que conformaban la unidad belga, y no sólo de los flamencos, sino también de ciertos belgas germanoparlantes que vivían cerca de las provincias renanas. Sus relaciones académicas con varios profesores de universidades alemanas eran muy valiosas para él; y uno de sus mejores discípulos, el señor Karl Banquet, aclamó a Godefroid Kurth, en el momento de su jubileo, como el

44 Véase la reseña del 15 de enero de 1907.

maestro que, al «conservar celosamente el método francés de exposición», había «introducido el método alemán de investigación en las universidades belgas».

Tal era el historiador cuyas últimas palabras estamos a punto de publicar. Con los escasos documentos a su alcance, pero con toda la agudeza de su visión y de su conciencia, realizó su última obra como historiador, relatando la emboscada de la que fue víctima su patria. Bajo el yugo alemán, su elocuencia se había apagado; pero en la intimidad de su estudio, su pluma permaneció libre, y las páginas siguientes nos muestran cómo aprovechó esta última libertad hasta su último aliento. Comenzó esta labor «en lo más profundo de un pueblo de Brabante, sin ferrocarril, sin correos, sin periódicos, lejos de cualquier biblioteca y pudiendo comunicarse con Bruselas sólo mediante trámites y pasaportes»; inicialmente, para esta tarea, solo contaba con «los periódicos alemanes abandonados por las tropas de paso». Bajo el régimen alemán, era difícil recopilar documentos: leer periódicos, distribuirlos, conservarlos, podía costar la vida. Godefroid Kurth, sin embargo, no quiso esperar para escribir; estaba decidido a «hablar pronto para evitar que las calumnias arraigaran en la gente», y quizá presentía que debía hacerlo porque la muerte le llegaría pronto... En los capítulos que plasmó en papel, aplicó sus rigurosos métodos de crítica histórica a los pérfidos argumentos de Alemania y desarrolló su tesis. Examinó los casos de Hohenzollern, Bethmann y Jagow con el mismo rigor científico que si se tratara de un fraude cometido en un pasado remoto. Precisamente en nombre de sus métodos históricos, exigió explicaciones a los perpetradores. Y, haciendo gala de su natural elocuencia, presentó entonces, en un grandioso cuadro histórico, la verdadera naturaleza del alma belga ante la emboscada.

Una vez terminado este manuscrito, Godefroid Kurth no lo conservó: su amigo, el señor Bacha, lo llevó con reverencia a la Biblioteca Real de Bruselas, donde quedó a salvo de miradas enemigas. La viuda de Godefroid Kurth tuvo la gentileza de compartirlo con nosotros. El ministro Beernaert declaró recientemente que el Manual de Historia de Bélgica de Kurth era un «maravilloso compendio» de la historia nacional: el heroísmo belga, tal como lo describe y comenta Kurth, añade una página aún más maravillosa a este «maravilloso compendio».

Georges Goyau

Declaración del autor

Hasta el 3 de agosto de 1914, Bélgica fue la cuna de la civilización europea; hoy, no es más que su cementerio. ¿Por qué estas ciudades destruidas, estos pueblos incendiados, estas bibliotecas aniquiladas? Porque se mantuvo fiel a su deber. Había asumido ante Europa la obligación de mantener su neutralidad. Un día, uno de los cinco guardianes de esta neutralidad le ofreció un trato deshonesto: traicionar su juramento abriendo una puerta que se había comprometido a mantener cerrada. Se negó: la castigó por ello.

Si se hubiera limitado a masacres, destrucción e incendios provocados, no habría sido nada. Estamos acostumbrados. Durante cuatro siglos hemos sido los chivos expiatorios de Europa. Los campos de batalla internacionales se extienden por nuestro territorio. Las naciones han desatado sus quejas en nuestra tierra; y los ochenta y tres años de paz que disfrutamos desde 1831 hasta 1914 no fueron más que un feliz interludio en una larga cadena de infortunios inmerecidos.

Pero no le bastó al enemigo con abrumarnos hasta el punto de dejarnos, como decían los prusianos, sin nada más que lágrimas. Lo habíamos sacrificado todo para salvar nuestro honor: era nuestro honor lo que él pretendía arrebatar, como el antiguo verdugo que violaba a su víctima antes de degollarla. Mientras nos amordazaba para impedir que gritáramos, se hizo eco de nuestro dolor, relatando a Europa nuestros supuestos crímenes y esforzándose por demostrar que no merecíamos el nombre de nación civilizada, sino que debíamos ser masacrados como bestias salvajes. El gas venenoso que invocó en su ayuda a orillas del Yser no es nada comparado con el fétido gas de la calumnia con el que cubrió de oscuridad nuestra desdichada patria.

No tuvo piedad de nada: ni de nuestro gobierno, ni de nuestro clero, ni de nuestra pacífica población civil; ni siquiera supo detenerse ante el sufrimiento de nuestras mujeres, llevó su atrocidad al extremo de retratar a nuestras jóvenes, niñas de catorce y de diez años, como monstruos de crueldad. Si el mundo creyera tales acusaciones, el pueblo belga sería la vergüenza de la humanidad. Esto es demasiado, y ahora el mundo oirá la voz de la víctima, silenciada hasta ahora. Alzo esa voz en nombre de mi patria mutilada y ensangrentada.

Invoco a Alemania ante el tribunal de la conciencia humana: ¡que intente responder a mi acusación! Aquí solo encontrará hechos que ella misma admite; ¡hablo basándome en sus periódicos y revistas! Cuando cito testimonios belgas, han sido cuidadosamente verificados. He enseñado y practicado la crítica histórica durante cuarenta años, y he aplicado aquí su método con aún mayor rigor porque siento plenamente el peso de la responsabilidad que recae sobre mí.

¿Es necesario decir que esta no es una obra de odio ni de venganza? Quienes busquen en estas páginas himnos a la civilización latina o imprecaciones contra la barbarie alemana harían bien en no leerlas: no encontrarán lo que buscan. Ajeno a las miserables disputas raciales que son la desgracia de la civilización contemporánea, no tuve sueño más antiguo que el de reconciliar, en suelo belga libre, el genio de dos grandes pueblos destinados a comprenderse y amarse. Dediqué mi vida a esta tarea. Iré más allá: Alemania no tuvo mejor amigo en Bélgica que yo. Me complace declararlo abiertamente, en un momento en que tal admisión puede constituir, en Bélgica y en otros lugares, motivo de impopularidad⁴⁵: será, mientras tanto, la garantía de absoluta imparcialidad que el lector tiene derecho a esperar de un belga que relata las penas de su patria; verán que me he esforzado por lograr la más estricta objetividad posible. Me prometí a mí mismo que mi corazón no latiera y mi pluma no temblara al escribir estas tristes páginas. Si, sin saberlo, he faltado a mi palabra en algún punto, el lector no se sorprenderá, y espero que me perdone. ¿Quién podría exigirle absoluta impasibilidad a un hijo que ve morir a su madre y no puede socorrerla?

Estas páginas jamás habrían visto la luz si la mano que las escribió aún hubiera podido empuñar un fusil, y la carrera del autor habría terminado en las trincheras del Yser. Pero como la muerte, al igual que la fortuna, desdeña a los ancianos, no sorprenderá a nadie que, incapaz de ofrecer mi sangre a mi patria, le traiga el humilde tributo de mi testimonio.

I. La neutralidad belga.

Bélgica era, por voluntad de Europa, un Estado neutral. Las Grandes Potencias, que habían reconocido su derecho a existir y garantizado su independencia nacional, habían hecho de la neutralidad una condición indispensable para su existencia. Y fue, si los historiadores alemanes Hildebrand y Treitschke están en lo cierto, el representante prusiano, Bülow, quien propuso por primera vez que Bélgica fuera neutral y que su neutralidad estuviera garantizada por las Potencias⁴⁶.

Bélgica ha honrado sistemáticamente los compromisos que adquirió en 1831 y 1839 con las cinco potencias, garantizando su neutralidad. Siempre ha considerado los tratados de 1831 como la carta fundacional de su independencia. Bélgica era plenamente consciente de que la protección de las Potencias Garantes no la eximía del deber de defender su neutralidad con todas sus fuerzas. Bajo

45 Algunos belgas se aprovechan de esto para retratarme en Francia como un pangermanista y un galófobo; no les hago el honor de responderles ni de pronunciar sus nombres.

46 Esto dista mucho de ser seguro. Al contrario, una carta fechada el 15 de noviembre de 1830, del representante ruso en la Conferencia de Londres, Matuczewicz, a su gobierno, demuestra que la idea, aunque no explícitamente nombrada, fue planteada por este diplomático a partir de entonces, y el 17 de enero, Talleyrand la propuso con ese nombre en un proyecto que, además, estaba demasiado obviamente inspirado por intereses franceses como para ser aceptado. Como cabría esperar, una vez que la idea se materializó, Talleyrand se jactó de haberla originado (*Memorias*, vol. IV, pp. 16 y ss.) En cualquier caso, el papel del representante prusiano no fue en absoluto tan significativo como le atribuyen los historiadores alemanes; simplemente dio forma concreta a una idea que ya circulaba.

la influencia de sus reyes, quienes siempre consideraron el gasto militar como la necesidad más apremiante, incrementó progresivamente el tamaño de su contingente, creó el Reducto Nacional de Amberes (1859), construyó las fortificaciones del Mosa (1888), finalizó las de Amberes (1905-1906), decretó el servicio militar individual (1909) y, posteriormente, el servicio militar general (1912). Ninguno de sus dos poderosos vecinos podría haberla acusado de presentar una defensa demasiado débil ante la invasión del otro, en caso de que este último se viera tentado a considerar a Bélgica como la vía más fácil para penetrar en territorio enemigo. Esto es lo que Leopoldo II reiteró en 1870 con una autoridad sin parangón.

Bélgica, afirmó, en la posición que le impone el derecho internacional, no desatenderá ni sus obligaciones para con otros Estados ni las que tiene para consigo misma. De acuerdo con los deseos de los propios beligerantes, estará preparada para defenderse con todo el fervor de su patriotismo y con todos los recursos que una nación extrae de la fuerza de su voluntad.

Esta estricta y rigurosa observancia de nuestro deber internacional no estuvo exenta de dificultades. Cuando uno de nuestros dos vecinos se enfrentaba al otro, todo lo que hacíamos se convertía en motivo de sospecha. Sería extenso e inútil reproducir aquí todas las recriminaciones alemanas contra la supuesta inclinación de Bélgica hacia Francia, ¡contra la preponderancia de la cultura francesa en ese país! Resultará más instructivo para el lector saber que no nos libramos de las críticas opuestas en Francia, y que en varias ocasiones se denunció un misterioso acuerdo entre Bélgica y Alemania. Estas recriminaciones adquirieron un tono particularmente agrio durante la construcción de los fuertes del Mosa en 1888 y en los años posteriores. Mientras el conde Moltke le decía al coronel belga Lahure: «Al menos parte de sus fortificaciones en el Mosa parecen estar dirigidas contra nosotros», en París estaban sin duda convencidos de que la otra parte estaba dirigida contra Francia, y no se percataron de que estas sospechas opuestas se refutaban mutuamente.

En París se desató un auténtico revuelo; entre 1888 y 1891, la *Nouvelle Revue* denunció un tratado secreto entre Bélgica y Alemania. Un periodista, que firmaba indistintamente como Foucault de Mondion, Charles de Maurel y el conde Paul Vasili, resumió las revelaciones de la *Nouvelle Revue* en un volumen con el sensacional título: *Bélgica entregada a Alemania*. Para muchos franceses quedó claro que Leopoldo II había firmado, sin el conocimiento de su gobierno, un tratado-decreto con el de Berlín para la invasión de Francia. Otro periodista, que firmaba como Nicolas Notovitch, incluso creyó, en 1893, que podía «restablecer» el texto de nuestra supuesta convención militar con Alemania⁴⁷. ¿Qué queda hoy de toda esta literatura?

Desde luego, Alemania no había recibido más que muestras de confianza y amistad de Bélgica. Una confianza algo ingenua, es cierto, y que la creación del campamento de Elsenborn, prácticamente en nuestra frontera oriental, debería haber sacudido. Pero no: abrimos de par en par las puertas de nuestro país a la penetración alemana, y ellos se aprovecharon de ello al otro lado del Rin. Había alemanes por todas partes. Nuestra industria y comercio dependían en gran medida de la ayuda alemana; parte de nuestro material bélico, todos nuestros cañones, eran suministrados por Krupp.

El optimismo que había caracterizado la opinión pública belga sobre las relaciones exteriores desde 1870 permaneció intacto ante las discretas advertencias de patriotas visionarios. «En Bélgica —escribió Émile Banning en 1886— nos hemos acostumbrado demasiado a ver cualquier peligro para nuestra nación únicamente proveniente del sur.» Y, considerando la posibilidad de un conflicto entre Alemania y Francia, añadió estas palabras proféticas: «Es fácil suponer que, al estallar las hostilidades, Alemania tendrá la ventaja de concentrar sus fuerzas; tiene un gran interés en atravesar el valle del Mosa. Si los franceses le proporcionan un pretexto, entrará inmediatamente en Bélgica como garante de nuestra neutralidad; si carece de pretexto, alegará imperiosas necesidades militares».

47 *El emperador Alejandro III y su séquito* (París, 1893).

Amberes, nuestra metrópolis comercial, era, como en tiempos de los Fugger, casi una ciudad alemana; el gran comercio estaba en manos alemanas y, por una falta que el partidismo explica sin justificarla, surgió un gobierno que, para reforzar su electorado, concedió la naturalización belga en masa a toda esta legión extranjera. Nuestras playas recibían cada año a más de 20.000 alemanes, que se sentían como en casa. Situados en la confluencia de dos civilizaciones y divididos casi a partes iguales entre dos razas, otorgamos al genio alemán un lugar destacado en nuestra vida intelectual. Invitamos a académicos alemanes a nuestras universidades. Nuestros jóvenes médicos pasaban un año en París y el siguiente en Berlín o Leipzig. Muchos niños belgas asistían a las escuelas que la comunidad alemana había abierto en Bruselas y Amberes. Aprendíamos con avidez de Alemania; nuestros congresos católicos nacieron bajo sus auspicios, y la influencia alemana era visible en nuestros congresos de obras sociales. Teníamos una *Deutscher Verein* (Sociedad Alemana) en Arlon y una *Schiller Verein* (Sociedad Schiller) en Lieja; la Real Academia de Bélgica decidió que el alemán era uno de los cuatro idiomas permitidos en sus publicaciones. La Comisión Real de Historia imprimió las disertaciones escritas en alemán que le fueron enviadas desde el otro lado del Rin.

Por lo tanto, nuestros vecinos del este no tenían motivos para quejarse de nosotros. Manteníamos el equilibrio incluso entre ellos y Francia. Y si bien en las regiones valonas del país las simpatías hacia Francia a veces se manifestaban de forma algo contradictoria con las obligaciones que nos imponía nuestra situación internacional, Alemania encontró, por otro lado, en nuestras regiones flamencas, entre los fervientes miembros del llamado partido nacionalista flamenco, partidarios no más serios que los valones con respecto a Francia. Sin duda, hubo algunos belgas que celebraron ruidosamente el centenario de la Batalla de Jemappes⁴⁸, más por odio a nuestro gobierno católico que por amor a Francia. Pero desde 1898 se publicaba en Bruselas una revista titulada *Germania*, que era estrictamente un órgano pangermánico, y a la que contribuían destacados flamencos, sin comprender del todo las implicaciones de sus acciones. En resumen, cualquier exceso de la simpatía hacia Francia por parte de ciertos valones se veía contrarrestada por la amistad alemana que profesaban algunos nacionalistas flamencos.

El pueblo belga no se dedicaba a ejercicios puramente literarios; todas las mentes generosas de Bélgica apreciaban ambas culturas y deseaban los beneficios de cada una para su país; extendían cordialmente una mano a Alemania y la otra a Francia, y se regocijaban en su amistad con ambas.

Un comentario del general Eenens expresa a la perfección el sentir de toda Bélgica sobre este asunto. Como inspector general de artillería, había acompañado al general Lahure, enviado de Napoleón III, en su visita al campamento de Brasschoet en 1867. En el banquete posterior a dicha visita, al preguntársele qué opinaba de la artillería belga, Lahure respondió que sólo podía expresar un deseo: que, en caso de guerra franco-prusiana, el ejército belga formara el ala izquierda del ejército francés. A esto, el general Eenens replicó que sin duda lo haría, a menos que, añadió, se viera obligado a convertirse en el ala derecha del ejército alemán para repeler una posible invasión francesa. La misma idea fue expresada de forma distinta por el autor de estas líneas el año anterior a la emboscada. Tras relatar los intentos de Francia en el siglo XIV por establecerse en los Países Bajos mediante la penetración pacífica, mostré cómo los brabantinos resistieron con igual firmeza las exigencias del emperador Segismundo, el cual les reprochó airadamente su deseo de convertirse en franceses. Y concluí mi estudio con estas palabras: «Las páginas anteriores demuestran sobradamente que los brabantinos no deseaban convertirse en franceses, pero tampoco estaban dispuestos a sacrificar su independencia una vez adquirida, y durante cinco siglos, entre Francia y Alemania, Bélgica se ha mantenido fiel a esta postura.»⁴⁹

En resumen, el sueño de las mentes generosas de Bélgica, un sueño expresado en su día por Leopoldo II, era ver su patria convertida en una especie de tierra anfictiónica, una especie de

48 Los revolucionarios franceses derrotan a los austríacos el 6 de noviembre de 1792. (Clásicos de Historia.)

49 Kurth, *Festschrift der Görresgesellschaft für Georg c. Hertling*, pág. 288.

Olimpia donde todos los pueblos de la gran familia europea se sintieran como en casa bajo la protección de la hospitalidad belga.

En un momento en que estamos más lejos que nunca de este objetivo, un belga podrá mirar con ira hacia los tiempos en que este hermoso ideal parecía prometer su realización.

II. Palabras tranquilizadoras desde Alemania.

Tal era la serenidad que reinaba en Bélgica cuando, de repente, el 23 de julio de 1914, estalló el *ultimátum* de Austria a Serbia. El ultimátum tuvo como fatal consecuencia la entrada de Rusia en escena. Y a partir de entonces, en virtud de sus alianzas, Alemania y Francia se vieron obligadas a su vez a intervenir, y la guerra se convirtió en un conflicto europeo.

El deber de Bélgica era claro. De conformidad con sus obligaciones internacionales, debía mantener una neutralidad absoluta entre los beligerantes, cerrar sus fronteras a todos ellos y, si estas fueran violadas, defenderlas por la fuerza de las armas. En ese caso, tenía derecho a esperar que las Potencias que garantizaban su independencia acudieran en su ayuda.

El gobierno belga no esperó al estallido de las hostilidades para tomar las precauciones que exigían las circunstancias. Mientras se preparaba para una movilización general que permitiera afrontar cualquier eventualidad, instruyó a sus representantes ante las Potencias Garantes para que no les dejaran lugar a dudas sobre la naturaleza de estas medidas: «No tienen otro propósito —les escribió— que el de poner a Bélgica en condiciones de cumplir con sus obligaciones internacionales; no están, ni podrían haber estado, inspiradas, por supuesto, ni por la intención de participar en una lucha armada entre las Potencias, ni por un sentimiento de desconfianza hacia ninguna de ellas.»

Tras la declaración de guerra de Austria a Serbia (28 de julio), fue necesario un paso más: la movilización se decretó el 31 de julio. Y aunque nadie en Bélgica esperaba la emboscada prusiana en aquel momento, el gobierno, mediante un decreto real publicado en el *Moniteur* el 2 de agosto, recordó a todos las severas penas que acarrearía para un ciudadano belga cualquier acción que expusiera al Estado a hostilidades de una potencia extranjera. Al mismo tiempo, el ministro del Interior, Paul Berryer, envió una circular a los gobernadores provinciales prohibiendo cualquier reunión que pudiera expresar antipatía hacia cualquiera de los dos países. Esto, sencillamente, constituía el cumplimiento de nuestro deber de mantenernos neutrales.

La situación en Bélgica no parecía alarmante. El señor Klobukowski, ministro francés, reafirmó ante el señor Davignon las intenciones pacíficas de su gobierno.

Se creía que había sobradas razones para mantener la misma calma respecto a Alemania. Se recordaban la particular vehemencia con la que, en 1905, el representante prusiano, el señor von Waltwitz, había afirmado los sentimientos de su país hacia nosotros. «Es una Bélgica fuerte lo que deseamos —había dicho en Amberes en su brindis del 28 de julio—, tanto política como comercialmente. Dicho sea de paso, puedo afirmar que para nosotros, los alemanes, el mantenimiento del tratado de garantía firmado en la fundación de la actual Bélgica es una especie de axioma político, que nadie puede alterar sin cometer el más grave de los errores.» Lo afirmó así, tomando prestada la expresión de Gladstone.

El Convenio de La Haya de 18 de octubre de 1907, en el que el plenipotenciario de Alemania había estampado su firma, decía lo siguiente:

Artículo 1.—El territorio de las Potencias neutrales es inviolable.

Artículo 3.—Se prohíbe a los beligerantes pasar tropas o convoyes, ya sean de municiones o suministros, por el territorio de una Potencia neutral.

En 1911, cuando el plan holandés de fortificar Flushing despertó alarma entre algunos, y los periódicos expresaron temores de que, en caso de guerra con Francia, Alemania no respetaría la neutralidad belga, el canciller del Imperio, el Sr. von Bethmann-Hollweg, se sintió obligado a tranquilizar a Bélgica: «Alemania —dijo— no tiene intención de violar la neutralidad belga; pero ocurre que —añadió con una reserva cuyo alcance sólo se aclararía más tarde— no puede declararlo públicamente sin debilitar su posición militar frente a Francia, que, liberada de toda preocupación por su frontera norte, podría concentrar todas sus fuerzas en la región oriental.»

La propia Prusia fingía escrúpulos respecto a nuestra neutralidad, como viejas dueñas encargadas de custodiar la frágil virtud de alguna joven belleza. En 1900 se negó a permitirnos disponer de un destacamento belga en China contra los bóxers: «era contrario a nuestra neutralidad». En 1911, el señor von Kiderlen se quejó al barón Beyens de que... tras el incidente de Agadir, Bélgica había puesto sus fortalezas en estado de defensa: «Nada justifica —le dijo— el temor a que Alemania viole vuestro territorio.»

Las visitas que intercambiaron los reyes de Bélgica y el emperador Guillermo II en 1910 parecieron fortalecer los lazos de amistad entre ambos países. Agradecemos al emperador el cordial saludo que ofreció a nuestro rey en su brindis, y creo que, lamentablemente, sus apelaciones a nuestra confianza nos conmovieron profundamente. Durante las maniobras a gran escala del ejército alemán que siguieron a su visita a Bruselas, le dijo repetidamente al general Heimburger, nuestro enviado militar: «Bélgica tiene toda la razón al confiar en mí.»

Mucho más recientemente, el 29 de agosto de 1913, cuando la situación general en Europa ya se tornaba más preocupante, el Sr. von Jagow, Secretario de Estado de Asuntos Exteriores, declaró ante el Reichstag, en respuesta a una pregunta de un miembro del Partido Socialista: «La neutralidad de Bélgica está garantizada por las convenciones internacionales que Alemania está decidida a respetar.» El general von Heeringen, Ministro de Guerra, hizo una declaración igualmente tranquilizadora. En junio del mismo año, Guillermo II respaldó las palabras de sus ministros. El 31 de julio de 1914, el Ministro alemán en Bruselas, el Sr. von Below, las reiteró en una reunión con el Sr. van der Elst, Secretario General del Ministerio de Asuntos Exteriores. Al día siguiente, se reunió personalmente con el Ministro de Asuntos Exteriores y le aseguró: «Hasta el momento, no se me ha encomendado hacer una declaración oficial, pero usted conoce mi opinión sobre la seguridad con la que Bélgica tiene derecho a considerar a sus vecinos orientales.»

Finalmente, en respuesta a un periodista que le preguntó si era cierto que su gobierno le había ordenado asegurar al nuestro que Alemania respetaría el territorio belga en caso de guerra, dijo: «Yo no hice esa declaración y, personalmente, creo que no era necesario, porque era innecesaria. La opinión generalizada entre nosotros siempre ha sido que la neutralidad de Bélgica no se violaría. Si el ministro francés hizo esa declaración, sin duda fue porque quería añadir unas palabras tranquilizadoras a la constatación de hechos evidentes. Las tropas alemanas no atravesarán el territorio belga. Se avecinan acontecimientos graves. Puede que ustedes vean arder el tejado de su vecino, pero el fuego no afectará a vuestra casa.»

Y no es que todo el mundo en Bélgica tuviera confianza en estas seguridades. Los militares temían una entrada alemana en Bélgica. Banning había escrito palabras proféticas, que cité anteriormente. El rey de Rumanía, finalmente, nos advirtió...

Sin embargo, mientras el representante alemán tranquilizaba al Sr. van der Elst, se cernían nubarrones sobre Bélgica. Ese mismo día (31 de julio), Inglaterra preguntó a los gobiernos francés y alemán sobre la postura que pensaban adoptar respecto a la neutralidad belga. Francia respondió al día siguiente, 1 de agosto, con una declaración muy tranquilizadora, mientras que el Sr. von Jagow, subsecretario de Estado alemán de Asuntos Exteriores, se escudó en declaraciones vagas y una reticencia embarazosa. No tenía instrucciones; debía consultar al Emperador y al Canciller; dio a entender que no podía responder sin revelar el posible plan de campaña; finalmente, se quejó de que Bélgica ya había tomado medidas hostiles contra Alemania y citó un ejemplo: «¡El servicio de

aduanas belga detuvo un convoy de grano con destino a Alemania el 31 de julio!» El hecho era cierto, pero resulta extraño que llamara la atención de un ministro prusiano, ya que se trataba de un simple malentendido. El convoy en cuestión había sido embargado en virtud de un decreto real del 31 de julio que prohibía, en previsión de la guerra, la exportación de grano. El ministro alemán en Bruselas señaló que no se trataba de una exportación, sino de un tránsito, y al comprobarse que la observación era acertada, el embargo se levantó el 1 de agosto. Tal fue el incidente menor que los diplomáticos de Berlín, en su afán por encontrar un motivo de queja contra Bélgica, citaban: ¿era, sí o no, una querrela con Alemania?

Al día siguiente de que los funcionarios de aduanas belgas se apresuraran a subsanar su pequeño error administrativo, llegaron a Bruselas noticias preocupantes: se decía que tropas alemanas habían violado la neutralidad del Gran Ducado de Luxemburgo y estaban ocupando la capital de ese pequeño país. La noticia era cierta, pero Alemania sin duda consideró que su difusión era prematura, pues el señor von Below estaba deseoso de tranquilizar a los belgas de una vez por todas: «Consideramos esta noticia tan falsa como las anteriores —declaró—, y difundida por personas que sin duda tienen interés en engañar a la opinión pública belga e incitarla contra Alemania.»

Unas horas después de estas palabras tranquilizadoras, esto es el domingo 2 de agosto a las siete de la tarde, el mismo señor von Below entregó el ultimátum⁵⁰ del emperador de Alemania al gobierno belga.

III. La respuesta al ultimátum.

Jamás en dos mil años de historia se había dirigido un lenguaje tan ignominioso al pueblo belga. A la cínica oferta de violar su fe se sumó la amenaza de castigo si accedían. Las intenciones atribuidas arbitrariamente a otro Estado se convirtieron en noticia de primera plana: la complicidad se denominó «neutralidad benevolente», y se instó a una nación libre y orgullosa a no considerar la violación de su territorio como un acto de hostilidad. El ultimátum no reiteró la queja expresada el 31 de julio por el Sr. von Jagow; esa noche se había deliberado, y se creía que en Berlín se había

50 El Gobierno alemán ha recibido informes fidedignos de que las fuerzas francesas pretenden marchar sobre el Mosa a través de Givet y Namur; estos informes no dejan lugar a dudas sobre la intención de Francia de invadir Alemania a través de territorio belga. El Gobierno Imperial Alemán teme que Bélgica, a pesar de sus mejores esfuerzos, no pueda repeler con éxito una marcha francesa de tal magnitud, a fin de garantizar a Alemania la seguridad suficiente frente a esta amenaza; es deber imperativo de Alemania impedir este ataque enemigo.

El Gobierno alemán lamenta profundamente que Bélgica considere un acto de hostilidad contra él el hecho de que las medidas adoptadas por los enemigos de Alemania la obliguen a violar también territorio belga. Para disipar cualquier malentendido, el Gobierno alemán declara lo siguiente:

1° Alemania no tiene intención de cometer ningún acto hostil contra Bélgica. Si Bélgica acepta, en la guerra que está a punto de comenzar, adoptar una actitud de neutralidad amistosa hacia Alemania, el Gobierno alemán, por su parte, se compromete, en tiempo de paz, a garantizar la integridad e independencia del reino en su totalidad.

2° Alemania se compromete, bajo la condición establecida, a evacuar el territorio belga tan pronto como se concluya la paz.

3° Si Bélgica adopta una actitud amistosa, Alemania está dispuesta, de acuerdo con las autoridades del Gobierno belga, a comprar al contado todo lo necesario para sus tropas y a compensarla por cualquier daño causado en Bélgica por las tropas alemanas.

4° Si Bélgica se comporta de manera hostil hacia las tropas alemanas y particularmente dificulta su avance mediante la resistencia de las fortificaciones del Mosa o la destrucción de carreteras, vías férreas, túneles u otras infraestructuras, Alemania se verá obligada, con pesar, a considerar a Bélgica como enemiga.

En ese caso, Alemania no podría asumir ningún compromiso con el reino, sino que tendría que dejar la posterior resolución de las relaciones entre los dos estados a la decisión de las armas.

El Gobierno confía plenamente en que esta eventualidad no se produzca y que el Gobierno belga adopte las medidas apropiadas para evitar que se repitan sucesos como los mencionados. En ese caso, las relaciones amistosas que unen a los dos Estados vecinos se mantendrán de forma duradera. (Redactado el 29 de julio, fue entregado el 2 de agosto). (Clásicos de Historia.)

encontrado una mejor solución. Desafortunadamente para la cancillería alemana, la noticia de que los franceses marcharían, o se propondrían marchar, a través de Givet y Namur contra Alemania ocurrió al día siguiente de que Francia declarara, de la manera más formal, su intención de respetar la neutralidad belga. Si Berlín lo hubiera sabido a tiempo, sin duda habría imaginado una tercera justificación para el ataque. Pero cabe señalar que, en lugar de preguntarnos si estábamos preparados para repeler la invasión y ofrecernos ayuda, ¡anunciaron que íbamos a ser invadidos!

Presentado a las siete de la tarde, el ultimátum nos daba doce horas para dar a conocer nuestra decisión. Tuvimos que deliberar apresuradamente, de noche, sin tiempo para pensar. Todo estaba calculado para presionarnos.

Si Alemania hubiera contado con nuestra cobardía, esta ilusión no habría durado más de doce horas. La respuesta de Bélgica fue la que su deber y su dignidad exigían: declaró que de aceptar las propuestas alemanas, sacrificaría su honor y traicionaría sus deberes para con Europa.

En las obras de Shakespeare, suele haber una acción paralela que reproduce, a menor escala, el ritmo y los diálogos de la acción principal, desarrollándose a su lado. La tragedia que Alemania vino a representar a Bélgica posee esta misma característica: está flanqueada por una tragedia en miniatura que, si bien ha atraído menos atención internacional, no por ello es menos interesante. La neutralidad del Gran Ducado de Luxemburgo fue violada al mismo tiempo que la de Bélgica; fue violada de la misma manera odiosa y bajo el mismo pretexto. La neutralidad del Gran Ducado de Luxemburgo, al igual que la de Bélgica, estaba garantizada por un tratado de derecho internacional: el Tratado de Londres del 11 de mayo de 1867, del cual Bélgica fue signataria.

Irónicamente, fue el plenipotenciario prusiano, el señor von Bernstorff, quien solicitó una garantía internacional de neutralidad, similar a la que gozaba Bélgica. Ante esto, el príncipe de la Tour d'Auvergne, plenipotenciario francés, señaló que, si bien en la práctica el compromiso asumido por las Potencias de respetar la neutralidad de Luxemburgo tenía, en su opinión, casi el mismo valor que una garantía formal, no podía negar que el embajador prusiano tenía razón en sus observaciones. Por consiguiente, se tomaron en consideración los nobles escrúpulos de Prusia, la garantía quedó solemnemente plasmada en los documentos y los luxemburgueses debieron concluir que, entre las cinco Potencias, aquella en la que más podían confiar era Prusia.

Así interpretó Prusia la garantía: el domingo 2 de agosto de 1914, a las ocho de la mañana, un tren blindado desembarcó a doscientos soldados prusianos en Luxemburgo, quienes tomaron posesión de la estación. Poco después, el ejército alemán entró en la ciudad. Al mismo tiempo, un telegrama enviado por el Sr. von Jagow al gobierno gran ducal les informaba de lo siguiente: «Nuestras medidas militares, con gran pesar, se han vuelto indispensables, debido a que, según una fuente fiable, las fuerzas francesas están avanzando sobre Luxemburgo. Debemos tomar las medidas necesarias para la defensa de nuestro ejército y la seguridad de nuestras vías férreas».

Como podemos ver, la garantía que Prusia había exigido en 1867 era, en efecto, como afirmó su plenipotenciario, el conde Bernstorff, «igual que la que disfruta Bélgica».

Pero eso no es todo. La vanguardia prusiana iba acompañada por un oficial encargado de distribuir por todo el Gran Ducado una proclama del general Tulff, impresa en Coblenza, que informaba a los atónitos luxemburgueses de que el sábado anterior (1 de agosto) seiscientos ciclistas militares franceses habían llegado a su ciudad, que Francia había violado su neutralidad y que, por lo tanto, Alemania tenía derecho a hacer lo mismo. «Todos los prudentes esfuerzos de Su Majestad nuestro Emperador y Rey por preservar la paz han fracasado», añadió el general alemán. «El enemigo ha obligado a Alemania a desenvainar la espada. Después de que Francia, desafiando la neutralidad de Luxemburgo, iniciara hostilidades contra Alemania en territorio gran ducal —un hecho indiscutible—, Su Majestad Imperial se vio en la dolorosa necesidad de ordenar a las primeras divisiones del ejército alemán que ocuparan Luxemburgo.»

«La información en la que se basa esta proclama —escribió el Sr. Emile Prüm— es inexacta: todo el pueblo luxemburgués da fe de ello.» El jefe del gobierno gran ducal, el Sr. Paul Eyschen, fue aún más explícito. «No hay ni una palabra de verdad en ella —declaró ante la Cámara de Luxemburgo—. Al contrario, ya el sábado por la noche, los franceses habían cortado toda comunicación con Luxemburgo destruyendo la línea férrea del Mont-Saint-Martin. Esto no deja lugar a dudas sobre sus intenciones. Inmediatamente telegrafíé esto a Berlín. Por lo tanto, tenemos derecho a esperar que, puesto que se ha demostrado que los hechos que, según varios ministros y un general alemanes, motivaron la invasión, la ocupación sea sólo pasajera.»

El lector se alegrará de saber, gracias a las revelaciones del Sr. Eyschen ante la Cámara de Luxemburgo, que la proclama de Tulff se había impreso en Coblenza antes del 1 de agosto, que un oficial la portaba y que estaba destinada a distribuirse en Luxemburgo, pero que posteriormente se decidió no hacerlo. «Desafortunadamente —añade el Sr. Eyschen—, el chófer del oficial perdió algunos ejemplares, y así fue como el público tuvo conocimiento de ello».

Sería interesante saber si fue un escrúpulo de honestidad o una orden superior lo que llevó al general a tomar esta decisión. Aunque Prusia no llegó a lanzar su proclama, en cualquier caso, ésta quedó registrada en la historia y ayudó a caracterizar la manera de proceder del gobierno de Berlín.

Prusia actuó en Luxemburgo igual que en Bruselas: o ignora la ley o sólo la reconoce para violarla. ¿Acaso no deberíamos admirar la pobreza intelectual de los directores de escena cuyas hazañas acabamos de relatar? Con una audacia desconcertante, pero con una torpeza que provoca una sonrisa, difunden simultáneamente la ridícula historia de unos franceses fantasmales, visibles sólo para los prusianos, que supuestamente aparecieron tanto en Luxemburgo como en Bélgica y obligaron a Alemania a cruzar las fronteras de ambos países. Ni siquiera se percatan de la flagrante contradicción que la prisa febril de su invención deja en las leyendas que difunden entre belgas y luxemburgueses. Cuando se dirigen a los belgas, les dicen (el 2 de agosto) que Francia pretende entrar en Bélgica. Cuando hablan con los luxemburgueses, les dicen, ese mismo día, que los franceses marchan sobre Luxemburgo. Luego, en la proclama que imprimieron uno o dos días antes en Coblenza, afirmaron que ciclistas militares franceses ya ocupaban Luxemburgo. Así, mediante un fenómeno de regresión sin precedentes en los anales militares de la humanidad, un ejército comienza invadiendo un país el 30 o 31 de julio, luego se dispone a invadirlo al día siguiente, ¡y finalmente, al día siguiente, solo pretende invadirlo! Ciertamente, el personal de la cancillería de Berlín, con su evidente torpeza a la hora de difundir entre el público el cúmulo de fraudes y mentiras que se les encomendó, debería ser reemplazado. Bélgica tiene derecho a reconocer ante el mundo las contradicciones prusianas, caracterizadas por esta frase de la Sagrada Escritura: *Mentita est iniquitas sibi*.⁵¹

En realidad, Prusia siempre vio con malos ojos las medidas que adoptamos para fortificarnos. «Vuestras fortificaciones parecen estar dirigidas contra nosotros», le había dicho el señor von Zedlitz al barón Beyens. Tenían su propio plan, y cada una de estas medidas les molestaba.

IV. Un entramado de mentiras.

Si bien el ultimátum del 2 de agosto amenazaba a Bélgica con que, de no permitir el paso a las fuerzas alemanas, «la posterior resolución de las relaciones entre ambos estados quedaría a la decisión de las armas», el mensaje del 4 de agosto, enviado por el Sr. von Jagow al gabinete británico, le brindaba «la garantía formal y categórica de que, incluso en caso de conflicto armado con Bélgica, Alemania no se anexionaría territorio belga bajo ningún pretexto.» La contradicción es evidente y se explica fácilmente. El objetivo era obtener la neutralidad de Inglaterra a toda costa, por lo que no supuso ningún coste escribirle a Inglaterra, apenas dos días después, exactamente lo contrario de lo que se le había dicho a Bélgica.

51 La injusticia se miente a sí misma. (Salmos, XXVI.) (Clásicos de Historia.)

Pero eso no es todo. Después de permitir que su amo dijera que Francia tenía la intención de invadirnos y que esa era la razón por la que Alemania estaba entrando en nuestro país, los diplomáticos de Berlín le dieron una negación implícita a Guillermo II al olvidar por completo, en su justificación del ataque, la razón alegada por el Emperador.

Entre la postura del Emperador y las declaraciones que el Sr. von Jagow dirigió al Sr. Goeschen el 8 de agosto, subyace la misma flagrante contradicción. Según el Emperador, Alemania se ve obligada a invadir Bélgica para repeler la invasión francesa. Según el Sr. von Jagow, no hay tal invasión, y Alemania simplemente está ejecutando un plan estratégico. Es lógico suponer que Guillermo II debía de estar bastante descontento con su Secretario de Estado de Asuntos Exteriores; en realidad, debía de estar igualmente descontento con su Canciller. Este último tampoco intentó disimular el ataque invocando alguna legendaria ofensiva francesa. Fue incluso menos reticente que el Sr. von Jagow a contradecir implícitamente a su augusto señor. Admitió abiertamente la violación de la ley, el haber roto «un trozo de papel».

De igual modo, en el *Reichstag* el 4 de agosto, invocó únicamente necesidades estratégicas. Pero ¿acaso no era deplorable que este jurista, este guardián de la ley, este estadista que debía ser la segunda conciencia de su soberano, no encontrara otra excusa para el crimen que la banal razón del perro que lleva la cena de su amo? Dijo: *Not kennt kein Gebot*, la necesidad desconoce la ley: con ello proclamó su ruina. Pues si la ley no fuera superior a todos los intereses, nacionales o colectivos, no sería nada. Lo que esencialmente constituye la ley es que no existe necesidad alguna que se oponga a ella. Solo ella es necesaria para la humanidad. Y si los intereses de Prusia se oponen verdaderamente a ella, entonces la conciencia de la humanidad sólo tiene que decir: *Fiat justitia et pereat Prussia!*⁵²

Mientras tanto, sigue siendo evidente que si Alemania invadió Bélgica, fue porque el Estado Mayor prusiano consideraba que nuestro país era la ruta más ventajosa hacia Francia. Y dado que, en Prusia, la diplomacia está supeditada a la estrategia, hicieron lo que los generales exigieron. Esto se venía anticipando desde hacía tiempo en Bélgica y Francia, pero es significativo que el reconocimiento de este hecho proviniera del Canciller del Imperio Alemán.

Resulta sorprendente que esta verdad, que el Canciller del Imperio tuvo el mérito de reconocer ante los legisladores de su país, parezca ser completamente ignorada por el gobierno alemán en su declaración de guerra contra Francia, fechada el 3 de agosto. Retoma el tema del ultimátum, alegando que las supuestas violaciones de la neutralidad francesa le dan derecho a iniciar hostilidades contra ese país. Pero mientras que el ultimátum sólo aludía a las «intenciones» de Francia, la declaración de guerra le acusaba de acciones concretas. ¡Y qué acciones! «Un avión francés, que *debió haber sobrevolado* territorio belga, fue derribado ayer cuando intentaba destruir la línea férrea cerca de Wesel. Varios otros aviones franceses fueron identificados ayer, sin lugar a dudas, sobre la región de Eifel; estos también *debieron haber sobrevolado* territorio belga.»

Así pues, para justificar un acto de alcance incalculable en función de sus consecuencias inmediatas y a largo plazo, contamos con tres versiones oficiales que se contradicen entre sí: una, la verdadera, circula entre augures; las otras dos están dirigidas al público en general y a los soldados. Huelga decir que estos últimos no podían encontrar satisfacción en las confesiones del señor von Bethmann-Hollweg. Obedecían la orden de su amo imperial; necesitaban convencerse de que Alemania había sido atacada por traición y que, si ellos tenían que cruzar nuestra frontera, eso significaba que el enemigo lo había hecho antes. Este es el tema que sus líderes desarrollarán, dándole proporciones legendarias. Desde el principio, en la proclama del general von Emmich, las *intenciones francesas* se transforman en *acciones*.

El general von Bülow no es mucho más serio que su colega von Emmich: «Estamos luchando contra el ejército belga —escribió en su proclama del 8 de agosto— únicamente para forzar el paso

52 ¡Hágase justicia y perezca Prusia! (Clásicos de Historia.)

a Francia, que vuestro gobierno nos negó injustamente, aunque había tolerado el reconocimiento militar francés, un hecho que vuestros periódicos han permitido que desconocieseis.»

Pero el premio, sin duda, corresponde al intendente del ejército alemán, el señor von Stein. Sería negligente si no privara al lector del descubrimiento realizado por esta eminente figura: «Lamento profundamente —dijo el general, dirigiéndose al pueblo belga— que las tropas alemanas se vean obligadas a cruzar la frontera belga. Actúan bajo la presión de una necesidad imperiosa, ya que la neutralidad de Bélgica ha sido violada por oficiales franceses que, disfrazados, cruzaron territorio belga en automóvil para entrar en Alemania.»

Así es: ¡personas disfrazadas que cruzan un país en coche han violado su neutralidad, lo que autoriza al ejército alemán para invadirlo! El gobierno alemán no parece haber aceptado el descubrimiento del general von Emmich; el hecho de que lo ignore nos evita tener que discutir una acusación tan ajena a la gravedad del asunto y a la importancia de la historia.

El señor von Stein, intendente general del ejército alemán, también se sintió obligado a ofrecer su propia explicación. «Nos informaron —dijo— de que antes del estallido de la guerra, oficiales franceses, y quizá también algunas tropas, habían sido enviados a Lieja para entrenar a soldados belgas en sus trabajos de fortificación. No había nada de malo en ello antes de que comenzaran las hostilidades. Pero una vez que estalló la guerra, fue una violación de la neutralidad tanto por parte de Bélgica como por la de Francia.»

Si estas afirmaciones tienen algún sentido, obviamente significan que la guerra estalló mientras los oficiales franceses estaban en Lieja impartiendo instrucción sobre el servicio militar. Las fortalezas fueron entregadas a los soldados belgas, y este suceso imprevisto transformó repentinamente en una violación de la neutralidad un incidente que, de otro modo, no habría suscitado objeción alguna. En otras palabras, el ataque alemán contra Bélgica, mediante un extraño efecto retroactivo, confirió carácter criminal a una acción francesa que, de otro modo, habría sido inofensiva. Tales hechos son innegables; basta con recalcarlos. Dan fe del desorden moral de las más altas autoridades militares en Alemania.

Si bien en las proclamas dirigidas a los belgas y leídas en el extranjero los generales prusianos se limitaban a estas generalidades vagas y oscuras, sus subordinados, menos apegados a la verdad, simplemente contaban a los soldados historias inverosímiles. Esto es lo que se lee en una historia de la conquista de Bélgica escrita por el mayor Víctor von Strants. Hace que un narrador alemán relate el testimonio de uno de sus compatriotas:

«En la mañana del 3 de agosto, antes de que expirara el plazo fijado por el ultimátum alemán, unos conocidos le comentaron que acababan de ver soldados franceses en la Gare du Midi de Bruselas. Dado que esto le pareció improbable a mi fuente, él mismo se dirigió, a las 15:00, al lugar indicado y constató que dos regimientos franceses estaban acampados en la plaza frente a la estación. Una joven institutriz que trabajaba en una villa entre Rouillon y Paliseul, cerca de la frontera francesa, hizo la misma observación en una zona completamente distinta de Bélgica. Ella, junto con la niñera que la acompañaba, también alemana, vio a un jinete francés el 3 de agosto a las 7:00 preguntando por el pueblo más cercano. Y, en efecto, dos horas después, el lechero del pueblo en cuestión informó a la villa de que los franceses acababan de entrar. Cuento con la autorización de estos dos testigos para revelar sus nombres y direcciones.»

Alemania tuvo un ministro y un agregado militar en Bruselas hasta el 2 de agosto, ¡y obtenía información de niñeras y lecheros!

Pero la escalada de absurdos continúa. Escuchemos al teniente von Trotha:

«Las noticias que se propagaron con la velocidad del rayo aclararon la situación de repente. Oficiales franceses, disfrazados de tenientes alemanes, habían cruzado la frontera belga-alemana al oeste de Güeldres y pretendían entrar en la provincia de Renania. Fueron arrestados y encarcelados, y así fracasó el plan, cuidadosamente urdido. Ahora sabemos que Bélgica lo tenía todo preparado

para invadir Alemania, y este libro no necesita detenerse en ello. Simplemente expondremos los hechos: ¡sabemos que el escudo de armas de Alemania permaneció intacto y que no se le puede responsabilizar de la guerra que tuvo lugar en Bélgica!»

Erzberger habla de una batalla entre el *Landsturm* de Aquisgrán en territorio alemán contra los belgas y los franceses el 2 de agosto.

El general Bernhardt, por su parte, creía en un plan para cercar a las fuerzas alemanas con la ayuda del ejército franco-británico. En este plan, Bélgica tenía un papel importante. Partiendo de esta doble premisa, concluyó que Bélgica ya no era un estado neutral y, en consecuencia, declaró que Alemania no tenía el derecho, sino el deber, de invadir Bélgica.

¡Con esta sencillez se resuelven las cuestiones de derecho internacional en las oficinas del Estado Mayor prusiano!

El descubrimiento del general von Bernhardt despertó la envidia de un oficial holandés llamado general Prins. Tras visitar el frente alemán en Francia y Bélgica por invitación del gobierno alemán, se sintió obligado a recompensar a sus anfitriones sirviéndoles el siguiente plato:

«La invasión de Bélgica era una necesidad para los alemanes. Durante años, el tratado que garantizaba la neutralidad belga no había sido más que un pedazo de papel. Desde 1870, era de conocimiento general que, en caso de guerra entre Alemania y Francia, la neutralidad belga se perdería. La propia Bélgica consideraba el tratado un papel mojado, puesto que había invertido millones en los fuertes a lo largo del Mosa y en los de Amberes. Además, el tratado debía su origen a la necesidad de proteger no a Bélgica de Alemania, sino a Europa de Francia. Habiendo cambiado la situación, el tratado había quedado obsoleto, y el Canciller del Imperio tenía toda la razón al llamarlo *un pedazo de papel*.

¡Un trozo de papel! ¡Un trozo de papel! ¡Un trozo de papel! El buen general Prins lo repitió tres veces con evidente deleite. El señor von Bethmann debe de estar muy satisfecho consigo mismo.

En realidad, sin embargo, acabó quedando claro en Berlín que todas esas disculpas —y demás— solo servían para empeorar la situación de Alemania.

Su principal error radicaba en basarse en una premisa manifiestamente falsa. Lejos de haber invadido Bélgica antes del 2 de agosto, Francia ni siquiera había estado en condiciones de acudir en ayuda del pueblo belga con la suficiente rapidez, y sólo nuestra enérgica resistencia al invasor alemán les había dado a los franceses el tiempo necesario para organizarse y hacer frente a una agresión injusta e inesperada. Persistir, en estas circunstancias, en acusar a Francia suponía arriesgarse al rechazo internacional.

Fue entonces cuando comenzaron a buscar algo más serio. Y puesto que, trabajando por separado, diplomáticos y militares sólo habían logrado sacar a la luz leyendas que se contradecían mutuamente, decidieron esta vez combinar sus facultades inventivas, y de esta colaboración entre la espada y la pluma nació una nueva versión —la cuarta— que representa el máximo esfuerzo alemán por tranquilizar la conciencia nacional y moldear la opinión del mundo civilizado.

Abandonando el tema que hasta entonces habían desarrollado el Emperador y sus ministros, que consistía en acusar a Francia, concibieron la idea de implicar a la *pérfida Albión* y asociarnos a su crimen. ¡La neutralidad de nuestro país había sido violada por la propia Bélgica, en connivencia con Inglaterra!

Al saquear los archivos del Ministerio de Guerra belga, los alemanes se apoderaron de un informe dirigido al Ministro, fechado el 10 de abril de 1906, por el Jefe del Estado Mayor belga, el general Ducarne, relativo a las conversaciones que había mantenido con el agregado militar británico, el teniente coronel Barnardiston. En dichas conversaciones, el oficial británico había tratado con su homólogo belga la posibilidad de una intervención británica en Bélgica si Alemania violaba la neutralidad belga. Ambos discutían un asunto estratégico a título técnico; y la prueba de

que el general belga no tenía ningún mandato oficial para recibir las confidencias de su colega inglés, es que se creyó obligado a subrayar que «esta cuestión de la intervención también compete al poder político» y que, por lo tanto, debía tratarla con el Ministro de Guerra. En cuanto al inglés, «insistió en que la conversación era absolutamente confidencial y que no podía comprometer a su gobierno.»

Los dos interlocutores ni siquiera se ponían de acuerdo en el punto crucial, ya que, según el inglés, su país podía proteger nuestra neutralidad a pesar de nosotros, mientras que, según el belga, las fuerzas inglesas sólo podrían desembarcar en Bélgica con nuestro consentimiento.

Investigaciones posteriores en nuestros archivos descubrieron otro documento, aún más inocuo: un resumen de una conversación que tuvo lugar entre el agregado militar inglés, el teniente coronel Bridges, y el general Jungbluth, quien entretanto había sucedido al general Ducarne como jefe de nuestro estado mayor...

El general Jungbluth afirmó que éramos perfectamente capaces de impedir el cruce alemán de la frontera, y la conversación terminó ahí. El gobierno belga —huelga decir— ignoró por completo los informes de Ducarne y Jungbluth. Simplemente engrosaron los archivos del Ministerio de Guerra, y ahí quedó la cosa. Su único interés hoy reside en demostrar la notable perspicacia con la que, durante los últimos ocho años, Inglaterra había penetrado los planes alemanes.

¿Pueden creerlo? Estos documentos, que para el gobierno belga contenían poco más que la clase de información que los agentes de cualquier país civilizado envían a sus superiores a diario, fueron considerados tan importantes por los alemanes que se apresuraron a comunicarlos a los estados neutrales y a publicarlos mediante carteles en cada pueblo y ciudad del país, como «prueba documental de la connivencia belga con las potencias de la Entente, un hecho conocido por los servicios alemanes competentes incluso antes de la guerra.»

Hemos pillado al gobierno alemán con las manos en la masa; el gobierno alemán había falsificado previamente el documento. La traducción alemana del informe del general Ducarne cometió un error gravísimo e imperdonable al reproducir un documento al que el gobierno de Berlín otorgaba una importancia capital: en el punto donde el general Ducarne escribe: «mi interlocutor insistió en que nuestra conversación era absolutamente confidencial», la traducción reemplaza la palabra *conversación* por la de *convención* y así logra presentar un simple intercambio de opiniones entre dos altos oficiales como un tratado formal entre sus dos Estados.

En cuanto a cuestionar el derecho de los generales belgas a recibir propuestas de generales extranjeros sobre ciertas contingencias militares que les interesen y a informarlas a su superior jerárquico, la afirmación es demasiado pintoresca como para merecer una discusión seria.

Aclara las cosas el hecho de que la revelación de la existencia de un «gobierno alemán en Bélgica» provocara un inmenso suspiro de alivio al otro lado del Rhin. Hasta entonces, la conciencia de Alemania había estado atormentada; era consciente de su responsabilidad en un atentado contra el derecho internacional. Ahora, se veía libre de esos escrúpulos. Si bien seguía siendo cierto que la neutralidad de Bélgica había sido violada, esto fue... por la propia Bélgica, y el gobierno belga era el único responsable de todo el sufrimiento que los alemanes se habían visto obligados a infligir, contra su voluntad, a este desafortunado país. Por lo tanto, los 93⁵³ no dudaron

53 *Llamamiento de los intelectuales alemanes a las naciones civilizadas*

Como representantes de la ciencia y el arte alemanes, los abajo firmantes protestamos solemnemente ante el mundo civilizado contra las mentiras y calumnias con las que nuestros enemigos intentan mancillar la justa y noble causa de Alemania en la terrible lucha que se nos impone, una lucha que amenaza nada menos que nuestra propia existencia. El curso de los acontecimientos ha desmentido esta propaganda mendaz, que solo pronosticaba derrotas alemanas. Pero esto no hace sino intensificar sus esfuerzos por distorsionar la verdad y hacernos odiosos. Contra estas maquinaciones protestamos en voz alta: y esta voz es la voz de la verdad.

No es cierto que Alemania provocara esta guerra. Ni el pueblo, ni el gobierno, ni el emperador alemán la deseaban. Hasta el último momento, hasta el límite de lo posible, Alemania luchó por mantener la paz. El mundo entero solo necesita juzgar por las pruebas que aportan los documentos auténticos. En numerosas ocasiones durante

en escribir: «No es cierto que hayamos cometido un atentado criminal contra la neutralidad belga. Está demostrado que Francia e Inglaterra estaban decididas a violarla. Está demostrado que Bélgica estaba de acuerdo con ellas. Hubiera sido un suicidio no tomar la iniciativa.»

Alemania, según se suele decir, es una «nación de pensadores». ¿Cómo es posible entonces que ninguno de estos «pensadores» haya considerado una idea que resulta obvia para cualquier persona con un mínimo de sentido común? ¿Cómo pueden unos trozos de papel descubiertos en octubre cambiar la naturaleza del atentado perpetrado el 3 de agosto y confesado al día siguiente por el canciller alemán? A lo sumo, en el mejor de los casos para nuestros enemigos, demostrarán que hubo dos culpables: Alemania y Bélgica. Pero es imposible que alteren el hecho de que los alemanes quebrantaron la fe que habían jurado.

En el Reichstag, el 8 de diciembre de 1914, el Sr. von Bethmann insinuó que conocía desde agosto de 1914 los indicios de los planes agresivos de nuestro gobierno: hay que reconocer que es un humorista. ¡Cómo! Ustedes lo sabían el 4 de agosto, y en vez de proclamarlo, dijeron que la protesta de Bélgica era legítima y que por lo tanto tendría la correspondiente reparación. Pero

sus veintiséis años de reinado, Guillermo II salvaguardó la paz, un hecho que incluso nuestros enemigos han reconocido repetidamente. Olvidan que este emperador, a quien se atreven a comparar con Atila, fue durante muchos años objeto de sus burlas por su inquebrantable amor a la paz. Solo cuando fue amenazado y luego atacado por tres grandes potencias que le tendían una emboscada, nuestro pueblo se alzó unido.

No es cierto que hayamos violado criminalmente la neutralidad de Bélgica. Tenemos pruebas irrefutables de que Francia e Inglaterra, confiando en la complicidad de Bélgica, estaban decididas a violar dicha neutralidad. Para nuestro país, no tomar la iniciativa habría sido un suicidio.

No es cierto que nuestros soldados hayan dañado la vida o la propiedad de un solo ciudadano belga sin verse obligados a ello por la imperiosa necesidad de una legítima defensa. Pues, a pesar de nuestras advertencias, la población ha continuado disparando traicioneramente contra nuestras tropas, mutilando a los heridos y degollando a los médicos en el ejercicio de su profesión. No se podría cometer mayor infamia que guardar silencio ante las atrocidades de estos asesinos y atribuir a los alemanes un crimen: el justo castigo que se vieron obligados a infligir a los bandidos.

No es cierto que nuestras tropas destruyeran brutalmente Lovaina. Atacados traicioneramente en sus cuarteles por una población enfurecida, se vieron obligados, muy a su pesar, a contraatacar y bombardear parte de la ciudad. La mayor parte de Lovaina permaneció intacta. El famoso ayuntamiento se conserva íntegro: arriesgando sus vidas, nuestros soldados lo protegieron de las llamas. Si, en esta terrible guerra, se han destruido o se han destruido obras de arte, esto es algo que todo alemán lamentará sinceramente. Si bien negamos ser inferiores a cualquier otra nación en nuestro amor por el arte, nos negamos rotundamente a comprar la preservación de una obra de arte a costa de la derrota de nuestras armas.

No es cierto que libremos guerras desafiando el derecho internacional. Nuestros soldados no cometen actos de indisciplina ni crueldad. Al contrario, en el este de nuestra patria, la tierra se empapa de la sangre de mujeres y niños masacrados por las hordas rusas, y en los campos de batalla del oeste, los proyectiles dum-dum de nuestros adversarios desgarran el pecho de nuestros valientes soldados. Quienes se alían con los rusos y serbios, y quienes no dudan en incitar a mongoles y negros contra la raza blanca, ofreciendo así al mundo civilizado el espectáculo más vergonzoso imaginable, son sin duda los últimos que tienen derecho a reclamar el papel de defensores de la civilización europea.

No es cierto que la lucha contra lo que se denomina nuestro militarismo no esté dirigida contra nuestra cultura, como afirman nuestros hipócritas enemigos. Sin nuestro militarismo, nuestra civilización habría sido destruida hace mucho tiempo. Precisamente para protegerla nació este militarismo en nuestro país, expuesto como ningún otro a invasiones que se han repetido siglo tras siglo. El ejército alemán y el pueblo alemán son uno. Es en este sentimiento de unidad que 70 millones de alemanes se mantienen hoy unidos en fraternidad, sin distinción de cultura, clase o partido.

Las mentiras son el arma envenenada que no podemos arrebatar de las manos de nuestros enemigos. Solo podemos declarar —a viva voz ante el mundo entero— que dan falso testimonio contra nosotros. A vosotros, que nos conocéis y habéis sido, como nosotros, guardianes de los bienes más preciados de la humanidad, clamamos:

¡Creánnos! ¡Creánnos que en esta lucha llegaremos hasta el final como un pueblo civilizado, como un pueblo para el cual el legado de Goethe, Beethoven y Kant es tan sagrado como su tierra y su hogar! Lo garantizamos con nuestro nombre y nuestro honor.

4 de octubre de 1914.

93 *firmantes*. (Clásicos de Historia.)

entonces, ¡estabais traicionando a vuestro propio país al presentarlo como culpable y a Bélgica como inocente! Prefiero creer que entonces eran sinceros, y que para diciembre ya no lo eran.

En cuanto al sarcasmo con el que, en ese mismo discurso de diciembre, el gobierno prusiano acogió la palabra de honor de hombres exiliados durante un año por haber permanecido fieles a su juramento, y se negó a creerles cuando negaron cualquier acuerdo diplomático entre Bélgica e Inglaterra, esto demostró que Alemania desconoce lo que significa una palabra de honor para los belgas, que han demostrado sufrirlo todo antes que ser infieles a su palabra.

Pero, dicen en Berlín, ¿no debería haber advertido el gobierno belga a Alemania? Es dudoso, pero supongamos que sí. Pues bien, lo hizo, y existe una declaración al respecto que nadie, ni siquiera en Alemania, creo, se atrevería a refutar: la del propio rey Alberto. En una entrevista con un representante del importante periódico *New York Sun*, el rey Alberto declaró lo siguiente: «Estaba tan interesado en evitar incluso la apariencia de una violación de la neutralidad que informé al agregado militar alemán del incidente que ahora causa tanto revuelo. Cuando los alemanes registraron nuestros archivos, sabían perfectamente lo que encontrarían: su sorpresa e indignación son fingidas.»

Esta valerosa declaración impactó como un rayo sobre el miserable edificio de mentiras y sofismas con el que los prusianos pretendían deshonar a Bélgica. Todos los absurdos alegados por los defensores de Alemania no son más que la venganza de Bélgica. Sí, nosotros, los vencidos, aplastados bajo el talón prusiano, tendríamos derecho a contemplar con una piadosa compasión la angustia moral de nuestros amos ante su iniquidad.

El cardenal Gasparri, hablando con el señor van den Heuvel sobre los documentos con los que Alemania intentaba demostrar que la neutralidad belga ya no existía en el momento de la invasión, declaró: «No le corresponde al Santo Padre dirimir esta cuestión histórica, y tal juicio no es necesario para su propósito. Aun admitiendo el punto de vista alemán, seguiría siendo cierto que Alemania, según la propia confesión del Canciller, entró en territorio belga *a sabiendas de violar su neutralidad* y, por consiguiente, de cometer una injusticia. Esto basta para considerar que este acto está directamente comprendido en los términos del discurso pontificio del 22 de enero de 1915, que condena toda injusticia.» *Roma locuta est.*

V. Bélgica independiente.

El gigante estaba a las puertas; Francia e Inglaterra estaban lejos, sorprendidas como nosotros por la agresión criminal. Íbamos a tener que luchar uno contra veinte.

¿Qué hacer?

No hubo un instante de vacilación, ni entre el pueblo ni entre el gobierno. Demostraron ser dignos el uno del otro; y ambos estuvieron a la altura de la grandeza del momento. Bélgica aceptó el desafío que le acababan de lanzar sin jactarse ni temer.

La captura de Lieja no desanimó al pueblo belga, como el enemigo había previsto. Rechazando sus insidiosas ofertas con silencioso desprecio, conquistaron territorio belga palmo a palmo en una serie de combates donde la victoria fue para los vencidos. El enemigo esperaba, al menos, que al tomar Amberes, nuestra fortaleza nacional, se apoderarían de nuestro rey, su gobierno y su ejército: con todas las fuerzas de nuestra resistencia trasladadas a Alemania, significaría el fin de Bélgica.

Pero Bélgica ya no estaba en Amberes. Abandonando la ciudad, ahora indefendible, el rey Alberto, al frente de su ejército, había emprendido una magnífica retirada que la historia registraría como una gran victoria. Recorriendo 90 kilómetros en veinticuatro horas, protegidos por su caballería y tropas de flanco encargadas de frenar la persecución enemiga, los belgas se replegaron a los pantanos de Flandes Occidental. Cuando los alemanes se percataron de su error al no haber

previsto esta retirada, ya era demasiado tarde para detenerla; los vencidos los habían superado con su maniobra. Habían interpuesto la infranqueable línea del Yser entre ellos y sus enemigos; se convirtieron en el ala izquierda del ejército franco-inglés.

¡Y el río Yser nos consoló por Amberes!

Nadie habría creído que este canal, de apenas 20 metros de ancho, se convertiría para la nación belga en el refugio inexpugnable que el genio de Brialmont y los millones de nuestro tesoro no habían logrado crear para Amberes. El Yser sería, en adelante, en la historia de Bélgica, lo que las Termópilas fueron en la de Grecia y el río Argonne en la de Francia: el nombre prestigioso en torno al cual convergen los recuerdos más gloriosos de la nación. Gracias al Yser, el rey Alberto nunca abandonó el suelo de su país: el Reino de Bélgica, aunque reducido a sus fronteras más precarias, seguía existiendo y ofreció una rotunda refutación a la audaz afirmación del *Kælnische Zeitung*, que, ya el 18 de octubre, había publicado el titular: «Toda Bélgica ha sido evacuada por los Aliados.»

Esta «Bélgica más pequeña», en la que estuvieron fijos los ojos del mundo entero durante muchos meses, tiene derecho a reclamar un lugar en la historia mundial que es totalmente desproporcionado a su tamaño.

Dos pequeños arroyos nacen en la llanura flamenca, a poca distancia el uno del otro; uno proviene del oeste y el otro del sur. Son gemelos, con el mismo origen, la misma extensión, el mismo destino y casi el mismo nombre. Uno se llama Yser y el otro Yper. Confluyen cerca de las ruinas del antiguo fuerte de Knocke, famoso en los anales del siglo XVIII, y luego se unen en dirección norte, uniéndose hasta llegar al mar, al que alcanzan tras recorrer 50 kilómetros de curso común.

Es el Yper, hasta su confluencia, el que forma la línea defensiva, confiada a las fuerzas inglesas, mientras que el Yser estaba reservado para el ejército belga. Esta línea es de suma importancia; antaño abarcaba tres ciudades nobles, de las que hoy solo quedan ruinas: Ypres, el gran centro industrial de la Edad Media, cuyos mercados fueron una de las expresiones más orgullosas del espíritu comunitario; Dixmude, la elegante, enclavada entre los pastos más opulentos de Bélgica, que ofrece al viajero algunos de los paisajes urbanos más bellos después de los de Brujas y Matines; y, finalmente, Nieuport, que narraba a las olas del Mar del Norte la epopeya de nuestras guerras y nuestras penas de antaño. Tras la cinta de agua que unía estas tres ciudades hermanas, apretujado entre ella y las dunas, se extendía sobre una pequeña superficie de kilómetros cuadrados el reino de Bélgica tal como lo había dejado la invasión.

Y sin embargo, ¡cuán hermosa habría sido de no ser por el velo de luto que ocultaba sus encantos a los ojos de los héroes encargados de su defensa! Esta es la rica y fértil tierra de Flandes, verde como Irlanda y generosa como Lombardía, de la cual no se puede decir con certeza si es madre o hija de quienes la habitan, tan estrechamente unida la mano del hombre a la de la naturaleza para convertirla en una morada digna de un pueblo libre y feliz. Todo allí evoca la idea de la actividad humana: los arroyos que serpentean perezosamente por el campo son conscientes de su papel en la fertilización del suelo; los canales bordeados de sauces discurren en línea recta hacia algún punto de encuentro del trabajo; los campanarios perforan el cielo, a veces inclinándose sobre una tierra que finge querer escapar de la tiranía del hombre; los tejados rojos de las casas de campo destacan nítidamente sobre el verde telón de fondo de las praderas; innumerables vacas pastan en la lejana campiña o, recostadas en los prados, contemplan con sus ojos lánguidos y magníficos estos paisajes bucólicos, dignos de inspirar la lira de un nuevo Virgilio.

Y, sobre todo, en una atmósfera eternamente húmeda, bañada por la brisa salada del océano, flota una luz onírica que se refracta a cada instante en halos mágicos y produce los más inesperados y variados juegos de color. La raza que puebla esta tierra idílica es, por un extraño contraste, la trágica y feroz raza de los Kevels del siglo XIV, a quienes los caballeros franceses creían haber exterminado en los campos de batalla, pero que, como los héroes de la epopeya islandesa, renacían

constantemente para reanudar implacablemente las mismas batallas. Furnes, su capital, guarda un tesoro de recuerdos donde las ardientes luchas de la Edad Media se evocan entre las apacibles obras de la Bélgica moderna. Fue Furnes quien dio la bienvenida a Leopoldo I a suelo belga cuando, tras desembarcar en Calais, entró en nuestra ciudad por la costa para tomar posesión de su reino entre las delirantes aclamaciones de un pueblo ebrio de júbilo. Cuántas veces habrá aflorado este recuerdo en la mente de su nieto real, cuando, con el rostro enrojecido por el sol, con el viento soplando desde mar abierto y recibidos por el fuego de los proyectiles, él y sus soldados montaron guardia en el umbral de este último pedazo de Bélgica independiente.

Pero el rey de los belgas no tenía tiempo para evocar recuerdos históricos; el presente, la lucha constante, exigía toda la fuerza de su intelecto y su voluntad. Pues allí, en la frontera de lo que quedaba de su reino, se librarían las batallas más feroces y sangrientas de la guerra. Del 23 al 30 de noviembre de 1914, la región del Yser fue testigo de una tragedia sin precedentes. Durante aquella semana trágica, todas las fuerzas del hombre y de la naturaleza se emplearon en la matanza; se libraron batallas desesperadas por apenas unos metros cuadrados; cada terrón de tierra quedó empapado de sangre; los proyectiles surcaban el cielo en densas nubes como enjambres de langostas; la artillería pesada alemana fue respondida por la de la flota británica, cuyo rugido hizo temblar el aire en las cercanías de Bruselas. En varias ocasiones, sacrificando miles de hombres, los alemanes lograron cruzar el Yser, pero cada vez fueron rechazados a la otra orilla por nuestro valiente ejército, que demostró una resistencia y un coraje prodigiosos. Sin embargo, fue diezmado por la muerte: tan solo el 7.º Regimiento de Línea perdió seiscientos hombres en cuatro días; ¿acaso no sucumbiría finalmente ante la inmensa superioridad numérica de un enemigo que también era digno de esta batalla de titanes?

No será así. El 30 de octubre de 1914 ocurrió un acontecimiento extraordinario e inesperado que detuvo el inmenso esfuerzo alemán y le dijo al invasor: «¡No avanzarás más!»

Los belgas, protegidos por el terraplén del ferrocarril que suponía una barrera contra las inundaciones en el lado occidental, eran ahora inexpugnables.

Así fue como, tras cuatro meses de guerra, aún existía una Bélgica independiente, que el conquistador nunca hollaría con sus botas. Era una Bélgica muy pequeña, de apenas 500 kilómetros cuadrados, que nuestro ejército podría haber atravesado entera en un solo día, de norte a sur y de este a oeste. Constaba de tan solo dos ciudades: Furnes y Poperinghe, así como de varios pueblos, entre los que destacan los encantadores balnearios de Oostduinkerke, Koksijde y De Panne, conocidos por todos los belgas, cuyos nombres evocan recuerdos de días soleados y felices junto al mar. Furnes, donde el rey había establecido su cuartel general, se había convertido en la capital provisional de toda Bélgica, al igual que Memel lo había sido para Prusia en los aciagos días posteriores a la batalla de Jena. Y al igual que la reina Luisa entonces, también hoy, la joven reina de los belgas, un alma valiente en un cuerpo frágil, se unió a las pruebas y luchas de su esposo y transmitió a toda la nación su confianza en el futuro inquebrantable de la patria.

Y él, nuestro rey, ¿cómo podemos hablar de él con palabras dignas de su gran corazón y su admirable resistencia? Bélgica apenas lo conocía antes de esta guerra, que lo colocó en el lugar que le correspondía, entre los héroes. Lo respetaba como el fiel guardián de su constitución; lo amaba por la diligencia con la que cumplía su papel de rey, por el buen ejemplo que su vida pública y privada daba a la nación. Pero tras su apariencia modesta, reservada, incluso tímida, ¿quién hubiera imaginado al héroe que se escondía tras ella? Ahora sabe lo que es un rey en tiempos de peligro. Lo vio, incansable e imperturbable bajo la lluvia de balas, descender a las trincheras, compartir el pan negro de los soldados, animarlos con su ejemplo y sus palabras, apareciendo entre ellos, con su serena y sonriente valentía, como un semidiós ante quien caían de rodillas, con los ojos enrojecidos por las lágrimas, la garganta llena de aclamaciones delirantes, embriagados de entusiasmo, devoción y orgullo patriótico. Tales recuerdos quedan grabados a fuego en la memoria colectiva, y la dinastía lo sabrá. El rey creía trabajar solo por la nación; también trabajó por su propio pueblo, pues sembró

en nuestra tierra ancestral las raíces de una popularidad prodigiosa que, como un roble majestuoso, dará sombra durante generaciones a todos sus descendientes.

No, Bélgica no olvidará los días de Furnes; los atesorará como un avaro cuenta sus tesoros; los inscribirá en el libro de honor de sus anales, los relatará con orgullo a las generaciones futuras. Nosotros, prisioneros del enemigo, no fuimos testigos de esta gesta épica. Exiliados en nuestra propia patria, cargamos con el peso de aquellas horas sombrías y aciagas, y son los valientes veteranos que regresaban de las batallas patrióticas quienes nos relatarán los días del Yser.

Hay uno, sin embargo, particularmente memorable, cuya historia nos llegó a través de las apretadas filas de las tropas alemanas: la vigilia del servicio militar del joven duque de Brabante, mientras aprendía las costumbres de su soberano en las trincheras a la edad de catorce años. Este joven valiente fue presentado por su padre al 12.º Regimiento de Infantería de Línea, en el que ascendería de rango. «Nunca es demasiado pronto —dijo el rey— para introducir a los jóvenes príncipes en la escuela del deber, y no hay mejor escuela que nuestro ejército. Yo mismo entrego a mi hijo a ella. Quería —añadió— rendir homenaje públicamente al 12.º Regimiento por la valiente conducta que demostró a lo largo de toda la campaña, desde la defensa del puente de Visé el 4 de agosto hasta la brillante defensa de Dixmude, donde repelió quince ataques alemanes y perdió un tercio de sus efectivos. ¡Honor al Regimiento y a su coronel Jacques, quien, herido dos veces, el 20 y el 21 de septiembre, permaneció al frente de sus tropas en ambas ocasiones!»

Así, la Bélgica de hoy, representada por el rey Alberto, instruyó a la Bélgica del mañana, personificada en el duque de Brabante. Y bajo un cielo enrojecido por el fuego de artillería, el canto del León de Flandes, que surgía de las profundidades de las trincheras, les enseñaría a los alemanes que esta pequeña nación, tras un año de guerra, seguía en pie ante ellos, temblando de orgullo y valentía. No, ellos mismos lo dicen en un canto patriótico cuya letra parece escrita para nosotros: «No, no es el número de caballos, hombres y armas lo que asegura el trono de los reyes, sino el patriotismo, es la devoción de los hombres libres lo que les da un fundamento tan inquebrantable como una roca en el mar.»

Del ejército belga, basta decir que fue digno de su rey. Cumplió admirablemente con su deber. Ningún otro ejército en la guerra actual, puede afirmarse sin menoscabar la gloria de nadie, ha tenido que soportar una lucha más ardua, una campaña más agotadora. Su valor, su resistencia, su fe en la patria fueron magníficos, y nada es tan conmovedor como la devoción que demostró al joven héroe coronado que lo condujo a la gloria y a la muerte. Desde el primer día, los voluntarios acudieron en masa a las filas; fueron 40.000 la primera semana; después, más de cien mil. Entre ellos, los que ostentaban los nombres nobles más ilustres del país confraternizaban con los hijos de quienes habían cambiado el arado o las herramientas por el fusil. Ocho hijos de ministros o exministros dieron las primicias de su juventud. Tres de ellos, Paul Renkin, Louis y Delbede, cayeron en el campo del honor; otros dos, de Broqueville y Jean Renkin, alcanzaron el grado de subteniente; otros cuatro, Berryer, de Lantheere, Nyssens y Poulet, entraron en acción con dieciséis o diecisiete años. Eran voluntarios, podría decirse, estos jóvenes de las promociones de 1914 y 1915 que, al llamado de un gobierno en el exilio, desafiando las prohibiciones y las amenazas del enemigo, cruzaron fronteras erizadas de centinelas y alambre de púas, a menudo tras aventuras donde la heroica insensatez del patriotismo dio vida a las más audaces leyendas. ¡Ah! ¡Qué odiseas tan conmovedoras, y qué maravillosos temas históricos para relatar más tarde por las noches las familias belgas!

En vano el señor von Bissing⁵⁴ amenazó a las familias de los refractarios e impuso enormes multas a las comunas en las que vivían; en vano sus soldados dispararon, como en Ternath, a los jóvenes milicianos que se presentaron a la llamada de los alemanes exhibiendo un retrato del rey Alberto en el extremo de un palo; nada detuvo el fervor patriótico de la juventud belga, y se ha

54 Moritz von Bissing (1844-1917) fue Gobernador-General de la Bélgica ocupada, desde 1914 hasta poco antes de su muerte. (Clásicos de Historia.)

calculado que en las regiones fronterizas, el 80% de las *quintas* de 1914 y 1915 ya estaban al otro lado del Yser, ese pequeño río patriótico que sólo pueden cruzar los belgas.

Pero la Bélgica combativa no fue la única en defender el honor de la bandera: existía una Bélgica que sufría. Encarcelada y atada, agobiada por amenazas, prohibiciones y multas, se mantuvo firme y se negó a doblegar el orgullo de la bandera nacional ante la arrogancia del enemigo. Su gobierno ya no existía, pero sus magistrados municipales permanecieron para alentarla y apoyarla, y la historia hará una mención especial al nombre del magistrado jefe de la capital, el señor Adolphe Max: «Mientras viva y sea libre —había dicho—, protegeré con todas mis fuerzas los derechos y la dignidad de mis conciudadanos.» El señor Max cumplió esta noble promesa, y el propio enemigo fue testigo de ello, al detenerlo el 26 de septiembre e internarlo en Alemania.

Y entonces habló nuestro episcopado, y su voz se convirtió en la de la propia nobleza, que resonó por toda Bélgica con un *Sursum Corda*⁵⁵. ¡Con qué asombro escuchó el enemigo la carta pastoral de Navidad del Cardenal Mercier, Arzobispo de Malinas, mientras que todos los corazones belgas se llenaban de orgullo ante estas palabras que vengaban el honor de la nobleza calumniada y denunciaban sin temor los crímenes de nuestros opresores! Al señor von Bissing no le quedó más remedio que prohibir al clero leer esta carta pastoral, alegando falsamente que contaba con el consentimiento del Cardenal. Esta burda estratagema fue inmediatamente frustrada; el Cardenal insistió, y el gobierno alemán en Bélgica sufrió la humillación de ser desobedecido formalmente por la gran mayoría del clero de la Diócesis de Malinas. Los valientes obispos de Lieja y Namur dirigieron a sus feligreses el mismo lenguaje firme y orgulloso, y si el obispo de Tournai no hizo lo mismo, fue en parte porque sucumbió al maltrato que los soldados alemanes no dudaron en infligir a este santo anciano. Fieles a las reiteradas exhortaciones de los obispos, el clero belga nunca cesó de fortalecer la moral de la nación: desde los púlpitos de la verdad, pronunciaron palabras que vengaban la inocencia perseguida y condenaban la injusticia triunfante; la bandera nacional, prohibida en las calles, ondeaba libremente en nuestras iglesias, y los acordes de *la Brabançonne*⁵⁶ resonaban al final de nuestras Misas Solemnes entre lágrimas de emoción y alegría.

Toda la nación belga mantuvo esta actitud de impecable decoro y valiente dignidad: se abstuvo de la violencia y las manifestaciones tumultuosas, pero recibió con desdén los avances de nuestros amos y los aisló. Querían dar la impresión en el extranjero de que la situación había vuelto a la normalidad en Bélgica, y la obstinada abstención del público belga refutó rotundamente esta falsa afirmación. Lo cierto es que, tácitamente, espontáneamente, sin acuerdo previo, la nación estaba organizando una huelga sagrada en torno a ellos. Los pocos periódicos que habían seguido publicándose desde su entrada dejaron de hacerlo para evitar la censura; las universidades, que hubieran querido reabrir, permanecieron cerradas; las academias, que fueron invitadas a reanudar sus reuniones, solo se reunieron para decidir aplazarlas indefinidamente; los trabajadores de Malinas y otros lugares, a quienes intentaban reclutar ofreciéndoles altos salarios, les dieron la espalda, negándose a trabajar para el rey de Prusia. Intentaron atraer al público de Bruselas organizando conciertos con obras maestras de la música alemana interpretadas por los mejores artistas del otro lado del Rhin; pero fueron los únicos que los escucharon, y la Universidad de Bruselas expulsó a un profesor que tuvo la desgracia de asistir.

Prohibieron todas las manifestaciones para el 21 de julio de 1915, aniversario de la proclamación de nuestra independencia nacional, y sin embargo, el 21 de julio, en Bruselas, Amberes, Gante, Lieja, en todas nuestras ciudades e incluso en nuestros pueblos, presenciaron una magnífica y conmovedora demostración de fe nacional: las tiendas cerraron como si fuera domingo, las iglesias se llenaron para el *Te Deum*. Toda la población, ataviada con sus mejores galas, paseaba por las calles luciendo en sus ojales o en sus corpiños, en lugar de los colores nacionales prohibidos, la hoja de hiedra, emblema de nuestra lealtad a nuestro Rey y a nuestra patria. Así, encadenados,

55 Levantemos el corazón. (Clásicos de Historia.)

56 Himno nacional belga. (Clásicos de Historia.)

cumplimos las bellas palabras que el Sr. de Broqueville pronunció el 4 de agosto en la sesión de nuestras Cámaras: «Bélgica podrá ser derrotada, pero jamás será sometida.»

Esto es lo que el único periódico belga que se publicaba sin someterse a la censura alemana le recordaba cada semana al «gobierno alemán en Bélgica», con tanta valentía como perspicacia. Se llamaba *La Libre Belgique* y circulaba por todo el país desde febrero de 1915, distribuido de persona a persona por personas de confianza. Von Bissing hizo esfuerzos desesperados por descubrir la sede del periódico o capturar a sus editores, pero los optimistas conspiradores belgas eran más ingeniosos que los detectives de la policía alemana, y *La Libre Belgique* siguió alimentando la esperanza y la llama del patriotismo entre sus lectores.

Por lo tanto, Bélgica tiene derecho a estar orgullosa de todos sus hijos. Pero Europa, por su parte, debe estar orgullosa de Bélgica. Al defendernos, hemos salvado su libertad.

«La ventaja de Alemania reside en la velocidad», afirmó el señor von Jagow⁵⁷. La resistencia belga frustró este plan desde el principio. Al hacer que el invasor perdiera una semana frente a los fuertes de Lieja, dimos a Francia e Inglaterra tiempo para organizarse y concentrarse en una lucha en la que una hora ganada podría ser decisiva para el destino del mundo.

Desenvainamos nuestras espadas únicamente en defensa de nuestros bienes más sagrados: nuestro honor nacional, nuestra libertad, nuestros hogares. Nuestras manos permanecieron limpias; no derramamos sangre inocente; no causamos muerte ni devastación a otros pueblos; ni una sola lágrima se derramará por nosotros. Y el juicio incorruptible de la posteridad, que pondrá todas las cosas en su debido lugar, declarará que Bélgica, en una de las horas más calamitosas de su historia, se ha ganado nuevamente el respeto de la humanidad.

VI. Alemania envenenada por Prusia.

Tras relatar la sombría historia de mi patria durante meses de sufrimiento indescriptible, me detengo a reflexionar y me pregunto cómo es posible que una de las naciones más civilizadas del mundo, una nación que, además, había contraído con nosotros obligaciones sagradas, pudiera haber consentido semejante martirio cruel contra un pueblo inofensivo y amigo. Después de todo el progreso que parecía haber alcanzado el derecho internacional, después de las Convenciones de La Haya, después de las declaraciones de paz de todas las grandes potencias, subsiste una especie de enigma ante el cual la mente se detiene atónita.

En realidad, el enigma no existe para quienes conocen los hechos del otro lado del Rin. El genio alemán se ha visto influido por el espíritu prusiano, y es en este último donde se halla la explicación clara y luminosa de fenómenos que a primera vista parecen inexplicables.

Las naciones, al igual que los individuos, están sujetas a la fatalidad del pecado original. Nacida de una apostasía que profanó el ideal religioso y militar de los Caballeros Teutónicos, Prusia jamás ha negado sus orígenes fraudulentos y saqueadores. Desde Alberto de Brandeburgo hasta Federico II, de Federico II a Bismarck, de Bismarck al atentado del 2 de agosto de 1914, siempre ha alcanzado sus fines mediante la violación de los derechos más sagrados, mediante el perjurio y la iniquidad. Así se secularizó la misma Prusia, así conquistó Silesia, así invadió y desmembró Sajonia, así se repartió Polonia, así se anexionó Schleswig, así falsificó el Despacho de Ems, y finalmente así invadió Bélgica. Prusia sonríe ante las protestas de la justicia y el derecho ultrajado, se ríe de los tratados invocados, sabe que el derecho no es más que una palabra y los tratados, un *papel mojado* y, con silencioso desprecio, ignora las protestas de la conciencia humana. Cree únicamente en la fuerza. La fuerza no prevalece sobre el derecho; la fuerza es el derecho. Tal ha sido, desde Hegel, la doctrina de los amos; pero el propio Hegel simplemente formuló en términos

57 Gottlieb von Jagow (1863-1935) secretario de Estado de Asuntos Exteriores del Imperio alemán de 1913 a 1916. (Clásicos de Historia.)

filosóficos los axiomas que han estado en el fundamento de la política prusiana desde los inicios mismos de Prusia.

El objetivo primordial, por lo tanto, es convertirse en un Estado fuerte; los Estados pequeños son ridículos. Pero todo Estado será débil en comparación con uno más grande: por consiguiente, es necesario no sólo ser fuerte, sino el más fuerte; entonces sólo él tendrá derecho a existir. Todo lo que tiende a fortalecer al Estado es bueno y moral; la moral cristiana es individual, no se aplica a los Estados. La moral de las acciones, para los Estados, es la utilidad. «El egoísmo —dijo también Bismarck— es la única política digna de un gran Estado.»

Pero en esta concepción militar, ¿cuál es el mejor instrumento de fuerza? El ejército.

Para ser el Estado más poderoso, se necesita el mejor ejército. Prusia estableció el principio del servicio militar obligatorio, que se convirtió en ley en 1815. Toda Europa se vio obligada sucesivamente a adoptarlo; este fue el valioso regalo de entrada que el Reino de Prusia ofreció a la familia de los Estados europeos al integrarse en ella.

El ejército se convirtió así en la encarnación del Estado. Prusia es el único país del mundo donde, en la práctica, controla legalmente el destino de la nación. En todos los demás lugares, sirve al público, obedece, es la *fuerza callada*. En Prusia, es el ejército quien manda, quien tiene prioridad, quien dirige los acontecimientos. A menudo, la gente se ha asombrado de los errores de la diplomacia prusiana; esto no es sorprendente: sirve a objetivos militares, es simplemente un complemento de la estrategia en Prusia.

El ejército, naturalmente, tiene un ideal: la guerra. En todos los países civilizados, estas aspiraciones se mantienen bajo control por medio del interés superior de la civilización, la guerra es sólo un medio y no un fin. En Prusia, la guerra es un fin en sí misma; es civilizadora, y el ejército, lejos de ser contenido, impulsa a la nación.

El espíritu prusiano envenenó el genio alemán. Alemania, situada en el corazón de la Europa civilizada, parecía destinada a ser la guardiana de los principios de justicia y moralidad política, herencia de la civilización. Tras el movimiento de 1813, por el que recuperó su libertad, cabía esperar que así fuera. Desafortunadamente para Alemania, fue Prusia quien presidió su unificación. La unidad alemana cayó en manos del Canciller de Hierro, que sólo conocía la fuerza bruta. La fuerza impone la ley. Les dijo: «Os convertiré en la principal potencia militar del mundo; tendréis un ejército invencible con el que podréis hacer lo que queráis; ¿qué os importan ya la justicia y el honor, *meras palabras*? ¿Y qué necesidad tenéis de respetar los tratados, si son *meros pedazos de papel*?» Y la Alemania embriagada se dejó llevar. No creía en nada más que en la fuerza, aquella que tan elocuentemente había hablado de la eterna majestad de la ley. Conocía el sueño napoleónico de la dominación mundial, olvidando que no tenía un Napoleón, y que los Napoleones acaban en Santa Elena.

* * *

Hoy, derrotada, mutilada, humillada, ¿encontrará en su integridad natural la clara comprensión de las causas de su desgracia? Ese es el secreto del futuro.

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 560 Juan Valera, *Sobre el concepto que hoy se forma de España y otros artículos*
- 559 Ramón del Valle-Inclán, *Visión estelar de un momento de guerra*
- 558 Hans Holbein el Joven, *Danza de la Muerte*
- 557 Megástenes, *La India (fragmentos)*
- 556 Beroso, *Babilonia (fragmentos) seguido del Falso Beroso de Annio de Viterbo*
- 555 Leonor López de Córdoba, *Memorias (1368-1412)*
- 554 Herrada de Lansberg, *Hortus deliciarum. Calcos de las miniaturas*
- 553 Augustin Cochin, *Las sociedades de pensamiento y la democracia en la revolución francesa*
- 552 Manetón, *Historia de Egipto (fragmentos)*
- 551 Horace Greeley, *La Administración Lincoln y la Guerra Civil (1860-1865)*
- 550 DeBow, Lagdon, Van Dyke, *Defensa de la esclavitud. Un panfleto antiaboliconista de 1860*
- 549 John L. O'Sullivan, *El destino manifiesto (artículos)*
- 548 Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*
- 547 Francis Yeats-Brown, *La jungla europea*
- 546 E. A. Wallis Budge, *La literatura de los antiguos egipcios*
- 545 Yevgeny Ivanovich Zamiatin, *Nosotros*
- 544 *La epopeya de Gilgamesh*
- 543 Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*
- 542 Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*
- 541 Julio Cejador y Frauca, *Tierra y alma española*
- 540 Havelock Ellis, *El alma de España*
- 539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
- 538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
- 537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
- 536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
- 535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
- 534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
- 533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
- 532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
- 531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
- 530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
- 529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
- 528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
- 527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
- 526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
- 525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
- 524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de México*
- 523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
- 522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
- 521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos (2 tomos)*
- 520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
- 519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
- 518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanese del siglo XVII*
- 517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*

- 516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
 515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
 514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
 513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
 512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
 511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
 510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
 509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
 508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Herald*
 507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
 506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
 505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
 504 Juan Moneva y Puyol, *Política de represión y otros textos*
 503 Francisco Cambó, *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
 502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
 501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
 500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
 499 Pere M. Rossell, *La Raza*
 498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
 497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
 496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
 495 Francisco Raull, *Historia de la conmovición de Barcelona en... julio de 1835*
 494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
 493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política... y otros textos*
 492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
 491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
 490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
 489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
 488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
 487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
 486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
 485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
 484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
 483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
 482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
 481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
 480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
 479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
 478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
 477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
 476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
 475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
 474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
 473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
 472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
 471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
 470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
 469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
 468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
 467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*

- 466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
 465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
 464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
 463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
 462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
 461 *Los ilustrados y la esclavitud*
 460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
 459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
 458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
 457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
 456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
 455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
 454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
 453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
 452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
 451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
 450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y otros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
 449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
 448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
 447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
 446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
 445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
 444 Publilio Siro, *Sentencias*
 443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
 442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
 441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
 440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
 439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
 438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
 437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
 436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
 435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzl, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
 434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
 433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
 432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
 431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
 430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
 429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
 428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
 427 Georges Desdevise du Désert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
 426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
 425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en Ken 1938-1939*
 424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
 423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
 422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
 421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
 420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
 419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
 418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
 417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*

- 416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
 415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
 414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
 413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
 412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
 411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
 410 Tertuliano, *Apologético*
 409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
 408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
 407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
 406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
 405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
 404 Ángel Pulido, *Espanoles sin patria y la reza sefardí*
 403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
 402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
 401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
 400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia... desde el año de 1494 hasta el de 1532 (2 tomos)*
 399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
 398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
 397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
 396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes (2 tomos)*
 395 *Los españoles pintados por sí mismos (3 tomos)*
 394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
 393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine (13 tomos)*
 392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
 391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
 390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
 389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
 388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
 387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
 386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
 385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
 384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
 383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
 382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
 381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
 380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
 379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
 378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
 377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
 376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
 375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
 374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
 373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
 372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
 371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
 370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
 369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
 368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
 367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*

- 366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
 365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
 364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardidés de que se sirven los extranjeros...*
 363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
 362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
 361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
 360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
 359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
 358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
 357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
 356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
 355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
 354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
 353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
 352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
 351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
 350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
 349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
 348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
 347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
 346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
 345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
 344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
 343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
 342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
 341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
 340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
 339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
 338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
 337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
 336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
 335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
 334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
 333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
 332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
 331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
 330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
 329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
 328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
 327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
 326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
 325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
 324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
 323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
 322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
 321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
 320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
 319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
 318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II (4 tomos)*
 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*

- 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
- 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
- 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
- 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
- 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
- 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
- 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
- 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
- 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
- 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
- 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
- 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
- 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
- 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
- 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg (3 tomos)*
- 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
- 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
- 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
- 298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
- 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
- 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra... (1793-1795)*
- 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
- 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
- 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
- 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
- 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
- 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
- 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
- 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
- 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
- 286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
- 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
- 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
- 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
- 282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
- 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
- 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
- 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
- 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
- 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
- 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
- 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
- 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
- 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
- 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
- 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
- 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
- 269 Homero, *La Odisea*
- 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
- 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*

- 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
- 265 Homero, *La Ilíada*
- 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
- 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
- 262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
- 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
- 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
- 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
- 258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
- 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
- 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
- 255 Álvarez Núñez Cabeza de Vaca, *Nafragios y Comentarios*
- 254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
- 253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario Ahora del 16 de febrero de 1934*
- 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
- 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
- 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
- 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
- 248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
- 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
- 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
- 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
- 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
- 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
- 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
- 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
- 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
- 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
- 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
- 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
- 236 Platón, *Las Leyes*
- 235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
- 234 León XIII, *Rerum Novarum*
- 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
- 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
- 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
- 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
- 229 *Concilio III de Toledo*
- 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
- 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
- 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
- 225 José Echegaray, *Recuerdos*
- 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
- 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
- 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
- 221 *El Corán*
- 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
- 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
- 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
- 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*

- 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
- 215 *Textos de Historia de España*
- 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
- 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
- 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
- 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
- 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
- 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
- 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
- 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
- 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
- 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
- 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
- 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
- 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
- 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón (4 tomos)*
- 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
- 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*
- 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
- 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
- 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
- 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
- 194 Platón, *Critias o la Atlántida*
- 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
- 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
- 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
- 190 Tomás Moro, *Utopía*
- 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
- 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
- 187 Cayo Velejo Patérculo, *Historia Romana*
- 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
- 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
- 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
- 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
- 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
- 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
- 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
- 179 Platón, *La república*
- 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
- 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
- 176 Dante Alighieri, *La monarquía*
- 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
- 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
- 173 Aristóteles, *La política*
- 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
- 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
- 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
- 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
- 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
- 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*

- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernaré Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España. Versión de Hinojosa*
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*

- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus (de Al-Bayan al-Mughrib)*
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*

- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida* (1868-1912)
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclaro, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*

- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)